ESPÍA Y TRAIDOR

UN THRILLER DE DAVID RIBAS



Cada movimiento es vigilado, cada secreto es revelado.

ALFREDO DE BRAGANZA

ESPÍA
Y
TRAIDOR



ALFREDO DE BRAGANZA

Título: *Espía y traidor*
Copyright © 2025 Alfredo de Braganza
Todos los derechos reservados.

Maquetación: Autopublicamos.com

Este libro digital está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Web del autor:
https://alfredodebraganza.com/
Web del autor en
Amazon España

Redes sociales del autor:



A Dino y Ariam
A Sheeba

CITAS

«No hagas nada sin reflexión, ni fuera de las reglas de arte».
Marco Aurelio

«Durante mucho tiempo ha sido un axioma para mí que las cosas pequeñas son infinitamente las más importantes».
Arthur Conan Doyle

«Cuando uno borra una marca de lápiz, debe comprobar con sumo cuidado que el trazo quede borrado por completo. Porque si ha de guardarse un secreto, toda precaución es poca».
Graham Greene

PREFACIO

El presidente de los Estados Unidos acababa de ser víctima de una conspiración para asesinarlo en la embajada americana de Nueva Delhi.

Le habían disparado. El resultado trágico de ese suceso podría provocar no solo una reconfiguración del poder en Washington sino desestabilizar el panorama geopolítico mundial.

Instantes después del intento de magnicidio, David Ribas, vestido de camarero, corría por un pasillo estrecho pistola en la mano persiguiendo al traidor del servicio secreto norteamericano. Era un pasadizo interno para utilizar en caso de emergencia por el personal de la embajada.

Subió unas escaleras saltando los escalones de dos en dos. Al llegar al piso superior empujó bruscamente la barrera de apertura en la puerta y salió al exterior de la azotea con la pistola en alto, apuntando al frente.

Era de noche. El frescor le golpeó en el rostro y sintió un instante de alivio.

Se encontró de frente con dos personas, increpándose el uno al otro por cómo se había llevado el plan en el que tantos millones de dólares se habían invertido. David se aproximó a ellos empuñando el arma.

Unas luces potentes cayeron sobre la azotea.

Tiradores tomaron posiciones con sus rifles en los edificios colindantes.

Soldados del Cuerpo de Infantería de Marina hicieron su aparición. Apuntaron con sus fusiles de asalto a David.

El exoperativo español sintió una sacudida interna que le tensó los músculos y aceleró el ritmo de su corazón como si su cuerpo se preparara para un combate inminente.

Los soldados no sabían identificar quién era amigo y quién enemigo.

Se produjo un tiroteo.

De los tres hombres a los que perseguían los soldados encargados de la protección de la embajada, solo uno sobrevivió, los otros dos murieron: uno fue abatido y el otro cayó al vacío desde la azotea.

PARTE UNO

EL MISTERIO DEL DIAMANTE

1

David Ribas llegó frente a la puerta de un edificio anodino con la fachada revestida de ladrillos en una zona ecléctica de Bombay en la que coexistían viviendas y almacenes en distintos grados de restauración o deterioro. Por fuera no había absolutamente nada que indicara lo que sucedía puertas adentro.

Echó una rápida mirada a su alrededor por si alguien le estuviera vigilando. Aquella era una calle estrecha. Cables eléctricos, líneas telefónicas y ropa colgaban por todas partes. Se enredaban en balcones y ventanas, pegándose a las fachadas como si fueran parte del paisaje.

Golpeó con el puño la puerta metálica sin picaporte y esperó. Solo tenía una pequeña mirilla horizontal al nivel de los ojos, que alguien descorrió enseguida para observar al visitante.

Se oyó el ruido de un cerrojo al otro lado y entonces se abrió la puerta. Un tufo de aceite de coco rancio y especias dulzonas se escapó del interior, típico de las viviendas obreras de Byculla.

—Llegas justo a tiempo —dijo en maratí un hombre delgado con camiseta de tirantes, pantalón vaquero corto y chanclas.

David se dirigió al interior y se encogió de hombros.

—Rara vez doy citas por anticipado.

El indio rio la ocurrencia.

Los dos caminaron hacia el fondo del espacio, iluminado con potentes luces, de donde partían vítores y gritos.

—¿Una noche entretenida? —inquirió David.

—Pues en esta ocasión debes saber que tu oponente rabiaba preguntando por ti —respondió el hombre—. Le gusta que la persona con la que va a pelear haga acto de presencia temprano, para así estudiarlo.

Los dos llegaron a la entrada del lugar donde se llevaban a cabo peleas clandestinas. Allí el público apostaba por luchadores y el dinero corría a raudales.

—Eh, espera —le dijo el guarda poniéndole la mano encima—. Tienes que darme tu teléfono móvil.

—No llevo ninguno.

El hombre lo miró de arriba abajo con expresión torva.

David le devolvió la mirada.

—No te voy a cachear tampoco esta vez, pero si alguien te pilla con un móvil te lo quitarán y te darán una buena paliza. Estás avisado.

David movió la cabeza en señal de conformidad.

Caminaron por un pasillo. Cedieron el paso a dos hombres que salían con un cuerpo envuelto en una sábana y atado con pesadas cadenas. Era el cadáver de un luchador muerto en una pelea anterior. Lo arrojarían a algún crematorio público.

Entraron en una habitación, acondicionada como vestuario. En un rincón había un ventilador de pie que funcionaba a alta velocidad pero que apenas refrescaba el ambiente; una ventana pequeña medianamente abierta sobre la parte superior de una pared cuya pintura estaba desconchada y que exhibía marcas de manos que no eran sino manchas de sangre seca; una serie de bancos de madera pegados a los lados, y un lavabo con un espejo sucio y partido en dos.

David se quitó la camiseta y la dejó colgada en un gancho. Abrió el grifo y se lavó la cara con fruición. Su musculatura era compacta: sabía que los músculos excesivamente grandes impedían ganar velocidad y, cuando la precisión era más importante, eso se volvía un inconveniente grave en su mundo.

Aunque tenía más de cincuenta años, aparentaba menos. La firmeza de sus abdominales era fruto del esfuerzo diario. La resistencia y la rapidez pesaban más que la fuerza bruta. No siempre

mataba usando armas. Sus víctimas, en numerosas ocasiones, se plantaban frente a él, intentando matarle con el mismo ímpetu que David mostraba con ellos. Por eso, en numerosas ocasiones, había tenido que usar su excelente forma física y su habilidad en las artes marciales para poder sobrevivir.

Se miró al espejo. La verdad es que él sabía que necesitaba un buen corte de pelo. Prefería llevarlo muy corto, aunque no rapado. Sin embargo, acababa de volver a Bombay después de pasar ocho meses en la cordillera del Himalaya, y durante todo ese tiempo se había despreocupado de su apariencia.

«Respira profundamente —se dijo, viendo su propio reflejo en el espejo—. Paciencia. Suelta el aire despacio. Inhala profundo… Exhala poco a poco. No te desconcentres. Lo tienes todo bajo control. Paciencia…».

Llevaba años viviendo en la India, y Bombay era su lugar de residencia estable. Allá donde iba moría gente. Ni siquiera recordaba el rostro de las personas con cuyas vidas había acabado. Organizaciones de inteligencia extranjeras habían puesto precio a su cabeza a través de grupos independientes de asesinos a sueldo. No le importaba nada matar, esa era su dedicación.

Y cuando no lo hacía, tenía la necesidad de descargar tensiones, como en aquel momento. Quizá conforme pasaran los años perdería facultades. Algunos de sus rivales serían más jóvenes y fuertes que él; pero no le importaba cuándo y no le importaba ahora.

Llegó el organizador de las peleas clandestinas, al que todos le llamaban simplemente «Míster Mánager». Un cigarrillo le colgaba de los labios; parecía no despegarse. En una mano llevaba un fajo de billetes de distintas cantidades y en la otra una hoja con el programa de los combates.

—La pelea anterior duró mucho tiempo porque los dos luchadores se pegaban como críos pequeños —dijo en voz alta para hacerse oír entre el vocerío del público—. La gente se aburre. —Puso el dedo índice en el pecho de David—. Así pues, te agradeceré que des entretenimiento al público, tú ya sabes.

—No veo inconveniente.

El hombre le sonrió.

—Quiero que me des espectáculo, como la última vez. Tu contrincante de hoy está acostumbrado a ganar peleas.

Aquella buena racha suya estaba a punto de truncarse.

David respiró hondo, cerró los ojos y relajó las manos.

Acompañado del guarda y de Míster Mánager, David salió del vestuario, llegó al final del pasillo y cruzó la puerta de acceso a las gradas. Caminó entre la algarabía del púbico y subió al ring; estiró los músculos.

Desde el otro rincón, su oponente, de metro noventa, cabeza afeitada y musculado por el abuso de esteroides, respiraba agitadamente. Le lanzó una mirada asesina, hizo unas fintas de boxeo y le señaló con el índice, muy serio.

—¡Eh, *maderchod* (hijo de puta)! —le gritó—. Te voy a destrozar.

David se lo tomó con humor y respondió con la palma de la mano levantada, como si estuviera recitando ante un público un poema sobre un escenario.

—*Garek baar pyaar kiya to baar baar karna*… (Si me has querido una vez, quiéreme una y otra vez. Si llego tarde, espérame) —soltó en voz alta con tono jocoso.

Hizo reír a todos excepto a su contrincante, que miró a su alrededor enfurecido para luego clavar la mirada en David.

—Te van a sacar de aquí muerto —le respondió mostrándole el puño.

La expresión y el tono le habían indicado a David que se habría tomado una dosis de alguna sustancia psicodélica sintética para aumentar su potencia de atención y al mismo tiempo su estado de agresividad y violencia.

A David le brillaron los ojos con alegría contenida al haber evaluado de un vistazo a su oponente. Era capaz de extraer mucha información a partir de muy poco.

Ambos luchadores fueron llamados al centro del recinto.

David comenzó a sentir una descarga de adrenalina en las venas.

El guarda, situado junto al mánager, entrechocó con fuerza las palmas de las manos como si anticipara la diversión de esa noche.

Sonó una campana.

El ferviente público, deseoso de sangre, se dispuso a presenciar un nuevo combate.

2

David se subió a la moto y la puso en marcha. El motor despertó con un zumbido y emitió un rugido sordo.

Como siempre después de terminar una pelea, era consciente de la necesidad de estar entre el bullicio del tráfico. Siempre sabía cuándo su mente o su cuerpo quedaban exhaustos y actuaba en consecuencia. Sentía alivio conduciendo su Royal Enfield Bullet 500 por la ciudad, mezclándose con los diversos vehículos, recorriendo calles secundarias y callejones estrechos.

Los carteles de publicidad anunciando saris locales con modelos atractivas, productos electrodomésticos, populares jugadores de críquet y pósteres de nuevas películas de Bollywood brillaban en contraposición a la cortina brumosa producida por los tubos de escape de los coches. La meca del cine indio distaba mucho del Hollywood de las aceras con estrellas grabadas y grandes palmeras; del *glamour* de los *paparazzi* y del Beverly Hills de mansiones y césped impecables.

Era media tarde y por tanto hora punta en aquella zona urbana donde se congestionaba el tráfico masivo de la ciudad.

A los habitantes de Bombay parecía no importarles las aglomeraciones en las calles y en las carreteras, los ruidos, la contaminación, las chabolas, los edificios altos de oficinas. Al contrario, se sentían orgullosos de pertenecer a aquel mundo lleno de discordancias. Era una ciudad con una marcada personalidad.

Durante la conducción rememoró el combate. Sobre el ring habían comenzado a girar en pequeños círculos hasta que su contrincante hizo un amago de darle con un gancho, pero David fue más rápido y, acortando la distancia que los separaba, lo golpeó una y otra vez. Su oponente no pudo hacer nada. A los pocos segundos, estaba en el suelo. Se oyeron exclamaciones de júbilo entre el público. El árbitro le palmeó en los hombros, le cogió de una muñeca y levantó su brazo dándole por vencedor. Luego, Míster Manager se quejó a David de haber tumbado a su oponente tan rápido y le quitó la mitad de las ganancias obtenidas, arguyendo que le había hecho perder ese dinero al haber terminado la pelea antes de tiempo.

Pero algo despertó su atención y súbitamente evitó que su mente divagara y se centrara en el presente: la presencia de un coche idéntico con los mismos ocupantes había sido habitual desde hacía minutos. La táctica de conducir con su Royal Enfield entre el tráfico impedía cualquier intento de vigilancia desde un vehículo, ya que en cada giro con la moto podía echar un rápido vistazo a lo que sucedía alrededor, sobre todo cuando entraba en calles estrechas y menos concurridas, ya que entonces cualquiera que le estuviera siguiendo tendría que hacerlo a corta distancia.

Siguió el flujo del tráfico como un conductor más. Quería comprobar si la amenaza era real o imaginaria, producto de un sesgo cognitivo.

Enseguida confirmó sus sospechas. En el reflejo del espejo retrovisor vio que su perseguidor quedaba expuesto, borrando cualquier atisbo de duda. Quedaba claro.

Dio un giro a su moto, aceleró y maniobró en zigzag entre vehículos que saturaban la carretera.

Un diálogo interior le decía: «Si muriera asesinado o en un accidente de tráfico acabaría incinerado en un modesto crematorio eléctrico municipal como cualquier anónimo. Nada de cortejo fúnebre. Nada de flores».

Otra vez hizo un chequeo de seguridad. Los vio a pocos metros de distancia. «No pienso morir hoy. Y menos así».

Entre la congestión propia de aquel tránsito de hora punta avanzaba haciendo eses entre los vehículos, sorteando a los peatones, motos y bicicletas. Había quien desde la acera le señalaba como si fuera parte de un espectáculo.

Se deslizó entre dos coches de la policía y estos le señalaron y estiraron el cuello para no perderlo de vista. A su espalda oyó las sirenas, pero pronto se desvanecieron en la cacofonía de la ciudad al entrar con la moto a gran velocidad en un laberinto de calles y perderse entre ellas.

En un momento dado movió el manillar de forma brusca y eludió por los pelos a un vendedor de frutas con su carro lleno de productos en medio de la calzada y, de nuevo giró hacia la izquierda, entrando a toda pastilla en una calle. Comprobó por el retrovisor si alguien le seguía.

Los músculos del cuello se tensaron de nuevo, como si nunca se hubieran relajado. Los vehículos que rodaban tras la Royal Enfield cambiaban continuamente de situación. Sus perseguidores no habían conseguido sortear los obstáculos del tráfico y ya no estaban detrás. Estupendo.

Pero después de unos instantes apareció el coche. Por impresionante que pareciera, quienes quiera que fueran, no habían renunciado a darle caza. Aceleraron a su espalda dando de refilón en el espejo retrovisor de un vehículo aparcado, que quedó hecho añicos. Era como si les diera igual o supieran que gozaban de impunidad si morían en el intento de darle alcance o si la policía los detenía.

David cogió velocidad, hizo un giro de ciento ochenta grados saltando sobre la mediana y circuló en sentido contrario. Vio más allá de unos arbustos, a escasos metros, a unos jugadores de críquet vestidos de blanco caminando por un verde campo. Giró la cabeza por encima del hombro. Sus perseguidores acortaban distancia. Entonces, dirigió el manillar hacia la derecha, saltaron chispas en el pavimento y se lanzó a través de una abertura en el verde follaje.

Enseguida se encontró en un primoroso campo de críquet. Los jugadores se quedaron mirando a la Royal Enfield circular a toda

velocidad. Hubo alguien que le gritó obscenidades. Dos empleados salieron corriendo con palos al aire y gritando amenazas en su dirección con la intención de detenerle. En seguida tomó más velocidad y David salió del campo, dejando a los jugadores boquiabiertos.

De pronto se encontró atravesando unos arbustos y accediendo al cuidado jardín de un hotel de lujo. Junto a la piscina, un grupo de mujeres occidentales en bañador, bajo sombrillas y en tumbonas, se quedaron atónitas. Los camareros corrieron hacia él para obstaculizarle el paso, pero no lo lograron.

David no sabía por dónde circulaba. En su intento de salir de allí cuanto antes esquivó a un empleado que hizo amago de agarrar el manillar de la moto, pero cayó a la piscina. Aceleró por una cuesta inclinada, despegó del pavimento y salió volando en un ángulo de unos cincuenta grados, consiguiendo estabilizar la moto cuanto tocó de nuevo tierra dando unos cuantos botes, y continuó. Cruzó un hueco por una hilera de arbustos y por fin salió al parking y de allí bajó por la rampa de la entrada al hotel en el momento en que un taxi subía en dirección contraria, consiguiendo esquivarlo por pocos centímetros. Escuchando las increpaciones en maratí del conductor, se internó en el tráfico de la ciudad.

Un perro callejero apareció de pronto por la derecha de la calzada. El impacto iba a ser inevitable. David derrapó justo a tiempo y frenó en seco. El asustado animal salió corriendo.

Volvió a acelerar.

Ya comenzaba a respirar más tranquilo, cuando de repente se le ocurrió echar un vistazo hacia atrás y vio el coche de sus perseguidores. David pensó que había una única forma de impedir que lo asesinaran: llevarlos a un lugar donde pudiera enfrentarse a ellos. La Royal Enfield se enderezó y salió disparada obedeciendo al repentino cambio de marcha.

Enfiló hacia el sur de Bombay. A medida que las carreteras eran más secundarias, el tráfico perdía intensidad.

Una densa arboleda flanqueaba la moto. Aumentó el desnivel del terreno, cuyas curvas y zigzags surgían tan pronto a un lado como a otro.

El viento y la sal del mar le escocían en los ojos.

La carretera se desnivelaba. Entonces vio un desvío adecuado y se dirigió hacia el este. Salió de la carretera principal y se internó en un camino de tierra. Escudriñó la topografía mientras conducía, mirando en todas direcciones. No vio a nadie por los alrededores. El terreno era de roca partida y maleza seca. Un edificio en construcción abandonado atrajo su atención. Al aproximarse desaceleró bruscamente y se bajó de la moto.

De un compartimento lateral de la moto sacó una Glock 26, una pistola algo más corta de la excelente línea de 9 mm. Se puso de pie en medio de la carretera.

El coche apareció. David efectuó un disparo y otro. El conductor estrelló el vehículo contra un árbol. Salieron sus tres ocupantes. Tenían el aspecto típico de los gánsteres indios que aún creían que la vida real se asemejaba a la vida de los mafiosos proyectada en las pantallas que reproducían el glamuroso mundo de Bollywood.

Uno de ellos levantó un rifle y comenzó a disparar. Una bala pasó rozando la cabeza de David con un silbido penetrante. Y luego otra. David corrió hacia ellos con el arma por delante, sorprendiéndoles por su iniciativa de enfrentarse a cuerpo descubierto en vez de buscar refugio.

Disparó en el cuello al tipo del rifle, que cayó de espaldas y con las piernas abiertas; pronto su cuerpo estaría bañado en la sangre que borboteaba de su perforada garganta. A otro le dio en la cabeza: la bala le atravesó los tejidos del cerebro, arrancándole un pedazo del cuero cabelludo; la sangre y el tejido del cerebro salpicaron la carrocería del coche. Al tercero una bala le impactó en el hombro; farfulló algunas palabras con voz chillona; conforme David se aproximaba con rapidez, le volvió disparar: la bala le impactó en el pecho y se desplomó en el suelo, con la cabeza inclinada en un ángulo lateral pronunciado, como si estuviera escuchando furtivamente algo.

David no perdió el tiempo. Se giró, se subió en la moto y desapareció del lugar.

3

A las pocas horas, David Ribas se encontraba reunido con Hassena, la jefa del crimen organizado de Bombay, quien en el pasado le había rescatado de un atentado terrorista, dándole una nueva vida en la India. Desde entonces el español no había vuelto a su país de origen y había asumido su nuevo destino.

A su llegada, David se cruzó con gente trabajando dentro del edificio. No le dirigieron la palabra. Ni siquiera se atrevieron a mirarlo a los ojos. Evitaban interactuar con él, no solo por su relación cercana con Hassena, sino porque sabían qué era lo que hacía realmente aquel extranjero.

Un criado les sirvió, con exquisita pulcritud, como si fueran objetos de incalculable valor, dos tazas de humeante té masala que transportaba en una bandeja, y se fue con la cabeza gacha. El aroma a cardamomo y clavo se entrelazó con el humo de un incienso de sándalo que flotaba en la penumbra.

—¿Estás loco? —preguntó Hassena a David, sacudiendo la cabeza—. La verdad, siempre he pensado que el límite entre la locura y lo físicamente irresponsable es bastante borroso. Te dije que no fueras a esas peleas clandestinas.

—Dadas las circunstancias, creo que he salido airoso.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó. Tomó un sorbo de la taza de té, que mantenía en su mano como delicioso placer—. Con el tiempo has sabido vivir en la India mezclado en entornos sociales diferentes mientras permaneces anónimo en todos ellos. Y desde esa posición

privilegiada puedes observar a tus objetivos. Pero cuando te descuidas, bajas tu estado de alerta.

Él dio un sorbo a su bebida.

—De acuerdo, ya no pelearé más en esos lugares.

—No te das cuenta de la gravedad del asunto. Hay tres tipos de personas en este mundo: el ser humano común, el extraordinario y el descomunal. El común es el que engloba a la mayoría de las personas. Sobre todo, porque siguen una rutina diaria. Lo que te convierte en objetivo escurridizo es que tu vida diaria no se mueve por una rutina y no vas a puntos estables: no vas a una oficina a trabajar, no vas a una tienda a una determina hora del día a comprar alimentos, no visitas a amigos… Pero tienes un punto débil. Como la gente ya ha establecido un nexo entre tú y yo, esa conexión se ha convertido en algo estable. El asesino que viene a matarte solo tiene que merodear por mi propiedad a esperar verte aparecer y, entonces, seguirte. Es lo que hoy ha sucedido. Han estado vigilándote desde que te vieron salir de aquí por última vez, han esperado pacientemente tu regreso y han intentado asesinarte cuando lo consideraron más oportuno. Sabían que aparecerías en aquel antro para pelear porque lo habrían averiguado con la gente que organiza esos espectáculos.

—Tendré más cuidado.

—Cada vez que sales a la calle estás sujeto al escrutinio de miles de personas. Cualquier persona de la calle con el aspecto indio más inocente, pero con suficiente conocimiento técnico y provisto de algún tipo de dispositivo de vigilancia con microcámara *pin-hole* puede vender tu foto por quinientas rupias.

Hassena dio un sorbo al té, dejó la taza sobre la mesa y lo miró de forma penetrante. Continuó.

—Quiero que te marches esta noche a Kerala. Tienes ya la reserva en el tren que sale a las diez y media con destino a Alleppey.

Él terminó de beber el té y se inclinó para dejar la taza sobre la mesita. Se reclinó de nuevo y se removió en su asiento nada más escuchar la noticia.

—¿A Kerala? ¿A qué? —preguntó David, sorprendido.

—Considéralo un reto. Allí te tomarás un respiro. Un aire nuevo. Por un tiempo dejarás de seguir viviendo aquí, en Bombay, con un pie en la sombra y otro a plena luz el día. Y ahora mismo te vas a cortarte el pelo bien corto y te afeitas. Ya sabes lo poco que me gusta verte con aspecto desaliñado, a pesar de que de ese modo pases desapercibido por la calle. Y te compras ropa nueva.

—Kerala… Pero si me he recorrido el estado en moto. Ya conozco el lugar muy bien.

—Pues ahora lo disfrutarás sobre las aguas.

David soltó una carcajada.

—¿Qué quieres decir?

—Estarás hospedado en una casa flotante.

—¿En una barca?

—Así es.

—No puedo creer lo que me estás diciendo sin albergar dudas del verdadero motivo de enviarme allí, y que no me quieres decir. Yo, en Kerala, en una casa flotante, pasando un tiempo de relax… Es demasiado inverosímil.

—La verdad, David. No estás en condiciones de ser objetivo.

—¿Qué quieres? ¿Que lo considere como una ampliación de conocimientos y aptitudes?

—Considéralo como una nueva operación.

—Entonces, ¿a qué se debe tanta solemnidad de vivir en una casa flotante tradicional?

—Eso es un aspecto puramente rutinario. Salvo por un detalle…

—Que es peligrosa la misión, ¿verdad? —exclamó David.

Hassena sonrió.

—Eres un tipo de ser humano descomunal e incorregible.

David Ribas vivía en un mundo que ya no tenía nada de normal, si es que alguna vez lo había tenido.

4

Aún era de noche en Kerala, un estado en el suroeste de la India, en la costa tropical de Malabar. Pronto comenzaría a amanecer.

Hacía unas semanas que había acabado la temporada turística y se iniciaba la pegajosa humedad de la época del monzón.

Lord Curzon, gobernador de la India bajo mandato británico, describió aquel lugar como la «Venecia de Oriente»; una ciudad pintoresca llena de canales, lagunas y remansos.

David Ribas se encontraba profundamente dormido, con el pecho descubierto y pantalón corto, sobre una cama hecha de madera de cocotero y fibra natural en el interior de una casa flotante de dieciocho metros llamada Kettuvallam: en lengua malayalam «Kettu» significa 'estructuras de vivienda', y «Vallam», 'barco'. Su rostro estaba empapado de sudor.

La barca estaba amarrada al muelle. Estaba provista de electricidad gracias a un panel solar. El techo de esteras de bambú, palos y madera de palma de betel, crujía con cada cambio de brisa. La rugosidad de las alfombras de coco contrastaba con la calidez de los tablones de madera.

David conocía bien ese tipo de embarcación tradicional: construida con madera de yaca y unida con fibra de coco, cubierta por aquella resina áspera y oscura que siempre le dejaba olor en las manos.

Famoso por sus playas bordeadas de palmeras y su red de canales, aquel lugar tropical ofrecía la posibilidad de disfrutar de paseos en exóticas barcazas enormes y lentas: una versión rediseñada de las embarcaciones originales de tiempos pasados que se usaban para transportar toneladas de mercancías como arroz y especias hacia el principal puerto marítimo de Cochín.

Su sueño de recuerdos, ansiedad y persecución fue interrumpido por el crujido de una tabla de madera producido por alguien al entrar furtivamente en la embarcación. El intruso había accedido al puente cubierto de popa.

David alargó el brazo por debajo de la almohada, sintió el frío metal de la pistola en su mano y se levantó de la cama con agilidad.

Procurando no hacer ruido, se deslizó descalzo hacia un lateral de la entrada de la habitación, donde permaneció en alerta.

Siguió escuchando, sin mover un músculo.

De nuevo volvió a oír el crujido inconfundible.

Quien quiera que fuera se dirigía hacia su habitación.

Quitó el seguro de la pistola con cuidado.

Los crujidos se acercaron.

—¿David? —rezongó una voz femenina, susurrante—. ¿David?

Él supo de inmediato que era Karuna, la esposa del empresario Dilip Adani. Se apresuró a esconder el arma bajo el cojín de una silla.

Hassena le había hecho saber de un empresario multimillonario del sector de la construcción y de hoteles de lujo llamado Dilip Adani, sería su anfitrión.

El empresario, siguiendo las directrices de Hassena, le había recogido el día anterior en la estación de tren de Alleppey, también conocido como Alappuzha, muy cerca de la playa y de los embarcaderos, con un Mercedes de alta gama, y le había llevado a una casa flotante que le había alquilado especialmente para él.

A David no le cabía duda de que el empresario hubiera estado haciendo negocios ilegales con Hassena. Le debía mucho a ella, el fruto de su imperio comercial, si no no habría costeado el alquiler de la casa flotante durante su estancia y perdido su valioso tiempo

atendiendo la visita de una persona que no conocía de nada: la palabra de Hassena bastaba para hacer lo que mandara.

David no quiso mencionar a Dilip qué relación tenía con la jefa del crimen organizado ni inmiscuirse en nada que no le concerniese. Durante el trayecto en coche se limitó a admirar el paisaje como si fuera un recién llegado, aunque en realidad ya lo conociera de anteriores viajes, y a agradecerle la hospitalidad.

Por la tarde el chófer fue a recogerle con el Mercedes y le llevó a un lujoso hotel boutique, donde Dilip le presentó a su atractiva esposa, Karuna Adani. Tenía un rostro perfecto: la curva de sus labios, sus ojos negros, su pelo, el color de su piel… Era una mujer delgada con porte atlético, con abundante cabello negro recogido en una larga trenza. Tenía una risa contagiosa. En sus ojos se asomaba un brillo de simpatía.

Todo en ella era puro refinamiento y clase. Su única concesión a la excentricidad era un collar de perlas que llevaba al cuello y una pulsera de oro con numerosos colgantes redondos dorados que tintineaban cada vez que movía la mano, algo que hacía de vez en cuando de forma intencionada.

Cuando se dieron la mano al ser presentados, él ya notó sus dedos largos, suaves y sorprendentemente fuertes. Ella le dedicó una sonrisa y él se la devolvió sin ser consciente de ello. Como David ya no era capaz de ver nada bajo el prisma de la normalidad, intuyó algo misterioso en aquella bella mujer.

Los tres cenaron juntos entre animadas charlas sobre temas intrascendentes y evitando hablar de negocios y de política. Así, el empresario se explayó sobre la historia de Kerala y su ancestral cultura.

Su esposa se unió a la conversación y David actuó como si toda aquella información le fuera revelada por primera vez. Fue un encuentro simpático, agradable y cordial durante el cual disfrutaron de la exquisita comida autóctona, preparada con especial dedicación por los cocineros y bajo la atenta supervisión del chef.

Para la mayoría de las personas, un rostro no representa más que piel, grasa y músculo sobre hueso. Pero para David Ribas podía ser la lectura sobre el estado emocional de alguien. Así, pudo notar

algo extraño en Karuna, aunque desestimó prestarle atención y dedujo que tal vez se tratara de problemas conyugales.

Mientras la escuchaba hablar sobre la cultura malayalam, no podía dejar de preguntarse qué era lo que ocultaban sus ojos, qué era lo que le daba ese aire tan misterioso, intrigante. El hecho de que una mujer atractiva fuera amable con él suponía ya de por sí una posible amenaza.

Tras la cena, David se despidió y volvió al trocadero andando, a pesar de la insistencia de Dilip en dejarlo de vuelta en coche. Quería disfrutar del fresco de la noche. Necesitaba dar una caminata para ordenar y encajar todo lo que había visto y oído. Algo no iba bien allí, y quizá era eso lo que causaba esa impaciencia un tanto frenética en la pareja que formaban sus anfitriones, y la razón por la que Hassena le había pedido que acudiera a ese encuentro.

—¿David? —preguntó de nuevo Karuna, asomándose al interior de la habitación—. Soy yo, Karuna.

Su estilizada figura femenina se vislumbró junto a la puerta de la habitación para evitar el resplandor de las luces del muelle que se colaban en la estancia, creando una extraña atmósfera de aislamiento e intemporalidad

—Sí. Aquí estoy.

Ella entró y se quedó de pie frente a David. Se movió rápidamente hacia un lateral para evitar la luz que entraba del exterior.

—No enciendas la luz, por favor.

David cogió una camiseta que había sobre un taburete y se la puso.

—Hola. ¿Qué sucede?

Ella suspiró profundamente.

David vio que mantenía una mano dentro del bolsillo de su fina chaqueta. Esto lo puso en alerta. ¿Llevaba un arma escondida? Su movimiento corporal no revestía peligro. Así pues, él desestimo la alarma y se relajó.

—No quiero que me vean aquí dentro —dijo Karuna—. Ya sabes la mentalidad india: al menor indicio de sospecha de infidelidad te juzgan y dictan sentencia.

David notó una ansiedad en su tono de voz. Las palabras le salían a borbotones. Se la veía perturbada. ¿Habría cometido un crimen y buscaba la forma de salir impune? ¿Qué quería a aquella hora tan temprana? ¿Por qué tanto misterio?

—De acuerdo. No quisiera comprometerte. Dime, ¿ha sucedido algo?

Como no contestaba, él la cogió del brazo y la llevó a proa, donde había una luz tenue amarilla proveniente de la farola en el embarcadero. Él pudo observar que Karuna se había quitado el maquillaje y no llevaba la tintineante y llamativa pulsera de oro ni el collar de perlas que había lucido aquella noche durante la cena. Tampoco iba con su ropa de diseño, de traje pantalón y blusa estampada, y vestía unos vaqueros, una camiseta blanca de cuello redondo y una fina chaqueta deportiva con capucha de color gris. Pero seguía siendo igual de atractiva.

Ella alzó la cabeza hacia el muelle como si quisiera asegurarse de que no hubiera nadie acechando en la oscuridad.

—A lo mejor me vigilan —en su voz vibró una nota de temor.

David la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Te vigilan? ¿Quién?

—Quiero que me guardes esto —dijo sin contestar a la pregunta.

Sacó de su bolsillo un objeto que puso sobre la palma de la mano de David.

Él agachó la mirada y se llevó la mano hacia la luz que se proyectaba desde el muelle; parecía una piedra.

—¿Qué es?

—Te pagaré cincuenta mil dólares por guardármelo.

David observó lo que podría ser una piedra valiosa.

—¿Es un diamante gigante?

—Sí. Su precio puede ascender a cinco o diez millones de dólares.

—¿Y por qué yo? ¿Tu marido…? —se extrañó David.

—Él no sabe nada —declaró Karuna, hablando ahora de forma pausada—. Hace un par de horas salió hacia Cochín para una reunión de negocios que se celebrará mañana a primera hora.

David le lanzó una nueva ojeada.

—Karuna, agradezco tu exceso de confianza conmigo, pero quisiera hacerte unas preguntas. ¿Es robado? ¿Por qué se lo ocultas a Dilip? —la voz de David rezumaba escepticismo. Ella permanecía callada—. ¿No has llegado a pensar antes de venir que igual yo no estaría dispuesto a hacer algo ilegal o a espaldas de tu marido?

—Sé quién eres —intervino Karuna—. Los misterios me intrigan. Agatha Christie. Sherlock Holmes. Los enigmas, las pistas, el suspense de qué va a pasar… Es un delicioso pasatiempo.

—¿No me digas? Y la mente es el mayor de los misterios. ¿Qué quieres decirme con ello?

—Que mi marido me dijo que eras un empresario muy importante al que tenía que agasajar durante unos días, ya que eres empleado de una corporación extranjera con la que él está haciendo negocios y que por tanto tenía que estar pendiente personalmente de tu estancia de vacaciones aquí en Kerala.

—Y no te lo creíste.

Ella arqueó las cejas.

—Tu vestimenta dista mucho de ser cara, y tu aspecto tampoco es que sea muy cuidado. Conozco a los hombres de negocios con los que se relaciona Dilip: siempre impolutos, a la moda, con ropa de marca y bien acicalados. Tú no usas perfume ni colonia.

David carraspeó y frunció el ceño.

—¿Y?

Ella guardó silencio, se asomó por la borda. El sol estaba empezando a teñir el cielo. Pronto amanecería. La brisa de la mañana echaba hacia atrás su cabello.

Se giró y lo miró a los ojos.

—Pues que todo es mentira —dijo Karuna. Sonrió mostrando unos dientes muy blancos—. Sé quién eres. Eres un importante asesino profesional. Eres temido por muchos. Has sido un espía en tu país de origen y desde hace muchos años vives en la India. Le oí a Dilip hablar por teléfono con Hassena *madame*. Al escuchar que él pronunciaba el nombre de ella no necesité tiempo para darme cuenta de que estaba hablando con la jefa del crimen organizado en Bombay. Sé que los cimientos del imperio de mi marido se han construido gracias a esa señora.

—No desmiento nada de eso. Pero por el poco tiempo que he conocido a Dilip me da la impresión de ser una buena persona. No lo veo capaz de causar violencia doméstica o de infligirte daño físico alguno para querer ocultarle este diamante, al menos que hubiera un motivo justificado.

Ella se mordió el labio y caviló. Le miró fijamente. Estaba pensativa, silenciosa, intentando controlar su inquieta confusión. Finalmente dijo:

—No puedo decirte de dónde lo he obtenido. No es nada relacionado con mi marido, solo que no puedo tenerlo conmigo. Tampoco quisiera que él supiera de la existencia de este diamante. Te pagaré por guardármelo durante cuatro días como máximo.

—No es por el dinero.

—Aunque no te hiciera falta, siempre puedes dar los cincuenta mil dólares a quien creas oportuno.

—¿Y si no tengo noticias por tu parte?

—Nada me va a pasar. —Señaló la mano de David—. ¿Pondrás eso en un sitio seguro?

—De acuerdo. Aquí lo tendrás.

Karuna sonrió, y antes de desaparecer por el embarcadero dijo:

—Procura que no se te caiga al agua.

—Descuida.

David intuía que algo inevitable estaba a punto de ocurrir. En realidad, estaba convencido de que así sería.

5

Tras la marcha de Karuna Adani, David comprendió que no iba a poder dormir. La inesperada aparición de aquella mujer con el diamante estaba cargada de misterio. Se quedó en la cubierta contemplando el amanecer mientras sorbía su primer té masala especiado del día.

Daba sorbos a la taza caliente, embebido en las sensaciones que lo rodeaban: los hipnóticos sonidos de los pájaros al comienzo del día, el de las palmeras agitadas por el viento, solo interrumpido de vez en cuando por el ruido del motor de alguna lancha que cruzaba el canal a toda velocidad o el producido por una lejana motocicleta.

La casa flotante estaba situada en un excelente atracadero que ofrecía las amenidades necesarias para comodidad de los pasajeros. Era una dársena seminatural, dragada hasta la profundidad requerida con la entrada angosta para protegerla de cambios bruscos del viento y embates debidos a tormentas. El lugar era destino de numerosas embarcaciones turísticas, ya que proveía de todas las necesidades. A pocos metros había surtidores de gasolina y depósitos de agua.

Mientras bebía con satisfacción su té pensaba si era aquella la vida con la que siempre había soñado. No, verdaderamente, no. Si hace veinte años le hubieran dicho que acabaría viviendo en la India, lo habría tomado a risa. Y sin embargo, ahí estaba. Sonrió.

Cuando amaneció se fue a una tienda de comestibles a pie de calle que abría siempre a las cinco de la mañana y que ofrecía

servicio telefónico y de internet. Hizo una llamada a Bombay. Contó a Hassena lo sucedido y sobre el diamante. Ella le dijo que mandaría de inmediato a una persona a recogerlo. Tras la llamada regresó a la casa flotante.

Durante la espera se hizo otro té masala.

Al poco tiempo empezaron a llegar a la zona los madrugadores para acondicionar las barcas, limpiar los muelles, coger cocos de las palmeras. Había dos casas flotantes que estaban terminando de reparar la madera terciada y las vigas astilladas antes de entrar con intensidad en la época del monzón.

David los observó. Aquellos eran los que se levantaban temprano en la India y a quienes Dios se suponía que ayudaba. Eran los criados, los trabajadores manuales, los de castas inferiores. Pero alguien llegaba más tarde y cosechaba la ayuda divina. Así funcionaba la India desde tiempos inmemoriales.

Por fin un hombre llegó de parte de Hassena. David le dio en una bolsa el diamante envuelto en papel de periódico. Sin decir absolutamente nada, el hombre se marchó.

Después de hacer estiramientos sobre la cubierta y tomar agua de coco, bronceado y sudado, se puso las zapatillas y se fue andando por un camino rodeado de palmeras hasta que dio con la playa.

Caminó y corrió por la arena: cabeza erguida, rodillas arriba, brazos balanceándose lo necesario y la mirada recta.

Durante su larga estancia en la India había adquirido una tremenda habilidad en el terreno de las artes marciales, sin embargo consideraba la disciplina espiritual más importante que la fortaleza física.

Su maestro indio de lucha, al que todos sus alumnos se referían como Guru, le decía: «Los pensamientos distraen a uno de sus objetivos. La emoción es destrucción. En una pelea, pensar es morir. Sin embargo, actuar por reflejo es sobrevivir. Tienes que tranquilizar tu espíritu con tu cuerpo porque así tu instinto se impulsará».

Se quitó la camisa, se descalzó y comenzó sobre la arena unas sesiones de estiramientos, y después, sentado con las piernas

cruzadas y en forma de flor de loto, realizó ejercicios de respiración. Luego se dirigió a la orilla a refrescarse.

Una brisa encrespaba el agua a lo lejos, más allá de las olas.

Dos mujeres jóvenes pasaron andando tranquilamente por la arena. Tenían aspecto de ser turistas extranjeras. Llevaban camisetas ajustadas y pantalones muy cortos. Sonrieron a David mientras balanceaban sus caderas, tan seguras y cómodas. Él les devolvió la sonrisa. Observó a las dos jóvenes alejarse con una sensación al mismo tiempo de placer y tristeza.

Se puso de nuevo las zapatillas y se internó en el bosque, camino de vuelta a la barca.

De repente, no supo el porqué, tuvo una repentina sensación de que algo malo le había sucedido a Karuna. Como ella, las mujeres indias de clase alta vivían la vida de las esposas solas. Muchos placeres y muchos días desiertos. Expertas en sexo, productos de marcas caras, conversaciones a la moda y todas las congojas cuidadosamente ocultas; su propósito era tener un puesto matrimonial acomodado y respetado de cara a la sociedad, sin precariedad económica, con un hombre que les sufragara sus costosos caprichos.

Cuando David regresó vio que muy cerca del embarcadero se había instalado con caravanas un equipo de cine para rodar una película en idioma malayalam, una industria cinematográfica a la que se conoce popularmente como Mollywood. Los actores y bailarines formaban un grupo joven y atractivo, con sus cuerpos morenos y sus vestimentas de colores chillones.

La escena coreografiada que ensayaban una y otra vez, a ojos del occidental, parecía hilarante y más bien un anuncio de televisión para vender algún producto cosmético que para proyectar en pantalla grande en los cines.

A media tarde, después de la grabación, montaron una fiesta en una barca flotante de mucha más envergadura que la que ocupaba David.

El mandamás de la fiesta era Raja Hirani, veterano conocido productor de cine comercial de éxito tanto en el hindi de Bollywood como en el cine del sur, en idioma tamil, télugu y malayalam. Un

hombre rechoncho, calvo, bajo y extrovertido. Iba vestido con ropa de colores vivos con la convicción de que su profesión, su posición de poder en el sector y su personalidad lo hacían irresistible.

Con el propósito de evitar una queja por el ruido y el volumen de la música, el productor ordenó a un asistente dirigirse a las barcas turísticas para invitar a sus ocupantes a unirse a la fiesta. David aceptó, se cambió de camiseta y se unió a la celebración junto con grupos de turistas extranjeros, muy contentos de poder conocer en persona a actores de cine indios

El equipo de rodaje formaba una alegre multitud. Proferían gritos de gozo y júbilo al ritmo de las canciones que sonaban por los altavoces. David tomó un batido de plátano y manzana mientras observaba lo bien que se lo pasaba la gente. No ofrecían alcohol.

Raja Hirani se acercó a David y le dio las gracias por aceptar la invitación.

—Hoy ha sido el último día de rodaje, el *wrap up* —explicó mientras fumaba un cigarrillo—. El equipo se merece una pequeña fiesta —señaló a la gente—. Como puedes ver, estamos todos, desde el departamento de electricistas hasta el de *catering*. Dentro de unos días organizaremos otra fiesta para anunciar el lanzamiento de la película. Será en un hotel de cinco estrellas en Nueva Delhi, para promocionar el filme entre distribuidores en hindi. Luego iremos a Calcuta, Bombay y vuelta a Kerala, y estrenaremos en idioma malayalam en Cochín. Vendrán modelos, actores conocidos y muchos medios de comunicación. Si aún estás aquí, estás invitado.

—Muchas gracias. Será un placer.

Los turistas bailaban graciosamente junto con el equipo de rodaje entre risas y alegría. Algunos de ellos se tomaban fotos y grababan vídeos con sus móviles.

David levantó la vista. Por el olfato se podía captar la insinuación de lluvia que prometían los grises nubarrones que se aproximaban. El productor miró también al cielo.

—Aquí no hay un espectáculo como en occidente, ¿verdad? —continuó el cineasta, animado por tener la ocasión de conversar en inglés con un extranjero—, donde podríamos estar de pie en uno de esos barcos blancos y enormes de Miami, con música latina a todo

volumen, las manos en el timón y el pelo alborotado por el viento bajo un cielo limpio azul —señaló hacia las nubes que oscurecían el cielo y rio—. Aquí no se siente ni el sabor salado de las salpicaduras del agua ni el chillido ronco de las gaviotas —dio un codazo a David y rio a mandíbula batiente al añadir—: Ni mujeres en bikini.

—Sí, desde luego este lugar de la India es muy distinto.

—Aquí, al contrario que en el extranjero, la gente pasa más tiempo fuera de sus casas que dentro.

—¿Qué quiere decir?

—Que los europeos, por ejemplo, por lo que he visto en mis viajes, viven en un mundo donde la violencia es cada vez menos comprensible y evitable, no sacrifican para nada la seguridad. Por eso se sienten más seguros y cómodos dentro de sus apartamentos o casas cerradas con llave y con perros.

Poco después, David volvió a la barca. La fiesta terminó pronto. Recogieron y el equipo de rodaje se montó en sus caravanas y minibuses y se marcharon del lugar.

La noche se sumió en un completo silencio.

David permanecía en el suelo de la cubierta tumbado boca arriba y con ambas manos enlazadas bajo la cabeza. Soplaba una brisa fresca.

A diferencia de lo que ocurría en el norte de la India, donde el ritmo de vida daba la sensación de ir más acelerado, en el sur David sentía lo contrario. Quizá por la cercanía al mar y por el clima, hace que la vida se desenvuelva de forma más pausada y armónica, como influenciada por los vientos oceánicos, y no los de montaña, que tejen su acontecer.

Había buena temperatura para quedarse a bordo. Era una noche muy oscura, alta como las estrellas, amplia como el país y húmeda con las lluvias del monzón.

Desde su posición, David podía apreciar la fragancia de las plantas alzándose a su alrededor. De repente comenzó a llover de forma continua.

La lluvia limpiaba las calles, los suelos, al menos en teoría. «Pero siempre hay partes en las ciudades que nunca podrán limpiarse», pensó David, contemplando el espectáculo.

6

En la residencia de los Adani, Karuna se puso una bata de blanco algodón y se preparó un baño. Se recogió el largo cabello negro y se metió en la bañera con sales y fragancia. Se sintió relajada. Echó la cabeza hacia atrás sobre el borde liso de porcelana y cerró los ojos. Sintió placer al acariciarle el agua los hombros y poco a poco fue cayendo en un agradable sueño.

De repente notó frío.

Abrió los ojos sorprendida.

Prestó atención.

Creyó oír el zumbido del aire acondicionado puesto al otro lado de la habitación.

Por un instante pensó que pudiera ser Dilip, que habría vuelto a última hora de la noche de su viaje de negocios en Cochín.

Cuando se inclinó en la bañera para agarrar el albornoz. Le pareció percibir una vibración leve en el suelo, como si alguien hubiera dado un paso. Se quedó inmóvil, con el corazón acelerado. Alzó la vista y vio a un hombre en el cuarto de baño.

—No, no —gritó Karuna desesperada, agitando sus delgados brazos para protegerse.

Él dio unos rápidos pasos hacia ella, le agarró el cabello y le hundió la cabeza bajo el agua.

Karuna guardó la respiración, pero no tuvo opción más que a abrir la boca con la esperanza de recobrar oxígeno, pero enseguida

sus pulmones se llenaron de agua, comenzó a toser, a mover las piernas, que chapoteaban con fuerza en la bañera.

Agarró los brazos de aquel hombre, pero nada pudo conseguir contra su fuerza bruta. Fue tragando más agua. Sintió un pánico horroroso. Aún no era su tiempo para morir, quiso aferrarse a la vida. Intentó arañar a aquel hombre, dar patadas, cualquier cosa, pero no podía hacer nada para parar a aquellos brazos poderosos.

Escuchó una voz interior: «Esto no me puede suceder. No ahora mismo. No es el momento». Pero otra voz con otro tono más sumiso, le contestó: «Resígnate. Esto es lo que se siente al morir, Karuna».

De repente su cuerpo dejó de patalear y de agitar los brazos.

7

David Ribas se encontraba tumbado sobre la arena de la playa junto a su mujer. Era de día, bajo un cielo azul y el sol alumbrándolos. Ambos iban vestidos con ropa elegante. Él extendió su mano y ambos entrelazaron sus dedos. Ella sonreía. Un parpadeo después, él tenía sangre en la ropa, en el cabello, notaba su sabor metálico. No era su sangre. Aquella revelación lo llenó de temor. Intentó moverse, pero las piernas no le respondían. Consiguió arrodillarse. Sin previo aviso, la luz del sol penetraba el espeso dosel de una selva y jugaba con las sombras. Se puso de pie y enseguida oyó a su espalda ruidos de machetes y gritos en hindi. Algo en él se resquebrajó en ese preciso instante. Él era la presa. Le iban a dar caza. Si lo encontraban, lo matarían.

Comenzó a correr, desorientado. La flora de la selva se antojaba siniestra y enorme. Los gritos llegaban de atrás. Los pulmones le ardían mientras corría sin rumbo buscando una salida, aunque era incapaz de localizarla.

Vio un resquicio de luz a cierta distancia. Si fuera una carretera, indicaría que había una ruta de escape del lugar donde se encontraba. Entonces escuchó a su mujer gritar su nombre: «¡David! ¡David!». Él quiso llamarla para protegerla. Por un instante todo se volvió oscuro. De golpe, gritó su nombre una y otra vez: «¡Cristina! ¡Cristina! ¿Dónde estás?». Observó a cierta distancia sombras. Su mujer corría hacia él, pero de repente los machetes cayeron sobre ella bajo la resplandeciente luz del sol que amanecía.

Enseguida apareció un grupo armado con pasamontañas apuntando a David con sus fusiles de asalto AK47. Iban a disparar. Él no pudo hacer nada. En un latido, todo a su alrededor cambió de súbito. De pronto, descubrió que estaba en otro ambiente fuera de la selva. Tenía la sensación de que se estaba asfixiando. ¿Dónde se encontraba? Parecía que estuviera bajo las aguas o que alguien le encerrara en un zulo. Era la muerte que le llamaba. Su mujer apareció en su ayuda y le tendió la mano. David estiró la mano y tocó la de ella, sintiendo el temblor de sus dedos. En ese instante, él experimentó una vez más cómo era el miedo a morir y sintió las lágrimas tensar la piel de sus mejillas. Hizo todos los esfuerzos posibles para evitar quedar atrapado en un agujero de oscuridad. Alzó los brazos.

David se despertó de golpe.

El terror se volatilizó al darse cuenta de que todo había sido una pesadilla.

La mañana la pasó entre sol, sudor y gimnasia. Bebió mucha agua de coco y comió pescado y carne en abundancia.

Hacía mucho calor, pero a lo largo del día se formó una repentina y estrepitosa tormenta. Volviendo de la playa, David se refugió bajo el toldo de una tienda de comestibles. Un perro marrón le ladró desde el otro lado de la calle. Él silbó y el perro fue a su encuentro, quedando acurrucado al lado de sus pies y disfrutando de las caricias sobre su lomo.

La lluvia caía como un torrente y se formaba un montón de arroyuelos por las calles. Pero dejó de llover tan rápido como había comenzado. El suelo parecía más limpio y el ambiente estaba más fresco.

En su camino hacia la casa flotante, David cruzó una serie de casas de la misma altura, intercomunicadas por medio de arcadas y senderos, con sus estructuras ensambladas e independientes. Muchos niños jugaban en la calle.

Transcurrieron un día y otro. La rutina diaria se sucedía con su habitual monotonía. La lluvia alternaba entre el aguacero y la llovizna.

David empezaba a albergar dudas de que Karuna volviera a aparecer.

Al tercer día, se encontraba tumbado en el suelo de la cubierta observando el cielo encapotado. Había vuelto de correr por la playa, se preveía una tormenta. Disfrutaba de la brisa. Decidió ir a desayunar a un puesto callejero de comida antes de que comenzara a llover.

Cogió la scooter que le había prestado un guarda local que se encargaba de vigilar los muelles por la noche y se dirigió hasta Freeman Food Corner, un restaurante donde servían comida tradicional: en vez de platos ponían hoja de banano y se comía con las manos.

8

El dueño del restaurante Freeman Food Corner se llamaba de igual forma, Freeman. Era un hombre robusto de pelo cano, ojos pequeños y rostro bronceado. Tenía un hijo de veintiún años llamado Sachin. Justo al lado regentaban una pequeña gasolinera con solo dos surtidores, uno de diésel y otro de gasolina. Al fondo tenían un pequeño taller de mecánica donde daban asistencia a los vehículos. En un lateral había una pila de neumáticos gastados y chatarra, a la espera de que la recogiera un asiduo comprador con un remolque.

Cuando David fue allí a comer por primera vez, el gerente se presentó con tan distintivo nombre.

—Mi padre era marxista —dijo encogiéndose de hombros, como excusándose. Y añadió con una sonrisa de oreja a oreja—: Y a mí, como me gusta el críquet, llamé a mi hijo Sachin, por el Dios del críquet, Sachin Tendulkar, el mejor bateador de la historia.

El comunismo llegó al poder en Kerala hacía más de cincuenta años y nunca se fue. No siempre estuvieron en el gobierno, perdieron algunas elecciones, pero sí se convirtieron innegablemente en la fuerza política más importante de la región. Esto se notaba al caminar por las calles donde se podía ver banderas rojas con el símbolo de la hoz y el martillo hondeando, y carteles, grafitis e incluso estatuas del Che Guevara, un personaje omnipresente.

A pesar de que Kerala es el estado de la India con menores índices de pobreza, el único con igualdad real entre hombres y mujeres y aquel con mayor porcentaje de alfabetización, existe el

problema del desempleo. Esto está motivado por los grupos sindicales, a veces violentos, que fuerzan a los empresarios a montar sus empresas fuera del estado para no ser avasalladas por demandas salariales y castigadas por huelgas, muchas veces innecesarias e injustas.

Freeman quería vivir al margen de toda política. Su propósito era reunir suficiente dinero para costear la boda de su hijo con una joven de su misma comunidad. Los padres de la novia estaban de acuerdo en el enlace. Pero Freeman esperaba el momento en el que tuviera la cantidad que él quería gastar en los fastos de la celebración.

Su mujer había fallecido y su hijo era todo lo que él tenía. Por ese motivo, quería casarle por todo lo alto, con orgullo, presumiendo de bienestar, que toda la gente de su comunidad invitada a la ceremonia viera la buena familia que eran y el futuro próspero que auguraba a la joven pareja.

Solo había un problema. Un grupo de personas querían apoderarse de su terreno, especialmente de la gasolinera, que estaba situada en un lugar estratégico: se estaba construyendo una carretera que pasaría justo al lado de su propiedad, por lo cual las autoridades ya le habían advertido que le facilitarían los requisitos para crear una franquicia con una empresa reconocida.

Freeman ya se había reunido con Bharat Petroleum, con HPCL (Hindustan Petroleum), incluso con los representantes de la empresa Shell. La más interesada era Bharat Petroleum, que le cedía un beneficioso crédito para ayudarle con el inicio del negocio y así evitar pedir al banco, cuyos intereses eran muy altos.

En aquel momento, Sachin le sirvió la comida a David. Mientras él degustaba los distintos ingredientes, escuchaba del joven cómo había usado las masalas y especias en la elaboración de los alimentos. David sonreía escuchándole hablar en inglés con tanto entusiasmo como lo hacía.

Mientras, en la gasolinera, Freeman terminaba de llenar el depósito de un camión. Cuando se marchó el pesado vehículo rechinando su carrocería conforme cambiaba de marchas hasta

perderse por la carretera, apareció un todoterreno SUV Mahindra Escorpio de color rojo y negro.

David sitió como Sachin cambiaba de carácter, se erguía y observaba desde la distancia a los visitantes. Del coche descendieron tres personas. Uno de ellos era bajo y gordo; los otros dos, musculosos. Los tres vestían ropa cara.

El gordo se acercó a Freeman y se quedó hablando con él. Desde donde David y Sachin estaban situados vieron que la conversación se volvía acalorada. El gordo se quitó las gafas de sol y se las colocó en la cabeza, sosteniendo su cabello espeso y negro.

—¿Los conocéis? —preguntó David.

Sachin palmeó nervioso el mango de una llave inglesa que guardaba bajo el mostrador, pero no se atrevió a usarla.

—Son los que quieren quitarle todo a mi padre. El jefe se llama Salmaan.

Vieron como el gordo hizo un gesto desdeñoso al aire y, sin mediar palabra, uno de los musculados le propinó un puñetazo a Freeman en el estómago, que cayó de rodillas con los brazos en la barriga.

David lamentó no haber llevado consigo la pistola que guardaba en la barca.

—¡Eh! —gritó él aproximándose con paso decidido.

Los tres se giraron. Freeman levantó la cabeza con aspecto aterrorizado al ver a David entrometerse e intentó hacerle un gesto para que se marchara. Sachin, desde el restaurante, se quedó paralizado, sorprendido por la pronta reacción de David.

Salmaan lo observó, dijo algo a sus hombres en idioma malayalam y los tres rieron.

—¿Quién eres tú? —preguntó él en inglés.

—Yo soy amigo de Freeman.

—¿Y?

—Y no me gusta ver a mis amigos sufriendo *bullying*.

Dicho lo cual le arreó un bofetón con la palma de la mano derecha abierta, que lo lanzó hacia atrás y le hizo caer de culo sobre un pequeño pero espeso charco oscuro de aceite y barro.

Los dos hombres que le acompañaban no esperaron la orden para responder. Uno se adelantó y lanzó un puño contra David, pero él lo esquivó y golpeó con un gancho su estómago, doblándolo en dos.

El otro echó mano a su espalda, pero, con un movimiento rápido y ágil, David le quitó la pistola que tenía en la parte de atrás del pantalón, le golpeó en el hombro y le hizo caer al suelo.

El conductor del SUV bajó con aspecto amenazante. David le apuntó y este levantó las manos al aire de inmediato.

—Llévatelos de aquí y no volváis nunca más.

David dio unos pasos hacia Salmaan y le puso la pistola en la cabeza.

—¿Prometes no volver más a este lugar?

Salmaan asintió, asustado de que aquel extraño le apuntara.

El conductor ayudó a su jefe a levantarse del suelo y llevarlo al coche. Los otros dos, cabizbajos, se metieron también dentro del vehículo.

Antes de marcharse, la ventana de cristales oscuros del copiloto se bajó. Desde el interior, Salmaan señaló con el índice a David y luego con el pulgar se lo pasó por el cuello haciendo una clara amenaza de muerte. David hizo amago de dispararles, aunque no pretendía hacerlo. Entonces el conductor aceleró, llevando al límite el motor.

Sachin corrió hacia su padre, le ayudó a levantarse del suelo y ambos vieron el SUV desaparecer por la carretera.

—Te agradezco tu ayuda —dijo Freeman—. Pero esto tendrá consecuencias.

—No iba a quedarme sin hacer nada.

—Volverán. Salmaan seguirá presionándome para que malvenda mi terreno.

David frunció el ceño.

—¿Por qué no lo denunciáis a la policía?

—Ellos son la policía —respondió Freeman.

—Tienen bajo sueldo a los policías de la comisaría de esta zona —añadió Sachin—. Todos están comprados. Ellos nunca harán nada por nosotros.

David sabía que en casos como ese la única forma de limpiar todo el cuerpo de policía de una comisaría era despedirlos a todos y contratar a una nueva generación de jóvenes funcionarios. Además de echar abajo el edificio y construir otro nuevo.

Tras terminar de comer pidió té masala. Mientras esperaba a que Sachin le sirviera, se sorprendió al leer la noticia en un lateral de la portada del periódico en inglés *Hindustan Times*: «Muerte de la esposa del industrial Dilip Adani».

El diario narraba que Karuna había fallecido por las heridas ocasionadas tras un brutal atropello mientras caminaba por el centro urbano de Cochín. «El conductor del autobús alegó que no vio al peatón hasta el momento del impacto, cuando la señora Karuna Adani surgió por el lado izquierdo de la calzada, cruzando sin mirar o quizá creyendo que el vehículo la iba a dejar pasar. La mujer fue llevada con vida al hospital Rajagiri, pero no pudieron salvarla y murió poco después».

La investigación policial había cerrado el caso como un lamentable accidente de tráfico. «Qué raro», pensó David dejando el periódico sobre la mesa.

El entorno de violencia, el engaño y la traición que el español había vivido tanto tiempo en la India le hizo pensar en un asesinato premeditado. «Pero ¿por qué?». «¿Será por el diamante?».

Hizo memoria de la conversación que habían mantenido en la cena. En un primer momento contempló la posibilidad de que aquel aire misterioso que proyectaba Karuna se debiera a que su familia era de una casta hindú distinta a la de su millonario marido, o incluso nacida de una religión diferente, ella prefiriera ser discreta al respecto. Pero ahora se daba cuenta de que era algo distinto y peligroso.

—En la India las mujeres estudian algo ligero, sencillo, que no tenga muchas complicaciones, por llamarlo así, pero es la verdad —había comentado ella durante la cena a la que le invitaron—. Y cuando se obtiene una licenciatura es aceptada como anfitriona en el entorno social y familiar con orgullo y así poder casarse, en un matrimonio concertado por los padres, dentro de una familia idónea. Yo decidí hacer algo diferente.

David recordó el tono de voz con el que dijo aquello de su pasado. El hecho de mencionar su experiencia como azafata de una forma tan orgullosa, pero a la vez sintiendo que algo marcó su vida al tomar aquella decisión, sin percatarse de ello, revelaba que algo clave había sucedido para que cambiara su carácter, su personalidad: «Hubo un antes y un después en su vida —pensó David—. Quizá el salir de su comunidad, del entorno familiar y ver mundo le abrió nuevas puertas que marcaron su futuro. ¿En qué estaría metida Karuna?».

Tenía que ir a ver a Dilip de inmediato y darle el pésame.

Desde la cocina, Sachin preguntó:

—¿Vendrás a mi boda?

—Por supuesto. Siempre y cuando tu padre me invite.

Freeman apareció limpiándose las manos de aceite con una toalla.

—David, después de lo que hoy ha sucedido, tú eres de la familia. Considérate un invitado de honor.

—Gracias —Y girándose hacia Sachin, añadió—: No me la perderé.

Sachin le sirvió el humeante té masala: una gota cayó sobre el papel del periódico y dibujó una mancha oscura como una estrella deforme.

9

La casa de Dilip Adani era un enorme bungaló rodeado de vegetación salvaje. El complejo estaba formado por construcciones desperdigadas de una o dos plantas. La verja de entrada era de acero labrado con una especie de escudo de armas en el centro. Al lado había una placa: «Villa Paradise». A los indios les encantaban los nombres exóticos.

Un guarda de seguridad le bloqueó el acceso.

—¿Sí?

—Quisiera ver al señor Dilip.

—Lo siento.

—¿No se encuentra aquí?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, quieres decir que está aquí.

—No digo que no. Podría ser.

—Tu lealtad desde luego es admirable. Quiero que le digas al señor Dilip que David le espera fuera. Él querrá verme.

—No sé si debo hacerlo debido a las actuales circunstancias. Su mujer ha fallecido y la casa está llena de gente. A usted no le había visto aquí antes.

—Te insisto. El señor Dilip ya me conoce. Mi visita es muy importante para él. No te retrases y llámale.

A los pocos minutos apareció otro empleado que hizo un gesto desdeñoso al aire al guarda, dándole una orden. Entonces, la verja de acero se abrió deslizándose por los rieles motorizados.

—Sígame, por favor —dijo el hombre a David.

David le acompañó por un sendero hasta llegar a una vivienda anexa de la residencia principal. Era sencilla, sobre un zócalo elevado del suelo para la protección contra la humedad y los insectos de madera. Tenía un tejado de losas de arcilla que sobresalía como faldones de las paredes y que estaba sostenido por unas columnas redondas también de madera guardando una perfecta simetría respecto a la puerta principal. Era una muestra de la arquitectura ancestral malayalam que utilizaba materiales diversos como la teca y otros tipos de madera sólida, arcilla, bambú y piedra para dar armonía, equilibrio y orden.

El empleado le indicó una habitación habilitada como estudio y le pidió que esperara unos minutos.

La estancia era amplia, bien ventilada, fresca, decorada con elegancia; el suelo era de madera oscura y las paredes estaban cubiertas de papel con una especie de estilo Bombay tropical, predominando el verde claro y el amarillo dorado. Había reproducciones de la India colonial durante el mandato de los británicos, regimientos de soldados a pie y a caballo, y reproducciones de plantas exóticas. Los muebles eran de estilo clásico, con predominio de la madera de mango y acacia. Más allá del cristal de la ventana se podía apreciar una enorme piscina. Allí al aire libre había mucha gente hablando en grupos vestida con ropa occidental y tradicional india. Los camareros iban y venían con bandejas atendiendo a los invitados, ofreciendo bebidas y aperitivos.

La puerta se abrió. David se giró y fue al encuentro de Dilip extendiendo su mano derecha. Se saludaron. Él vestía traje color azul oscuro, camisa blanca, corbata negra y zapatos marrones oscuros con un brillo satinado. Tenía el aspecto sorprendido, los ojos pesados y vidriosos.

David tomó la iniciativa y lo atrajo para sí, dándole un abrazo.

—Mi más sentido pésame.

—Disculpa por reunirme contigo en este sitio y no en la casa principal.

David alzó una mano al aire recorriendo la estancia.

—La verdad es que parece un sitio donde el tiempo se ha detenido.

—Este lugar lo utilizo como espacio de lectura y meditación. Pertenecía a mi padre. Es una edificación construida al estilo antiguo. Por entonces, la calle principal de ahí fuera no existía, tampoco mi casa de al lado. Pero él siempre miraba al futuro y compró todas las tierras de alrededor como inversión.

—Es preciosa, la verdad.

—En la actualidad los indios consideramos una casa más como un símbolo de estatus social que un refugio. La generación de mi padre creció en casas de barro y madera y por ello estas estructuras conocen muy bien la resistencia y la fortaleza; pero me desconcierta que la moderna generación considere al barro como un material barato, sucio y pobre.

Dilip bajó la cabeza y se cubrió el rostro con ambas manos.

David le tocó el brazo.

—Siento lo sucedido.

—Por lo visto caminaba por la acera y en un momento dado decidió cruzar la calzada. Un coche que iba a mucha velocidad la golpeó.

—¿Te llamaron para identificar el cuerpo?

Dilip alzó la cabeza, sorprendido por la pregunta.

—Sí, pero…

—¿Tú no la viste?

—Fui a la morgue. Los forenses me dijeron que su estado era tan lamentable, ya que su rostro había quedado desfigurado, que me aconsejaron quedarme con su recuerdo.

—¿Qué se sabe del conductor?

—Apareció a un kilómetro de distancia. Según me ha comunicado la policía continuó conduciendo a gran velocidad hasta estrellarse contra un árbol. El impacto le reventó el cráneo contra el parabrisas.

—¿Y tú lo crees?

Dilip le clavó la mirada.

—¿Por qué iba a dudar de lo que me dijera la policía?

—Porque dudo que tu mujer muriera de forma accidental.

—¿Qué quieres decir? —La boca de Dilip se torció en una sonrisa, como si el comentario fuera una broma—. La conclusión oficial es que no hay ningún cabo suelto. Todo está solucionado y archivado: un accidente fortuito. Punto.

—Quiero decir que fue un asesinato. Su muerte fue premeditada. Al conductor lo utilizaron. Y luego convenientemente se deshicieron de él haciendo creer que estaba borracho para justificar que se acabara matando al estrellarse contra un árbol. Los forenses y la policía fueron sobornados.

—¿Y en qué se basa tu teoría? —preguntó Dilip. Un destello de incredulidad asomó en su mirada.

—No es teoría. Son hechos.

Le contó lo sucedido sobre la visita de Karuna durante una madrugada pasada.

Dilip estaba sorprendido.

—¡Por el amor de Dios! No lo hubiese creído.

—No me quiso decir de dónde procedía el diamante.

—Y tú aceptaste porque te prometió pagarte —señaló Dilip en tono admonitorio.

—No, yo acepté porque vi a una mujer que buscaba ayuda. No solo esto, conocía quién era yo porque había escuchado tu conversación telefónica con Hassena *madame*. Y esto le dio confianza en mí. Punto. No hubo nada más. Ella estaba nerviosa. Temía que la estuvieran siguiendo.

—De acuerdo. Disculpa por haberte hablado así. Estoy pasando por una situación horrible. Aún no he asimilado que no siga con vida. Continúo pensando que aparecerá de un momento a otro por la puerta.

—Lo comprendo. Volviendo al diamante. Si tú no se lo has dado, ¿cómo pudo obtenerlo? ¿Tienes alguna idea de con quién pudiera estar involucrada?

Dilip quedó en trance, inmóvil, mirando por la ventana, a lo lejos. Al final sacudió la cabeza lentamente.

—No tengo la menor idea de dónde lo sacó. No me lo explico.

—¿Contrabando? ¿Robo? ¿Juego? ¿Un regalo de algún desconocido? ¿Crees que ella estuviera metida en alguna… rencilla

conyugal?

—Qué fino eres —contestó Dilip con un amago de sonrisa—. Te lo agradezco. Quieres decir si ella tenía un amante, ¿es así? No. Éramos muy felices.

—¿Y que fuera una ladrona? Ya sabes, que padeciera cleptomanía. O quizá que estuviera metida en algo tan peligroso como el tráfico de drogas…

La última pregunta terminó de enfurecerlo. Cerró los puños y los apretó. Soltó una exhalación, como si se estuviera debatiendo contra la resistencia de tomar acción. Se abalanzó contra David. Él extendió las manos como si rogara que no le golpeara. Aun así, Dilip lanzó un derechazo a su cara, pero David le agarró con la palma de la mano el puño y con un impulso lo empujó contra la pared.

David lo soltó y le dijo:

—Te sugiero que no lo vuelvas intentar o te haré mucho daño. Tú no estás hecho para pelearte con nadie. Dilip, tu mujer debió de estar involucrada en algún asunto turbio, porque no tiene lógica que tuviera un diamante valorado en millones de dólares y en la única persona en quien pensara para custodiarlo fuera en mí, en una casa flotante, rodeado de agua, sin caja fuerte.

Dilip mostró un aspecto humillado. Dio unos pasos hacia adelante y se dejó caer en el sofá. Se quedó un instante sentado con la mirada puesta en algún punto del suelo enmoquetado. Tembló. Cerró los ojos.

—Entiendo que la India esté demasiado llena de gente —prosiguió David—, y que hay millones muriéndose de hambre y nosotros hablando de un diamante del tamaño de un puño cuyo valor podría cambiar el destino de cientos de miles o quizá millones de indios. Pero hay que averiguar cómo consiguió tu mujer ese diamante y de este modo conseguiremos saber quién la asesinó.

Dilip seguía ensimismado en sus pensamientos con la mirada perdida.

—Hablando de millones —dijo él al fin—. ¿A que no sabes que hay varios millones de toneladas de fosfato debajo de las tierras ganaderas en este distrito de Kerala?

David pensó que el hombre hablaba lo que le dictaba su subconsciente, que, aun sabiendo lo que decía, hablaba por hablar. Le dejó explayarse.

—No.

—Si esas tierras se explotaran, un montón de gente ganaría mucho dinero.

—¿Un montón? Te refieres a las personas implicadas en el proyecto como tú, ¿verdad? —Señaló hacia la ventana—. A ti y algunos socios empresariales de ahí fuera que aparentan estar compungidos por la muerte de tu esposa. No creo que el beneficio de la población rural esté en tu mente.

Dilip asintió con una mirada taciturna, como si estuviera resolviendo algún dilema. Se encogió de hombros, como si hubiera tomado una decisión.

—Mira, ignoro tu conocimiento sobre este tipo de sector, pero la gente se muere de hambre debido a la falta de fertilizantes que ayuden a las plantaciones a crecer sin ser dañadas por plagas de insectos.

—Por lo tanto, el fosfato tiene prioridad.

—Exacto —dijo Dilip, y sonrió.

—¿Qué me quieres decir con esto? ¿Qué relación tiene con el diamante y la muerte de tu mujer?

—Ninguna. Pero sí que tiene relación con tu presencia aquí, en Kerala —contestó señalando con el índice el suelo—. Hassena *madame* sabe de los negocios que estoy intentando expandir con los fertilizantes. Yo pensé en un primer momento que, con la excusa de pasar unos días de vacaciones en este lugar, Hassena te mandaba para vigilarme. Ahora me doy cuenta de que ella conocía en qué estaba metida mi mujer, o al menos le habían llegado rumores al respecto. Ese debió de ser el motivo, ¿verdad?

—Lo siento, no puedo comentarte nada sobre esto.

Dilip sonrió y levantó el brazo izquierdo, mostrando el delgadísimo reloj de pulsera de oro que rodeaba su peluda y fina muñeca.

—¿Sabes cuánto cuesta este reloj?

—No, pero me imagino que mucho.

—Más de lo que te prometió mi mujer por guardar el diamante.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Que no hay límite en el dinero que me pidas para que pague quien la haya asesinado.

David sonrió.

—No eres consciente de en qué podrías estar metiéndote o, mejor dicho, de en qué estas metido. Y por ese motivo estás asustado. Todo el mundo sabe que aquí se mueve droga a toneladas.

Dilip guardó silencio.

David decidió que era el momento de lanzar su órdago.

—Mira…—continuó él con tono de voz firme—. No sigas mintiéndome. No sigas pretendiendo que no sabes nada. Demasiados barcos y avionetas al amanecer he estado viendo últimamente. Menos que al atardecer. No me creo que seas tan ignorante o estúpido como para no saber que tu mujer estaba metida en el tráfico de droga, directa o indirectamente. En algo Karuna estaba implicada, porque, como te he dicho, no es normal que tuviera ese diamante tan enorme y costoso.

Dilip tenía lágrimas en los ojos.

—Lo admito. Llegué a un estado anímico en el que comencé a fingir que nada sucedía.

—¿Por qué razón?

—Para que continuara haciéndome la vida menos sombría, triste y solitaria. ¡No quería perderla!

—A pesar de estar ella colaborando en meter droga en el mercado y enriquecerse a costa de destrozar la vida de los demás, ¿a ti no te importaba?

Dilip sonrió, sacudió la cabeza y dijo:

—Los coches matan y, sin embargo, no se prohíbe conducir.

—Los imperativos no se pueden igualar.

Dilip lo miró con fiereza.

—Por el amor de Dios —prorrumpió con los dientes apretados—, dime qué quieres de mí porque tengo que ir a atender a mis invitados.

—¿Hace un momento me ofrecías trabajo y ahora me despides? Vamos al grano. ¿Te contó tu mujer cómo estaba organizado el negocio? Deja de dar rodeos, Dilip. Yo estoy aquí para ayudarte, pero si Hassena *madame* se llegara a enterar de tu implicación en el tráfico de drogas, perderías tu fortuna y tus negocios legales. Además de esta bonita casa y tu residencia. Tu futuro sería acabar en una casa flotante… si es que a eso se le puede llamar hogar.

—No. Yo no estoy implicado de manera directa. Por eso te pedía castigar a los autores. Ella siempre quiso tener mucho dinero disponible. Yo lo atribuyo a su pasado. Nació en una chabola. Sus padres vivían prácticamente en la pobreza más absoluta. Ella vivía…

—Estás divagando de nuevo, Dilip —le interrumpió—. Concéntrate. Necesito que me des alguna información sobre el negocio que se traía entre manos tu mujer. Un empleado, socio, amigo… Con alguien estaría relacionada. Dime un nombre. Empecemos por ahí.

—Mohan Kejriwal era su socio.

—¿Quién es?

—Es un agente inmobiliario. Sé que estaba relacionado con los negocios de mi mujer porque mi chófer me informó en muchas ocasiones de que ella visitaba sus oficinas. Cuando le pregunté, ella me comentó que estaba iniciando un negocio por cuenta propia invirtiendo en el sector turístico y que Mohan la estaba asesorando. Lo dejé estar, pero las ganancias que obtenía en tan poco tiempo no eran normales.

—¿Dónde puedo encontrar a Mohan?

—Fácil. Tiene su oficina en una habitación del resort Atenea. Solo tienes que ir ahí, preguntar por él, mencionas mi nombre como referencia y te atenderá. Ahora, dime, ¿dónde está el diamante?

—Está a unos mil quinientos kilómetros de distancia.

—¿Es un cálculo aproximado?

—Procuro calcular las cosas de manera certera, algo que me ha ayudado a lo largo de los años.

—¿Adónde quieres llegar?

—Te estoy diciendo que ya no lo tengo —reiteró David.

—¿Qué significa eso?

—Pues que lo tiene otra persona.

Él pareció pensativo.

—¿Dónde está?

—En un lugar seguro.

—Ahora lo entiendo. Lo tiene Hassena *madame*. Entonces, ¿es por eso por lo que ella te mandó a este lugar? ¿Vas a castigar a los autores del asesinato de mi mujer?

David ignoró sus preguntas.

—Dilip, esa gente es muy peligrosa, trafican con todo tipo de drogas y estarían dispuestos a hacerlo con todo lo que crean que les pueda dar dinero, con mujeres, con niños pequeños, lo que sea. Compran a la justicia, a la policía, a los tribunales, a quien haga falta. Más todavía cuando todos son sobornables. No tienen límites. Quizá no eres consciente del peligro que corres. Ellos creerán que tú tienes el diamante. Porque tu mujer lo habrá obtenido de ellos y por ese motivo quiso esconderlo. Tampoco creo que ese agente inmobiliario, el tal Mohan Kejriwal, sea consciente de dónde se ha metido.

—¿Por qué creerán que lo tengo yo?

—Por la sencilla razón de que fue tu mujer quien se lo llevó. Y pensarán que tú lo sabes. Y una cosa más, que estoy convencido de que sí lo sabes: si has estado encubriendo a tu mujer o pretendiendo que no sabías nada sobre el tráfico de drogas, eres cómplice de sus actividades. ¿Eres consciente de lo que haría Hassena *madame* si se enterara de todo esto?

—Tú no se lo vas a decir, ¿verdad?

—No hace falta que se lo diga. Ella ya lo sabe. ¿Por qué te crees que me mandó aquí? Porque de un modo u otro acabaría dándome cuenta de lo sucedido. No por tus negocios con los fertilizantes. Mira que hay lugares en la India maravillosos para pasar unos días de descanso, y tuve que acabar en una casa flotante en Kerala.

—Pues me alegro de que hayas venido, porque lo que más quiero ahora en este mundo es que paguen los autores del asesinato de mi mujer.

10

El día estaba oscureciendo prematuramente. Se preveían lluvias. Apenas David llegó al embarcadero un trueno estalló y enseguida comenzó a llover con fuerza.

Cuando subió a bordo estaba calado hasta los huesos. Después de cambiarse de ropa, se sentó bajo la cubierta y contempló la lluvia, que no parecía dispuesta a amainar.

Una lancha pasó agitando las aguas tranquilas en dirección contraria, con rumbo al gran canal. David se fijó en la lona de plástico que cubría la parte trasera. Tal vez fueran traficantes que, aprovechando el temporal que arreciaba, llevaban a cabo el transporte de mercancías para evitar ser oídos y vistos por las autoridades.

El resort Atenea que le había mencionado Dilip se encontraba en una pequeña isla a la que se accedía por los canales o por carretera. Decidió ir con la barca. Estudió la guía náutica y eligió lo que le pareció la mejor ruta y lugar donde fondear, un canal entre dos islas muy pequeñas.

A primera hora de la mañana siguiente levó el ancla de la casa flotante, soltó las cuerdas de los resistentes y torcidos troncos de los árboles y comenzó el viaje.

No tardó mucho en llegar.

Era mediodía cuando divisó el muelle.

Allí un hombre le hizo una señal con el brazo levantado. Era el encargado de la llegada de las barcas. Se movía de un lado a otro

con una precisa agilidad. Tenía el pelo y la barba blanca y vestía únicamente con un dhoti alrededor de la cintura. Medía un metro sesenta y tenía los pies y las manos desproporcionadamente grandes con relación al resto del cuerpo, lo que indicaba que durante toda su vida había caminado descalzo y en muy pocas ocasiones, o más bien nunca, había usado ningún otro tipo de calzado que no fueran unas simples chanclas. Llamó en su dialecto local a otro hombre que cortaba madera con un machete, también de piel muy oscura y de aspecto físico similar.

Los dos hombres indicaron a David con movimientos de mano a dónde tenía que dirigirse. Él amainó un poco a estribor y les siguió hasta el lugar señalado, luego viró y entró marcha atrás entre los delgados muelles. Después, aseguró la barca en proa, atando las amarras a los noráis y la cornamusa. Finalmente, apagó el motor. A pocos metros de distancia había tres barcas más destinadas al alquiler turístico que lucían sólidas y bien conservadas.

Uno de los hombres saltó a bordo y le entregó un documento en el que tenía que firmar y pagar por el uso del muelle.

Teniéndolo tan cerca, David se fijó en su cara hinchada y con manchas, sin duda debido a la exposición intensa a las inclemencias del tiempo. Hizo un garabato en el papel y pagó por adelantado los miles de rupias que le costaba estar allí dos días. Le dio una generosa propina para él y su compañero, ganándose la amistad de ambos.

Satisfecho, el hombre ayudó a David a conectar la electricidad del atracadero, de tal modo que no haría uso de las placas solares. Mientras tanto, el otro hombre llenaba los tanques de agua a través de una gruesa manguera.

David fue directo al resort. Como cualquier hospedaje y lugar público, representaba un potencial peligro. Nada más entrar, de modo autómata, se puso en alerta máxima recorriendo con la vista el espacioso vestíbulo, inspeccionando a las personas que estaban alrededor.

Normalmente la zona de los sofás en las recepciones de los hoteles eran la que mejor vista ofrecía de la entrada; ya que la gente esperaba allí la llegada de alguien o la llamada de un taxi. Por

ello era un punto estratégico para una persona que pretendiera identificar a un objetivo.

Otro lugar para acabar siendo emboscado se consideraba la zona de los ascensores, donde habría pocas posibilidades para escapar ante una encerrona para un ataque mortal o un secuestro.

Nada parecía salirse de lo normal.

Caminó hacia el mostrador de la recepción y preguntó por Mohan Kejriwal. Desde el otro lado, el recepcionista, impecable con su uniforme, lo escaneó de arriba abajo como evaluando qué tipo de huésped era y qué trato merecía.

David sintió su mirada de «Tú no tienes pinta de ser un ingenuo acaudalado turista extranjero al que sacar propinas desproporcionadas con facilidad». «Tú no perteneces a este mundo». Localizó a Mohan por teléfono, pero quiso saber quién era el visitante. David contestó al empleado que le dijera que venía de parte de Dilip Adani.

David fue llevado a la primera planta. Era una zona habilitada como oficinas. Una empleada del hotel terminaba de fotocopiar unos documentos y los metía en una carpeta. Sonrió a David y cuando terminó se dirigió al ascensor.

Mohan, vestido con chándal de deporte Adidas y zapatillas blancas, no tardó mucho en aparecer por una puerta adyacente y saludar al visitante.

—Disculpe mi vestimenta, pero me encontraba jugando al tenis con unos amigos —dijo sonriendo, mientras señalaba a una sala de conferencias e invitaba a entrar a David.

Era un lugar amplio; una larga mesa de madera y sillas alrededor. Una gran pantalla para proyecciones colgaba de la pared del fondo.

Los dos se quedaron de pie.

Mohan no tenía intención de tomar asiento porque no quería prolongar aquella inesperada reunión.

En ese instante la precipitada lluvia comenzó a golpear los cristales de las ventanas.

Mohan se encogió de hombros.

—Bueno, el partido quedará aplazado por un rato hasta que deje de llover. Dígame, ¿a qué se debe esta visita? ¿Cómo se llama

usted?

David ignoró su última pregunta, estrechó la mano que desganadamente le tendía Mohan, y dijo:

—Seamos breves y directos. Sé que usted ha estado traficando con droga. Ahora, dígame, ¿cuál ha sido su relación con Karuna Adani?

Él lo miró sorprendido. Recomponiéndose, le lanzó una mirada entrecerrando los ojos, como diciendo: «¿Quién te crees que eres para lanzarme una acusación de ese modo? Ni te imaginas los problemas que tendrías faltándome el respeto».

—No se dé esos aires ante mí. Porque cuando estoy de mal humor no es agradable reunirse conmigo. Y más aún cuando esa reunión no está programada con antelación.

—Yo de usted respondería a mi pregunta.

Se miraron el uno al otro por un momento y luego Mohan sonrió.

—¿Es usted policía? ¿De alguna organización internacional?

—No, soy amigo de Dilip y quiero averiguar quién asesinó a su mujer, y si se debe todo a un diamante.

El intento de Mohan de sonreír fue infructuoso. Se encogió de hombros y respiró hondo, como analizando lo que acaba de escuchar.

—¿Qué diamante? Primera noticia que tengo.

—¿No sabe nada de un diamante?

Hizo una mueca y subió y bajó de nuevo los hombros.

—¿Qué espera? ¿Debo sonrojarme y sonreír tontamente mostrando mi culpabilidad? Nunca he visto un diamante con ella ni me comentó nada al respecto. Ella lo debió de robar a alguien —sugirió Mohan con desdén. De pronto algo le vino a la cabeza—. Y quien haya sido la víctima no se quedará de brazos cruzados, querrá recuperarlo. ¿Quién lo tiene? ¿Dilip?

—Yo.

No le quedó ni rastro de sonrisa. Su mirada se endureció.

—En el caso de que sea verdad y Karuna hubiera robado ese diamante que menciona, ¿Quién lo tiene ahora mismo? ¿Usted?

David asintió.

—¿Es usted consciente del valor que puede tener esa piedra? —continuó Mohan—. ¿Qué ha hecho con él?

—Lo he dejado en buenas manos.

Primero se rio entre dientes, luego, abiertamente, y después soltó una estridente carcajada.

—No sé quién es usted, pero lo que sí puedo decir es que es prudente.

—Empecemos por el principio, cuénteme cómo se metió ella en esto. ¿Cómo han estado operando ustedes dos?

—Amigo, no tengo que contarle nada. ¿Cómo lo iba a hacer delante de un completo desconocido? ¿Por recomendación de un blandengue como Dilip? Además, la retórica me resulta demasiado abstracta.

David estaba cansado de evasivas. Si no lo hacía hablar pronto, esa reunión no serviría de nada. Se aproximó a él con suma rapidez y le dio un golpe en el estómago con el puño.

—Veamos ahora si necesita puntuación, amigo.

Mohan se dejó caer al suelo. Inhaló y exhaló aire despacio. Cuando recobró la respiración, David lo ayudó a tomar asiento en una silla.

—Tratemos de llevarnos bien —sugirió David—. Aunque finjamos. Pero tratemos de entendernos.

—¿Qué es lo que quiere que entienda?

David cerró la puerta y volvió a aproximarse a Mohan.

—Quiero que me hable sobre el tráfico de drogas que hacía con Karuna.

—Sea quien sea usted —dijo Mohan apretando la mandíbula—, la capa de hielo que está pisando es muy fina.

David lo miró con el ceño fruncido.

—No se preocupe por mí y cuénteme qué papel jugaba en el negocio con Karuna —dijo; esta vez con más firmeza.

—Traficamos con droga adulterada con algún compuesto desconocido —contestó tragando con dificultad. Carraspeó e inclinó levemente la cabeza—. ¿Es esto lo que quiere saber?

—¿Quién es su distribuidor? —preguntó David mirándole fijamente—. Siempre hay un pez más grande en el estanque.

—Es usted un tipo listo —dijo alzando el pulgar a modo de aprobación—. Ya lo decían los ingleses cuando estaban aquí en la India, que no hay amigos ni enemigos eternos.

—Solo hay intereses eternos.

Mohan rio.

—Lo dicho. Es usted un tipo listo. Así es, siempre hay un pez un poco más grande. Se llama Bambi.

—¿Bambi?

—Sí, como el personaje de Disney. Karuna se reunía con él.

—Siga hablando.

—Intentábamos satisfacer una necesidad a un precio razonable. Ella hablaba con Bambi, luego me informaba de cuándo iba a ser el transporte. Llegaba la avioneta y nosotros recogíamos el cargamento.

—¿De dónde?

—De Tamil Nadu. Ya inspeccionada y pesada. Sabíamos cuánto había en cada fardo. Nosotros éramos parte del eslabón de la cadena.

—¿Eran?

—Sí, yo ya me he salido de esto. Tras la muerte de Karuna, no quiero saber nada. Tengo suficiente dinero para disfrutar de un retiro con salud y con mucha esperanza de vida, ¿no cree?

—¿Y quién ha ocupado su puesto?

—Eso tendrá que preguntárselo a Bambi.

—No creo que haya quedado muy contento.

—Ya le he dicho que no me encargaré del próximo envío.

—¿Dónde aterrizaba la avioneta?

—En un aeródromo que hice construir. Está muy cerca de aquí. Construimos un hangar. Todo con material prefabricado. Nada que llamara la atención. Hay un depósito de gasolina, de unos cinco mil litros, y algunas herramientas y equipo para el mantenimiento de las avionetas.

—Siga. Karuna le informaba y…

—Y, dependiendo del número de fardos, yo tenía las lanchas y casas flotantes preparadas en el embarcadero. De ahí

transportábamos la mercancía hasta ciertos puntos en la costa, donde otra gente la recogía.

—¿No comprobaban lo que había dentro?

—Nosotros no teníamos la necesidad de inspeccionar el contenido. Ya sabe, medirla, pesarla o embolsarla para los mayoristas o minoristas. Solo la transportábamos. Otros son quienes hacen la reventa. Esta es una cadena muy larga, donde hay mucha gente involucrada.

—¿Karuna y usted se llevaban bien?

—Sí, sí. Una relación estrictamente profesional. Pero ella se volvió muy ambiciosa. Lo quería todo. Quería vender más y más. Había visto lo rápido que se ganaba, ingentes cantidades de dinero, y no quería destruir el gran estilo de vida que se había creado.

—¿Qué droga transportaban?

—Nosotros transportábamos *ganja* adulterada. Pero ella quería comenzar a comerciar con hachís y coca.

David cruzó los brazos.

—¿Quién la pagaba?

—Yo.

—¿Y a usted?

—Bambi.

—¿Cuándo fue el último cargamento?

—El mes pasado. Fue muy grande. Al cambio sería medio millón de dólares. ¿Qué le parece?

—Que el modo de ganarse la vida es muy estimulante. Pero ¿por qué ella? ¿Por qué la mujer de un millonario hombre de negocios como Dilip se mete en el tráfico de drogas?

—Yo puedo decirle su importancia. Porque era la esposa de Dilip Adani. Con eso ya teníamos garantizado que la ley no nos molestaría en esta parte de Kerala.

—Es decir, que usted sabía que su marido era consciente de lo que ella hacía a sus espaldas.

—Sí. Y más tranquilo me quedaba, porque hacíamos negocios de manera fluida y sin problema alguno. ¿Por qué cambiar el método? El alquiler de lanchas y casas flotantes era nuestra mejor tapadera.

—Cómo se metió ella en el tráfico de drogas.

Se quedaron observándose durante unos instantes. Luego, Mohan bajó la cabeza con los labios apretados.

—La conocí en una fiesta que se organizaba en un resort que había construido Dilip con sus socios accionistas. Ella me lo propuso en broma.

—¿Qué quiere decir, *en broma*?

—Me comentó que había utilizado su tarjeta de crédito sin mesura. Llevaba gastados varios millones de rupias en dos o tres años. La deuda aumentaba y no sabía cómo decírselo a su marido. «Quizá pasando droga de un lado a otro, igual me hago millonaria», me dijo. Aun considerándolo una broma, yo le contesté arguyendo que tenía mis contactos… Que conocía ciertas personas… Que con el tráfico de drogas se ganaba una bestialidad de dinero… Ya sabe, lo dejé caer.

—¿Lo dejó caer o lo tomó como una oportunidad?

—Lo admito. Así es. Solo que…

—¿Solo que qué? —le espetó David.

—Que abrí los ojos. Como buen hombre de negocios aproveché la oportunidad que se me presentaba.

—Muy oportuno.

Mohan carraspeó y prosiguió.

—Entonces, al día siguiente ella me llamó y nos reunimos en la catedral de Santa Cruz.

—¿Por qué allí?

—Karuna siempre insistía en evitar hablar sobre el tema en oficinas, cafeterías y lugares públicos. Sobre todo, lugares cerrados y donde hubiera aparatos electrónicos. Temían que grabaran nuestras conversaciones. Una vez me dijo que entró en pánico cuando una señora en los vestuarios del gimnasio al que acudía puso su mochila de deporte frente a ella. Creyó que había una pequeña cámara instalada con el propósito de grabarla. Y yo le pregunté: «¿Por qué alguien querría grabarte cambiándote de ropa?». Ella se encogió de hombros. En las inmediaciones de la catedral planeamos cómo hacer el contrabando. Entre nosotros no hubo una relación física, solo estrictamente de negocios. Si tuviera dudas al respecto, le confirmo

que ella no era infiel a Dilip. Su único pecado fue la codicia, cada vez quería ganar más dinero con el contrabando.

—¿Qué papel tenía ella?

—Organizaba las lanchas y las casas flotantes que estuvieran disponibles. Dependiendo de la cantidad de cargamento, utilizamos una u otra embarcación. Digamos que ella se concentraba en la logística.

—¿Y usted?

—En todo lo demás. Por ejemplo, pagar bien a gente que hiciera lo que le ordenáramos sin hacer preguntas. También me encargaba de que hubiera grandes bolsas cubriendo los fardos de plástico y las atábamos para que pudieran flotar en caso de tener que lanzar el cargamento al agua y que no se humedeciera la mercancía. Luego, la gente que esperaba en las orillas la recogía enseguida con arpones. Todo rápido, simple y seguro. Nunca tuvimos problemas con las autoridades.

—¿Y qué cree que ha podido pasar con Karuna?

—Tengo una teoría. Mi sensación es que alguien trataba de quitarnos el negocio. Alguien tentó a Karuna para hacer negocios con ellos. La asustaron o pretendieron hacerlo, porque ella era una mujer que no se dejaba avasallar por nadie. Tenía genio. Le debieron de prometer el diamante que ha mencionado a cambio de la mercancía de uno de nuestros embarques. No lo sé. Qué sé yo. Debieron de ver en nosotros simples aficionados mayoristas, y querían quitarnos de en medio. El caso es que ella debió de arrebatar ese diamante a terceras personas, y ellos irán a por usted.

David arrugó el ceño.

—¿A por mí? ¿Por qué?

La sonrisa de Mohan se tornó irónica. Se lo quedó mirando, desafiante.

—A mí me tienen vigilado y ya le han visto entrar aquí a reunirse conmigo. Es un tipo sospechoso… No tiene pinta de ser del lugar… Sabrán que el marido de Karuna no está metido en esto, y amenazarle con el diamante sería meterse en más problemas. Ahora pensarán que lo tiene usted.

—Ha hecho una llamada telefónica antes de reunirnos, ¿es eso? Le habrán pagado por la información.

Mohan asintió.

—Lo siento, pero tengo que sacar algún beneficio de todo esto. A no ser que quiera matarme para callarme, pero mi instinto me dice que no es usted uno de esos asesinos que van liquidando a la gente por simple patología enfermiza.

—Entonces es Bambi quien anda detrás del diamante. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Mohan movió de nuevo la cabeza.

—Si sigue metiendo sus narices en este asunto, será él quien se pondrá en contacto con usted. No sé la relación de amistad que tiene con Dilip ni la que tuvo con Karuna. Tampoco me importa de dónde es usted y qué gana con esto, pero le aconsejo dejar de inmediato Kerala y volver a su país de origen.

—Sabiendo que Bambi conoce mi presencia, espero que no me haga esperar mucho.

—Es un tipo criminal y horripilante. Mezclarse con ese tipo de gente le conllevará tener menos expectativa de vida que la de un mosquito efímero. Aquí no tiene nada que hacer. Márchese. No pierda más el tiempo.

—Gracias por el consejo, pero me quedaré. Lo que más tengo en esta vida es tiempo.

11

Fuera del resort había dejado de llover. Aun así, se estaba formando otro centro de tormenta refunfuñando desde el cielo.

Por insistencia de Mohan, David cenó en el bufet del resort antes de regresar a la barca. Además, le hizo saber al director que aquel visitante tenía todo pagado y que tenía permiso para ir donde quisiera sin ser molestado.

Tomó comida típica del lugar, un thali con diferentes pequeños platos combinados.

Mientras cenaba, el director se acercó a su mesa y le devolvió las rupias que había pagado por atracar la embarcación en el muelle del resort.

Ya era avanzada la noche cuando David volvió a la casa flotante. Puso el ventilador de techo y se dejó caer sobre la cama. Había aprendido cómo desconectar la mente y dormirse inmediatamente. Respiró despacio y regularmente y con cada exhalación fue sintiéndose cómo se hundía un poco más en el sueño.

El movimiento de un dedo en el gatillo de un arma.

Un chasquido.

Una bala.

Una muerte.

David tenía sangre en las manos.

No sabía cómo ayudar a su esposa.

No sabía cómo escapar de sí mismo, cómo volver a ser el marido feliz que había sido en una vida pasada. Se encontraba atrapado en

una telaraña, lleno de horror ante la realidad. El corazón le latía con un sonido sordo y activaba la sangre que circulaba rápidamente. Se despertó de súbito con una horrible inquietud. Alguien había subido a bordo.

David cogió la pistola y se levantó de un salto. Oyó un ruido fuerte: algo pesado había impactado contra el suelo de la cubierta y quien lo hubiera arrojado había salido corriendo de la embarcación.

Fue a proa y vio un extraño paquete abierto sobre la cubierta donde se veían cables y varios cilindros metálicos.

No perdió el tiempo en averiguar qué podía ser y el peligro que implicaba: corrió hacia la borda y se lanzó al agua.

Hubo un enorme estallido, una luz cegadora se apoderó de la noche. La casa flotante ya no era más que una bola de fuego. Helado y empapado, David juró que la próxima emboscada la prepararía él.

Empleados del resort y trabajadores del muelle corrieron a ver lo sucedido.

David salió del fondo del agua. Se agarró a un tablón de madera y consiguió arrastrarse por el canal y llegar a la orilla opuesta. Se tumbó en la tierra. Estaba extenuado y apenas podía moverse.

Estuvo un tiempo sentado recobrando la respiración. Desde allí vio a numerosas personas reunidas frente a la barca en llamas. Se podía oír el crepitar de la madera siendo pasto del fuego que alumbraba toda la zona y cuyo reflejo se proyectaba en las aguas.

Sonaron lejanas sirenas.

Pronto solo quedarían astillas y el esqueleto chamuscado de lo que antes había sido una embarcación de recreo.

Al mismo tiempo, en su residencia, Dilip Adani recibió un paquete por mensajería urgente.

No era nada sospechoso porque tenía el envoltorio de una conocida pastelería. Lo que le sorprendió era que hubiera llegado a aquella hora tan intempestiva de la noche. El remitente no aparecía mencionado.

«Igual hay una tarjeta dentro», pensó al recibir la caja de uno de sus criados y llevársela a su estudio.

Puso la caja sobre la mesa.

Se inclinó para desatarla.

No llegó a ver el contenido.

Explotó a unos veinte centímetros de su cintura.

El impacto de la explosión fue tan brutal que Dilip voló en dos pedazos.

PARTE DOS

UNA CONSPIRACIÓN INTERNACIONAL

12

David desmontó la pistola y la volvió a montar. Era consciente de que una pistola mojada era más que una simple molestia; podía representar un riesgo para la seguridad, provocar fallos en su funcionamiento. Tras tenerla lista se internó en la selva descalzo, con el torso desnudo y un pantalón vaquero empapado. Después de un buen rato bordeando el canal, consiguió cruzar y llegar al lado opuesto hasta alcanzar el resort Atenea.

Con la excepción de la luz que proyectaba la casa flotante consumiéndose por las llamas y el fuego en el embarcadero, el lugar estaba en penumbra.

Había varios coches de gama alta aparcados en un lateral de la entrada circular de baldosas.

David dio la vuelta a la propiedad, se metió entre los setos altos y esculturales, entró sigilosamente por un lateral del resort y abrió el pestillo de la verja metálica que daba a la parte trasera. Escuchó voces y se escondió en la oscuridad. Dos guardas armados con palos largos de madera cruzaron corriendo por delante de él en dirección al embarcadero.

Decidió saltar a un balcón. Necesitaba a Mohan: él era el último hilo que lo conducía hasta Bambi y, tal vez, hasta la razón de la muerte de Karuna y el origen de aquel misterioso diamante. Fue relativamente fácil, ya que las habitaciones estaban diseñadas con salida al jardín exterior para actividades como yoga y meditación. Desde aquella posición pudo ver a huéspedes y empleados

observando arder la casa flotante que hasta entonces había sido su vivienda.

Entró en una habitación. Estaba vacía y a oscuras. La cruzó y abrió la puerta principal. Pasó al pasillo y caminó hasta el fondo. Vio la puerta del departamento de lavandería. Entró.

En una serie de estanterías con el número de habitación de los huéspedes había ropa limpia, doblada y planchada. Encontró unos vaqueros de su talla y una camiseta. Se quitó el vaquero empapado y se cambió de ropa, se guardó la pistola bajo el faldón de la camiseta. Tiró su pantalón vaquero mojado a un cubo de basura.

Antes de salir registró los cajones de los armarios. Luego miró detrás de la puerta. En un lateral vio colgados varios llaveros con varias tarjetas electrónicas de distintos colores de acceso a las habitaciones. Cogió uno de los llaveros.

Salió al pasillo, pero enseguida volvió a esconderse tras la puerta al ver a un mozo empujando con prisa un carro de toallas. Cuando lo vio desaparecer, volvió a salir.

Recorrió el pasillo, subió por las escaleras y accedió a la planta superior. Se cruzó con un grupo de huéspedes, turistas con acento británico que se apresuraban al exterior para grabar con sus cámaras el suceso en el embarcadero.

Llegó a la sala donde se había reunido hacia unas horas con Mohan Kejriwal. Accedió al interior usando una de las múltiples llaves electrónicas.

La habitación se iluminó.

—¿Mohan? —llamó David alzando la voz.

No hubo contestación. Recorrió la estancia. No había nadie.

Vio una puerta, semiabierta, que daba acceso a una habitación anexa. Era la puerta por donde había entrado Mohan para reunirse con él.

Entró. Era una habitación de huésped tipo suite.

Percibió que había luz en el cuarto de baño.

Sacó la pistola.

Dio unos golpes en la puerta.

—¿Mohan? —Entró sin obtener respuesta.

Sentado en el suelo estaba el empresario inmobiliario, aún vestido con ropa deportiva. Tenía la cabeza ligeramente ladeada y había sangre por todas partes, brotando de su garganta y de su vientre. Su mirada estaba enfocada al frente con una expresión plácida, como diciendo: «No me espera que sucediera esto. No debía morir así».

La herida le atravesaba la camiseta y las costillas del lado derecho. La hoja se la habrían hundido en un corte mortal directo al corazón. Quienquiera que lo hubiera hecho pretendía que la víctima sufriera sintiendo cómo la vida se le escapaba lentamente.

Retrocedió y salió del cuarto de baño. No podía quedarse allí mucho tiempo. Registró la habitación, encontró mucho dinero en metálico en un cajón, se lo guardó en un bolsillo.

Abrió los armarios. Encontró un par de calcetines y unas zapatillas de deporte de su número, que se calzó deprisa y corriendo. Luego cogió una sudadera con capucha, se cubrió la cabeza y salió al exterior por el balcón.

Una vez fuera, vio los coches de la policía con sus luces parpadeando, bloqueando el camino hacia el embarcadero. Ahora se había añadido a los espectadores mucha gente local proveniente de las viviendas cercanas.

Fue a internarse en la espesura del bosque cuando de repente una voz silbó a su espalda. Se quitó la capucha de la cabeza y prestó atención.

—No tan rápido —dijo una voz—. Tienes una cosa que nos pertenece.

—Te has confundido —contestó David sin moverse—. No sé de qué me hablas.

La punta de una navaja le presionaba las costillas.

—El diamante —volvió a decir la voz a su espalda. Para enfatizar su intención, volvió a pinchar—. Y si no, te voy a rajar como lo hice con el señor Mohan.

David se dio la vuelta. Era un hombre de unos treinta años, con barba, pelo negro y espeso, vestía con camisa de manga corta a cuadros y estaba hinchado de músculo, cuadrado como un ladrillo, un asiduo al gimnasio y adicto a los anabolizantes.

Le dio con el codo en las costillas con todas sus fuerzas y pudo oír cómo resollaba. Aun así, el hombre se irguió y le asestó un golpe con la navaja, pero David pudo esquivarlo a tiempo a la vez que le dislocaba la rodilla derecha de un impacto con el pie. El hombre se cayó al suelo instantáneamente. David le arrebató la navaja y se situó a su espalda poniéndole la hoja en la garganta.

—O me dices dónde puedo encontrar a Bambi o te corto el cuello como a un cordero. Tú eliges.

—Donde dejé a la mujer.

Por un instante David se sorprendió al escucharlo. ¿De qué mujer le estaba hablando? Decidió lanzar un anzuelo.

—¿Karuna Adani?

El hombre soltó un gruñido

—Sí. Bambi me ordenó secuestrarla.

David le instigó a seguir hablando.

—Pero si murió atropellada. Lo leí en el periódico. La gente vio un cadáver y se incineró. Su marido…

—Su marido lo organizó todo por orden de Bambi.

—¿Dilip Adani? ¿Por qué?

—Bambi busca el diamante que ella le robó. Quiso secuestrarla y ordenó a su marido que fingiera su muerte.

—¿Por qué?

—Por dinero. El señor Dilip siempre piensa en dinero.

—¿Dónde está ella?

—En el chalet de Bambi.

—¿Y dónde está el chalet de Bambi?

—En Thrikkunnappuzha.

—Concreta. ¿Tienes móvil? —El hombre asintió—. Sácalo e indícame la dirección.

El hombre sacó de un bolsillo el móvil y tecleó la dirección en Google Maps. Luego le pasó el aparato a David.

—Aquí está.

—Déjalo en el suelo —le ordenó.

David lanzó lejos el cuchillo e inmediatamente le cogió el mentón con una mano y la sien con la otra, y le hizo un brutal giro, inesperado y concluyente. El cuello se le rompió con un chasquido.

Lo empujó hacia adelante y el hombre rodó por el suelo. Estaba muerto.

Cogió el aparato del suelo y miró la dirección. Estudió el modo de llegar al lugar. Luego lo lanzó lejos hacia las aguas del canal. Era momento de ir a Thrikkunnappuzha.

13

Bambi conducía un Mercedes gris metalizado. Tenía el aspecto de un actor de cine. A pesar de su abundante cabello lleno de canas parecía muy joven: facciones lisas, ojos color miel y piel cetrina.

Condujo el vehículo por el interior de la parcela de un moderno bungaló a las afueras de Cochín. Aparcó frente a la entrada.

Había llegado allí a altas horas de la noche para reunirse con su socio saudí de importación de diamantes y piedras preciosas a países del Golfo.

Se llamaba Saad Abdulrahman. Siempre que viajaba en su avión privado a Cochín se hospedaba en aquella residencia de lujo, donde tenía todas las comodidades disponibles y gozaba de la privacidad de la que no podía disfrutar en los hoteles de cinco estrellas, a la vista de la gente y con cámaras de seguridad por todos lados.

Bambi entró en el salón. Era una estancia majestuosa y elegante repleta de madera oscura. Le esperaba Saad, un hombre alto, flaco, de pelo moreno liso y bigote fino. No dejaba de fumar un cigarrillo tras otro.

—No deberías ser tan ostentoso —comentó Saad señalando hacia el exterior de la ventana—. Es un Mercedes muy inusual en Kerala. De esta forma llamas la atención.

—Maldita sea. Soy un hombre rico. Necesito un coche acorde con mi estatus , y eso no me avergüenza. ¿Y a ti qué más te da?

—Si puede perjudicar nuestros planes, me importa mucho. Es aconsejable pasar desapercibido. Alguien puede tener la curiosidad

de investigarte.

—Y mientras tanto vosotros, los saudís, disfrutando del lujo. Ah, no. A mí me gusta disfrutar de mi dinero.

—Déjame recordarte que sin nosotros no eres nadie. Actualmente eres un hombre común, un cualquiera, uno del montón… Nos eres necesario hasta que lo consideremos.

—Vale, vale. No hace falta que iniciemos una discusión. Nuestra relación se basa en el beneficio mutuo. ¿Has echado un vistazo a las ganancias del último mes? Hemos incrementado otros quinientos mil dólares los ingresos este último trimestre.

—Sí, pero si no pones cuidado, estos beneficios no se van a poder mantener más tiempo.

—Vayamos al motivo de nuestra reunión. ¿Por qué me has llamado a esta hora?

—Queremos que realices la explosión mañana a mediodía.

—Lo tengo ya todo listo.

—¿Los explosivos?

—Desde hace ya tiempo los tengo guardados.

—¿La furgoneta?

—Te he dicho que lo tengo todo listo.

Saad le entregó un moderno detonador con un sistema de iniciación digital por control remoto.

—Entonces, no hay nada más de que hablar. —Señaló el detonador—. La hora, el minuto y el segundo está activado según el plan previsto. —Levantó el dedo índice en un gesto admonitorio—. Y una vez colocado el explosivo sal de la zona cuanto antes.

—No tan deprisa, amigo. Hay algo pendiente. Mi dinero.

—Como acordamos. La mitad te la transferimos ahora, y la otra mitad, en metálico, después. Pero la bomba en la furgoneta debes ponerla tú mismo. No delegues la misión en terceros, porque queremos estar completamente seguros de que se lleva a cabo según lo planeado.

Saad se sentó en el sofá, abrió un fino portátil Apple y comenzó a teclear.

Se oyeron ruidos en el piso superior.

Bambi alzó la mirada y sonrió.

—¡Ah, pillín! ¿Tienes a alguien esperándote arriba?

—A ti eso no te importa.

Bambi sabía que desde hacía meses el saudí recibía invitados en el bungaló. Lo único que había logrado saber era que procedían del extranjero como él, pero nunca los había visto. ¿Era una persona o había más? ¿Quiénes eran? ¿Qué intereses tenían en viajar a Kerala? Después de la operación que pretendía llevar a cabo, se había propuesto averiguarlo.

Lo que verdaderamente desconocía era que Saad había sido miembro de una agencia de inteligencia extranjera y había sido contratado por misteriosas personas, con poderes supranacionales, como eslabón de una larga cadena que pretendía llevar a cabo un siniestro plan, brillante para quienes participan en él y tenebroso para todos los demás.

—No hay problema. Lo único que me importa es mi dinero.

Saad terminó de teclear y se levantó.

—Ya está entregado a tu cuenta en Suiza.

—Entonces, no hay nada más que hablar.

—Sí que lo hay —dijo el saudí señalándole—. He puesto mucha confianza en ti. No me defraudes. ¿Me entiendes? Porque si lo haces…

—Relájate. Nunca lo he hecho hasta ahora —aseguró él.

—No quiero que crees dificultades. Las explosiones que has realizado frente al resort Atenea y en la residencia de Dilip Adani han salido en las noticias y esto debería haberse evitado.

—Estoy absolutamente de acuerdo con lo que dices.

—No me tomes por tonto. No te he preguntado si estabas de acuerdo o no conmigo.

—Claro que no.

—Estamos cerca del fin y tenemos que ceñirnos a lo acordado.

—Entendido.

Bambi salió de la habitación dejándolo solo.

Saad se asomó por la ventana viéndolo marchar.

Aquel imbécil, pensó, no era consciente de que estaba siendo manipulado. Pronto habría una conmoción global más atroz que el 11S, que conllevaría un caos en los mercados financieros y un vacío

de poder en el mundo civilizado. Y nada ni nadie iba a intervenir con el resultado previsto.

Se restablecería un nuevo poder en el mundo, privando a los Estados Unidos de la hegemonía. Incluso se impondría una nueva moneda en el comercio internacional y en la reserva de divisas, eliminando de un golpe en la mesa la dependencia al dólar estadounidense.

Permaneció un rato en silencio con la mirada perdida y planteándose cómo sería el nuevo orden mundial, cómo sería el mundo tras un suceso de tal magnitud.

Había trabajado mucho durante años entre bastidores. Había ocupado un puesto privilegiado en aquel plan colosal. Durante el transcurso del tiempo se habían resuelto demasiados obstáculos.

Más que nunca debía asegurarse de que todo el proyecto de acción saliera con éxito. Al menos la parte de la que él era responsable. A partir de ahí, ya no estaría en su mano.

Estaban próximos al fin.

Demasiado en juego.

Una sombra entró entorpeciendo sus pensamientos, y dijo:

—¿Crees que sospecha algo?

Saad se giró con una sonrisa.

—No.

La figura se mantuvo alejada de la luz, su rostro debía de mantenerse oculto en todo momento.

—Te veo muy convencido.

—El éxito o el fracaso se mide en gran medida por la preparación. Y nosotros la tenemos. Por eso lo único que hay que hacer ahora es ejecutarla.

—Entonces me he equivocado. Debería haber dicho te veo muy realista.

—Quédate tranquilo. Y no vuelvas a bajar de tu habitación hasta que seas llamado. No debes ser visto. Toda precaución es poca.

—Pero, a mi parecer, ese indio ha empezado a pensar por sí mismo sobre el asunto en vez de enfocarse en cumplir órdenes.

—Es el dinero lo que le motiva. Además, con nosotros no hay margen para negociar, porque tenemos el único poder que importa:

el poder de destruir. Yo me encargo de él. Tú preocúpate de lo tuyo.

—¿Cuándo comienza mi misión?

—Siguiendo el plan original tienes que estar listo mañana al mediodía en Nueva Delhi, esperar allí y actuar en cuanto se te ordene. Ahora descansa. Cuando amanezca el coche te llevará al aeropuerto.

Una descarga de emoción recorrió la columna del hombre cuyo rostro ocultaba la penumbra de la habitación. No había marcha atrás. El mundo que conocía se estaba acabando.

14

Eran las doce de la noche.

David Ribas había robado en un embarcadero una pequeña barca a motor y navegaba manteniéndose cerca de la costa para evitar perderse.

De tanto en tanto la lluvia caía tan fuerte que apenas se podía escuchar nada más.

En poco tiempo la tromba de agua se empezó a calmar hasta convertirse en un aguacero continuado y fuerte. Y enseguida dejó de llover como si alguien allí arriba hubiera cerrado el grifo.

Conocía muy bien Kerala y había visto que la propiedad de Bambi estaba muy cerca de una ensenada que él había recorrido en una ocasión hacía unos años con su moto Royal Enfield.

Cuando llegó, paró el motor y, agarrando una cuerda, saltó al agua. Emergió de entre las olas y serpenteó hacia la orilla empujando la barca hasta que consiguió amarrarla a una roca.

Se agachó detrás de unas piedras y contempló el sombrío paisaje lleno de palmeras enhiestas ante él.

La brisa cobraba fuerza. El aire olía a lluvia.

La edificación se alzaba por encima del acantilado. No había guardas por los alrededores. Dudaba de que usaran prismáticos nocturnos.

Si cayera una nueva tormenta, lo tendría más fácil en el momento de infiltrarse, ocultándolo mejor en medio de la oscuridad.

Pero, como a veces sucedía, nunca caía la lluvia cuando uno lo deseaba.

Subió la pendiente lo más rápido que pudo. Saltó un muro de piedra y cruzó una zona verde. Evitando toda línea de tiro que pudiera ofrecer las ventanas o las puertas del edificio, accedió al jardín. Se agachó y miró en derredor. Observó la vivienda.

Era un chalet de diseño moderno. Sin embargo, el terreno era margoso, no demasiado adecuado para construir casas. Esto le hizo pensar a David que no habría sótanos en la propiedad: todo tendría que estar guardado en la superficie, en garajes, en habitaciones o almacenes. En un futuro el océano quizá reclamara esa lengua de tierra. Quizá Bambi utilizaba aquella localización como centro de operaciones temporal.

Estaba todo a oscuras, excepto las luces LED que bordeaban la propiedad. Pero como bien sabía David, eso no significaba que fuera seguro entrar en ella.

Los esporádicos destellos de los relámpagos comenzaron a iluminar las ventanas. Una nueva tormenta se acercaba y al fin comenzó a tronar lo suficientemente fuerte como para despertarla.

Comenzó a llover.

Bajo el porche un hombre fumaba sentado en una silla con los pies sobre otra. David se aproximó con sigilo por detrás. Le puso la mano en la boca y lo mantuvo agarrado con fuerza.

—¿Dónde está la mujer?

El hombre dijo algo en su idioma local. David no le entendió.

—En inglés.

—*No English* —pronunció el aterrado guarda.

—Hindi —dijo David, e hizo la misma pregunta en este idioma.

—Primera planta. Última habitación.

David le propinó un fuerte golpe en la nuca y lo dejó inconsciente en el suelo sin hacer ruido.

Miró a lo alto de las paredes en busca de cámaras de seguridad. El lugar estaba tan a oscuras y llovía tan fuerte que no conseguía ver nada. Decidió entrar.

No perdió el tiempo. Subió por unas escaleras de madera hacia la primera planta. Asomó la cabeza para calcular el trecho del pasillo

iluminado por un inestable fluorescente de techo que parecía marcar un tono inquietante, dejando sumido cada extremo del corredor en dos matices alternados de un color amarillo pálido.

No percibió ningún sonido que le alertara de peligro. Entonces, echó a correr hacia la última habitación. El suelo alfombrado amortiguaba el ruido de las pisadas.

A llegar probó a girar el pomo de la puerta, pero estaba cerrada con llave. Miró a derecha e izquierda. Había oído ruido. Se acercaban personas charlando en un dialecto local. No tendría tiempo de esconderse.

Pensó en tirar la puerta abajo cuando se dio cuenta de que era un pestillo situado en la parte superior lo que mantenía cerrada la puerta. Lo giró, movió el pomo, entró en la habitación y cerró a su espalda con sumo cuidado.

La habitación era amplia. Estaba en penumbra, iluminada básicamente por la luz que provenía de una lámpara sobre una mesita de noche al lado de la cama. Miró a un lado y a otro. No había nadie.

¿Y si habían asesinado a Karuna y escondido el cuerpo? De otro modo, ¿qué razón tendrían para cerrar con pestillo la puerta? Miró detrás de las cortinas, debajo de la cama. Abrió un armario por si hubiera algún pasadizo por dentro. Nada. Giró la cabeza. El cuarto de baño.

Fue hasta allí. Encendió el interruptor y abrió la puerta. Movió despacio la cortina hacia un lado. Nada. El plato de la ducha estaba vacío. Oyó un leve sonido. Había alguien en la habitación. ¿El ropero? Le faltaba mirar dentro de aquel mueble empotrado junto a la puerta.

Se acercó. Abrió y vio muchas prendas colgadas en perchas. Entonces, centellearon unas tijeras.

David agarró la muñeca de Karuna al mismo tiempo que la sacaba del interior. Le puso la otra mano en la boca.

—No hagas ruido —le susurró él al oído—. He venido a sacarte de aquí.

Las facciones de Karuna se trasformaron súbitamente de ira en sorpresa. Permaneció inmóvil, contemplando asombrada a David.

Entonces, le abrazó muy fuerte.

—Tenemos que irnos de inmediato —musitó ella sobre su hombro.

Su rostro estaba desmejorado. Se la veía muy cansada, con pronunciadas ojeras. Una vez más, David se sintió comprometido con aquella misión, no solo profesional sino también moralmente.

La lluvia comenzó a restallar en el exterior golpeando en los cristales de la ventana. David miró al exterior.

—Debemos darnos prisa.

—Me matarán si me escapo. Bambi dio esas órdenes a sus hombres. Que me dispararan si intentara salir de este edificio.

—Muerta ya estás.

—¿Qué quieres decir?

—Dilip fingió tu muerte accidental por atropello. Han realizado incluso un funeral.

—Hijo de la gran puta. Solo por el dinero, por mantener sus negocios.

David hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Hay que darse prisa. Tenemos que aprovechar la lluvia en nuestra huida. Vamos.

David abrió la puerta, asomó la cabeza. Nadie. Tomó a Karuna de la mano y salieron corriendo en dirección opuesta de donde procedían las voces.

—¿Sabes adónde vamos?

—Sí, a la playa. Ahí tengo un bote.

Salieron al porche de la entrada. La cara hinchada de Karuna y las ojeras eran más visibles.

—Vaya por Dios. Siento mucho lo que te ha pasado.

Ella puso cara de desagrado.

—Dejemos esta conversación para después.

Él asintió.

—Deben de estar todos en sus habitaciones. —David señaló a lo lejos—. Debemos correr bajo la tormenta hasta aquellas rocas. Debajo tengo la barca.

—No lo lograremos —dijo Karuna—. El mar nos devolverá a la playa.

—Pero ¿qué dices? No tiene remos. Va a motor.

Ella no le había prestado atención: salió corriendo hacia los coches aparcados bajo la luz de una farola envuelta por la tormenta. Había una hilera de vehículos aparcados de gama alta.

—¿Qué haces? —le espetó David con tono enérgico corriendo detrás de ella.

Estaban a la vista de cualquiera que se asomara a cualquier ventana.

La lluvia los empapaba.

La alarma de un coche saltó.

Se oyeron gritos lejanos desde el interior del edificio. Ahora todos los hombres de Bambi estarían buscándolos.

Karuna se precipitó a un Toyota, abrió la puerta y no esperó a David para arrancar, pisar el acelerador y cambiar de marcha. Él por poco se cae al suelo.

Un hombre salió precipitadamente por la puerta principal. Escudriñó el exterior, gritó órdenes en su idioma malayalam y alzó una pistola. Disparó.

Karuna giró el volante hacia la derecha chocando contra otro vehículo, luego dio marcha atrás, hizo un giro en redondo, puso la primera marcha antes de terminar la maniobra de ciento ochenta grados y apretó a fondo el acelerador. El coche salió impulsado. Los cristales traseros se hicieron añicos por el impacto de las balas.

Tres hombres salieron corriendo en su dirección disparando sus armas.

—Rápido. Rápido —gritó David.

El motor emitió un ronroneo, el tubo de escape soltó una bocanada de humo y el coche se lanzó hacia delante a toda velocidad.

Karuna aumentó la presión del pie sobre el acelerador. Por un instante David creyó que saldrían despedidos fuera del camino, pero ella giró el volante justo antes de tomar una curva, derrapando sobre la tierra mojada y, de nuevo, estabilizando la dirección del coche, apretó otra vez a fondo el acelerador. A causa de la brusca maniobra, David se vio lanzado contra Karuna.

—No vayas tan rápido. El suelo está lleno de barro —le advirtió él tomando de nuevo asiento—. ¿Cómo sabías que estarían las llaves?

—Ningún ladrón se atrevería a robar a Bambi. Menos aún a entrar en su propiedad.

Llameó un relámpago.

David miró hacia atrás.

—Nos siguen.

—Bambi no me dejará escapar tan fácilmente.

—¿Por qué?

—Más tarde.

Sin poder quitarse el sobresalto de encima, David se volvió hacia Karuna.

—No. Ahora. Dime qué está pasando. ¿Le robaste el diamante a Bambi?

Otro relámpago.

—Luego podré explicártelo —dijo ella alzando una mano para que le sirviera de pantalla—. ¡Por Dios! No se ve nada.

—Pon el limpiaparabrisas —dijo David señalando el cristal.

A pocos metros ser aproximaban a una verja.

—No conseguiremos atravesarla —advirtió Karuna—. Es de acero.

David vio a un guarda junto a una caseta de seguridad cargando una escopeta.

—Tú acelera.

La verja apareció rápidamente. Impactaron a toda velocidad contra ella, lo que provocó una tremenda sacudida, pero el vehículo la atravesó. Se escucharon varios disparos, aunque ninguno impactó contra la carrocería.

David se giró. Habían dejado atrás bajo la lluvia al guarda de seguridad.

Los faros de vehículos de sus perseguidores se acercaban.

Cuanto más fuerte lloviese, más disimulada sería su escapada. Así lo había pensado David, creyendo que la tormenta decreciera durante la fuga. Sin embargo, la lluvia había arreciado y parecía que no fuera a parar de un momento a otro. Además, el viento era fuerte y el mar estaría agitado. Por lo tanto, el único medio de evacuación era en coche y por carretera.

—Ha sido buena decisión escapar en el coche —admitió David—. El mar nos hubiese devuelto a las rocas. Pero ahora nos siguen y estoy seguro de que habrán informado a personas por delante de nosotros para que nos bloqueen el camino.

—¿Qué sugieres?

—Tomar otro camino. Aquel de tu izquierda.

Ella giró el volante y se adentró por aquella ruta.

—Pero nos llevará hacia la playa.

David volvió a observar los coches que tenía por detrás: pasaron de largo siguiendo la carretera recta.

—Al menos conseguiremos un lugar donde permanecer ocultos hasta que pare la tormenta, entonces nos marcharemos en barca.

—¿Y abandonar el coche? Estás loco.

—No llegaremos lejos con el coche.

—Supongamos que el tiempo no cambie. Supongamos que no esté la barca que dejaste y se la haya tragado el mar.

—Por suponer, supongamos que queremos seguir vivos. —David señaló una zona despejada dentro de una zona arbolada—. Para en ese lugar.

Ella hizo lo que le dijo.

—¿Y ahora qué?

—Esperamos.

15

En la noche, de un negro incandescente, brillaba con mal humor una invisible artillería de relámpagos. La lluvia comenzó a golpear con más intensidad la carrocería del coche produciendo un ruido metálico.

David se giró y observó un moratón violeta en torno al cuello de Karuna.

—Necesitas que un médico te vea esa herida.

Ella lo mostró.

—Esto me lo hizo el bestia que entró en mi casa y me secuestró. Por suerte no me ahogó en la bañera. Ahora entiendo que entrara sin hacer ruido, gracias a que Dilip le habría proporcionado una llave. Menos mal que tenía el albornoz colgado justo al lado y me lo pude poner a tiempo, si no, me hubiera llevado consigo a rastras y desnuda.

—¿Un tipo grande, musculado y con barba negra poblada?

Karuna dio un respingo.

—¿Lo conoces?

—Asesinó a tu socio Mohan con una navaja que intentó clavarme. —Ella se tapó la boca con las manos—. Gracias a él supe de tu paradero, pero te aseguro que ya no lo volverás a ver más. Ya no está en este mundo.

—¡Mohan! Lo habrá mandado matar Bambi por mi culpa.

—¿Vas a decirme cómo conseguiste el diamante?

Karuna sacudió la cabeza.

—Te lo diré, pero antes quiero saber más de ti. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo llevas viviendo aquí en la India?

Por la forma en que desvió la mirada, entendió que ocultaba algo, aun así David respondió:

—Mucho.

—Y durante todo ese tiempo, ¿qué has estado haciendo? ¿Cómo has mejorado? Porque la idea de quedarte aquí habrá sido por un propósito que te habrías marcado, ¿no?

—Si sirve de algo, te diré que he estado tratando de cambiar mi vida.

—¿Siendo un asesino a sueldo? Porque es eso lo que tú eres, ¿verdad? Un asesino.

David dejó escapar el aire.

—Algo así.

Se hizo una pausa y luego ella volvió a preguntar:

—¿Lo intentas de verdad asesinando? Hay gente en este mundo que se las arregla sin matar a nadie. Y no tienen que hacer cambios drásticos en sus vidas para no hacerlo.

—Comprendo lo que quieres decir, pero mi caso es algo más complicado, muy distinto a lo que tú planteas.

—¿Y eso por qué?

—Digamos que, en estos momentos de mi vida, las personas que me rodean están divididas en dos grupos: los que quieren que siga matando y los que quieren matarme. —¿Hassena, tu jefa, es la que quiere que sigas matando?

Hubo un silencio entre los dos.

Karuna prosiguió.

—Si continúas por ese camino, pronto resultará muy difícil verte como uno de los buenos.

—Mi mundo no es blanco o negro como el tuyo.

—Entonces, debo suponer que tú sigues esta vida en la India por algún tipo de penitencia o castigo por algo sucedido en tu pasado.

David miró por la ventana y guardó silencio.

Karuna le puso una mano sobre el hombro y dijo con la voz hecha un susurro:

—No hace falta que digas nada, David. Pero quiero que sepas que, de poder cambiar el rumbo de tu vida, lo haría. Y quiero que sepas que siento haberte metido en esto, de verdad.

Él movió la cabeza con gesto afirmativo. Giró la cabeza y le clavó la mirada.

—Si te parece bien, dejemos esta emotiva conversación para otro momento. ¿Puedes decirme de una vez de dónde procede el diamante que me diste y por qué se lo robaste a Bambi?

Las luces largas de los vehículos de sus perseguidores aparecieron reflejadas en el espejo retrovisor.

—Los tenemos de vuelta —espetó ella. Arrancó de inmediato.

16

Las ruedas del coche patinaron al girar y adentrarse por el camino de tierra. El vehículo resbalaba entre charcos espesos que casi lo engullían.

—No llegaremos muy lejos.

—Ellos también se encontrarán con las mismas dificultades conforme sigan esta ruta.

Karuna dio un volantazo para evitar que el coche cayera en una zanja. No tuvo más remedio que reducir la velocidad en el enfangado camino. Exhaló el aire de sus pulmones.

—¿Hasta cuándo debemos seguir?

—No apartes los ojos del camino. Ya falta poco.

David volvió a mirar hacia atrás.

Sus perseguidores pronto les darían alcance si no se apresuraban.

Karuna intensificó la presión del pie sobre el acelerador.

—Hay una aldea allá a lo lejos.

Justo ella dijo esto cuando, debido al repentino aumento de velocidad, hizo que el coche patinase en el fango y se precipitara fuera del camino.

Karuna puso el freno de mano, lo que provocó que perdiera el control del vehículo y cayera por un terraplén.

Las ruedas se habían bloqueado por completo: el coche estaba atrapado en el barro.

El coche había quedado inservible.

—Salgamos, ya. Rápido —gritó David.

Se apearon como pudieron.

La lluvia caía sobre ellos empapándoles por completo. Por detrás los vehículos se acercaban.

Se alejaron lo más rápido que pudieron del fango, chapoteando en los charcos.

Karuna resbaló en el barro, aunque consiguió no ir a parar al suelo enfangado al sostenerla David por el brazo.

A lo lejos, ella vislumbró las edificaciones del pueblo más próximo aporreadas por la lluvia.

—Podemos refugiarnos allí.

—Sería caer en una trampa. No habría modo de escapar.

Al oír los vehículos que les perseguían, David decidió adentrarse en la selva.

En el momento de pisar el suelo con gravilla del camino tuvieron la sensación de que habían roto una cuerda que les sujetaba.

Al poco de internarse entre la espesura de los árboles, enredaderas y otras especies de plantas, Karuna se encontraba al borde del agotamiento físico, jadeaba en tono ronco y daba traspiés. David la mantenía sujeta por los hombros y la apremiaba a continuar.

La lluvia se transformó súbitamente en un torrente que les caía encima de manera que apenas podían reconocer algo en medio de la oscuridad.

—Aguanta un poco más —la animó—. Debemos llegar a la playa.

—Nos perderemos —dijo Karuna entrecortadamente—. No se ve nada.

—Confía en mí. Lo estás haciendo muy bien. Vamos.

El apoyo moral de aquellas palabras tuvo su efecto. Ella obedeció con energía, haciendo acopio de todos los recursos físicos que le quedaban.

Se oyeron voces a sus espaldas, cada vez más fuertes. Sus perseguidores se habrían bajado de los coches y emprendido la persecución a pie, dándose unos a otros órdenes a voz en grito.

Estaban a punto de alcanzarles.

Un proyectil silbó por encima de sus cabezas.

Llegaron a un claro.

El fulgor de un relámpago les hizo pestañear al tiempo que vieron aparecer a tres hombres frente a ellos. Conocedores del terreno, se habían adelantado para cortarles el paso.

Karuna, desesperada, gritó e hizo amago de girarse y correr hacia la derecha, pero David le cogió el brazo y, en su intento de detenerla, perdió el equilibrio sobre el resbaladizo suelo y fue a caer rodando por una pendiente hasta aterrizar diez metros más abajo.

Dos hombres se lanzaron arrastrándose por la pendiente tras él. Uno de ellos le golpeó la caja torácica con una barra de hierro y se dobló sobre sí mismo, sin poder respirar. El otro agresor fue a propinarle otro golpe, pero David se enderezó, esquivó el impacto y le dio de lleno en la cara con el canto de la mano; su atacante cayó al suelo con sangre brotando de la nariz. El otro atacante levantó la barra, pero David lo agarró, se la quitó rápidamente de las manos y le golpeó en una pierna y luego otra vez en la cabeza al caer al suelo. Se abalanzó sobre él el tipo de la nariz rota, y los dos cayeron a la enfangada tierra. David presionó la barra contra su pecho y la deslizó lentamente hasta el cuello, apretando con fuerza hasta que su víctima dejó de respirar. Otro hombre saltó desde arriba con un bate de críquet. David se lanzó a un lado, pero enseguida se puso de pie, esquivó un golpe y le propinó a su atacante un impacto en los hombros, al que sucedió otro más en la columna vertebral, y, por último, descargó la barra con todas sus fuerzas sobre la base del cráneo.

David tiró la barra a un lado. Le faltaba aire, alzó la vista. Karuna, acorralada por cuatro hombres en lo alto de la pendiente, se defendía con furia mientras trataban de inmovilizarla.

El rostro de David, empapado por la lluvia, reflejaba una mezcla de desesperación, angustia e incredulidad. ¿Por qué no lo había podido evitar? Con los ojos enturbiados por el dolor y la impotencia fue observador de lo que vino después: Karuna comenzó a repartir un torbellino de golpes con gran agilidad.

David intentó escalar hacia arriba, pero sus intentos fueron en vano, la lluvia seguía cayendo y la pendiente estaba resbaladiza.

Arriba los hombres intentaban agarrar a Karuna, pero solo pudieron defenderse de los ataques de ella.

David se pasó las manos por la cara, recogiendo las gotas de lluvia, pasándoselas hacia atrás por la cabeza que mantenía con la vista hacia arriba. Quedó sorprendido al ver cómo a uno de ellos Karuna le hizo una llave que solo podía realizar alguien que hubiera sido entrenado en artes marciales. Le asestó un golpe en una rodilla y acto seguido un certero golpe en el rostro con el codo.

Alguien golpeó en la espalda a Karuna, que gritó de dolor cayendo al suelo: dio un respingo agónico al ser inmovilizada por el peso de dos hombres, que no perdieron un instante para abalanzarse sobre ella. Le pusieron una mordaza y una capucha. La levantaron y se la llevaron en volandas.

David hizo amago de escalar la pared de barro y tierra, pero sus esfuerzos seguían siendo infructuosos.

La lluvia seguía cayendo a raudales.

En su desesperado intento, un hombre apareció a su espalda y le propinó a David un golpe en la espalda con un palo, que lo hizo trastabillar y caer aún más por la pendiente, hasta perderse su cuerpo de vista debido a la intensidad de la lluvia torrencial.

Desde arriba llegaron tres hombres que ayudaron a sus compañeros heridos a escalar la pendiente. Miraron hacia abajo, dando por muerto al hombre que había escapado con Karuna.

Ninguno de ellos sabía quién era. Ni por qué había intentado que la mujer escapara con él. Pero subestimaban su capacidad de supervivencia y jamás preverían su venganza.

Varios metros más abajo, David trató de estirar la mano para agarrarse a una rama, pero le resultó imposible mover los brazos. Las piernas tampoco le respondían.

Sentía como si unos yunques le inmovilizaran los músculos. Intentó pensar, a pesar de la lluvia que le caía encima. «Saldré de esta situación», se dijo a sí mismo.

Sus ojos, enturbiados por el dolor, se cerraron.

Su mente se apagó tras una descarga final de luz. Luego, solo quedaba el silencio y la oscuridad.

17

Le despertó el dolor.

David entreabrió y cerró los ojos y volvió a abrirlos. Contuvo la respiración y reprimió el involuntario gemido que estuvo a punto de proferir.

Una enfermera acababa de retirar una aguja hipodérmica de un tubo intravenoso aplicado a una vena del dorso de su mano. A la derecha, una percha metálica sostenía una bolsa.

Enseguida pensó que si le estaban alimentando con ese líquido amarillento quería decir que llevaba tiempo tumbado en la cama.

Movió los ojos de un lado a otro.

Era una habitación acondicionada con modernidad. La cortina estaba abierta para dejar al descubierto un enorme ventanal. ¿Dónde estaba? Ante todo debería saber quién lo había puesto allí y qué había sido de Karuna.

Aquello parecía un hospital privado. En más de una ocasión había visitado hospitales públicos y no se asemejaban para nada al lugar donde se encontraba.

La mente le giraba con un estrépito de engranajes enloquecidos, buscando un asidero. Se preguntaba cómo habría llegado hasta allí. Había visto muchas veces lo que podía pasarle a un hombre drogado o indefenso en una cama de hospital.

Miró hacia la ventana.

Su mente le puso sobre aviso: «Desde el punto de vista estratégico, las cortinas corridas proporcionan una ventaja

innecesaria al enemigo. La razón está en que favorecen los aparatos de escuchas direccionales, la invasión de potentes telescopios espías y, lo que podría ser peor, los proyectiles de cualquier francotirador».

Mientras el aire acondicionado susurraba, hizo acopio de apartar de su mente aquellos pensamientos y observó la pantalla plana apagada que colgaba de un rincón de la pared. Luego se fijó en los agujeros del enchufe en los que podrían haber implantado una minicámara. Y giró la cabeza hacia el espejo incrustado en otra pared opuesta. «¿Me estarán observando? Todo dependerá de dónde me encuentre y de quién me trajo aquí».

Sentía un dolor lacerante en la cabeza.

Intentó levantarse, pero un insoportable ramalazo de dolor le recorrió el costado.

Al verle despierto, la enfermera fue a llamar al médico, y este irrumpió en la habitación de inmediato. Era de mediana edad, con el rostro agradable bajo unas gafas de montura negra. Llevaba una bata blanca. Al igual que la enfermera era de piel muy oscura. Le tomó el pulso y la tensión arterial.

—¿Algo grave? —dijo David.

—Contusiones superficiales. Se cayó por un barranco cerca de un acantilado. Parece que perdió el equilibrio debido a las fuertes lluvias. Por suerte, no tiene nada roto. Ninguna costilla está dañada. Cuando le encontraron creyeron que estaba muerto.

—¿Puedo irme ya? —se apresuró a preguntar.

—No. De momento se queda donde está —dijo de repente una voz.

David alzó la mirada por encima del hombro del médico. Había un completo desconocido observándole.

Su aspecto habría intimidado a alguien que no fuese un profesional. No a David. Iba perfectamente afeitado. Su pelo negro tizón lucía un soberbio corte. Vestía un traje demasiado estrecho y sus músculos parecían estar demasiado agarrotados para responder de manera instantánea ante una situación crítica.

¿Quién era? Tenía aspecto de funcionario indio. Sin embargo, su movimiento corporal, su vocalización al hablar en inglés, su porte, la seguridad en sí mismo…, todo ello decía mucho de aquel extraño.

Experto en defensa y en seguridad, lo primero que le pasó a David por su mente fue que se encontraba en una posición vulnerable ante un asesino que fuera a matarle. No necesariamente su adversario tendría que dispararle a bocajarro. Sería suficiente con ponerle en la boca unas gotas de líquido que contuviera veneno mortífero, una inyección rápida o rociarle con un vaporizador venenoso.

El médico le puso un calmante antes de marcharse con la enfermera.

El desconocido cerró suavemente la puerta tras de sí, dio unos pasos hacia adelante, se situó al pie de la cama y estudió al paciente con atención.

Examinó con alarde teatral a David Ribas. Luego relajó la expresión de sus enérgicos rasgos, que dejaron de ser ominosos.

David puso sus manos a cada lado, dispuesto a defenderse en caso de agresión.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El hombre se dio cuenta del movimiento que él había realizado.

—La regla decreta: un espía nunca debe tener las manos ocupadas, siempre tiene que estar dispuesto a encontrar la salida de su crítica situación. La ignorancia es la muerte. Saber es poder. Para llegar a ser el mejor, debes de aprender al máximo.

—La verdad, no sé de qué me habla. Yo soy un turista.

—Hablo de la cultura del espionaje. Hablo de la tradición. De las reglas y códigos. De la disposición. De la ética. Aquellas normas que distinguen entre lo bueno y lo malo. De la táctica. De la implacable obligación de obtención de información a través de los medios más originales y sofisticados. De eludir un objetivo. De conducción evasiva. De tácticas de vigilancia. Del conocimiento de armas. Del conocimiento de la defensa personal. Del arte de matar con las manos.

—Se ha debido de confundir de habitación. Insisto en que no sé de qué me está hablando. —Y repitió con tono de sarcasmo—: *Del arte de matar con las manos*… No sea ridículo.

El hombre sonrió y le señaló con el índice.

—Ni soy ridículo ni imprudente. Eres bueno. En la vida civil se llama mentir, pero en política o cultura del funcionariado,

desinformación. Tener aptitud para reconocer la verdad y pensar con independencia, apartándose del condicionamiento general.

—Creo que es usted quien debería estar ingresado.

—Tú formas parte de algo subterráneo que te ha facilitado los recursos necesarios para poder simular una muerte de forma convincente —dijo ignorando su comentario—. Aunque tu secreto ya ha sido desvelado. Sabemos que hay gente que te busca, que te quieren muerto.

David esbozó una sonrisa amarga.

—Se ha confundido de persona. Yo soy profesor de literatura en mi país de origen. Estaba disfrutando de mis vacaciones cuando, por lo visto, sufrí un accidente inoportuno.

—¿Cuál es tu país de origen?

—España. Y ahora, si me lo permite, me gustaría que me dejara solo.

—Las mentiras se alimentan entre sí, una lleva a otra y así da pie a una maraña donde eres incapaz de reconocer la verdad. Distas mucho de parecerte al estereotipo de espía como una versión de James Bond, con martinis, bellas mujeres y trajes caros hechos a medida.

—Vaya, pues siento decepcionarle, pero así es. Ahora, ¿me puede decir quién es usted y qué quiere de mí?

—¿No te han enseñado en tu agencia de inteligencia que la prisa es mala consejera y hace al agente más endeble?

—Yo no trabajo para ninguna agencia de inteligencia ni soy espía. Le digo que soy un turista accidentado y que me han traído aquí para recuperarme.

El hombre puso cara de ponerlo en duda.

—No todos los días se encuentra uno con alguien que, no solo está relacionado con el crimen organizado y el espionaje internacional, sino que también es una leyenda viva en la India. Comprender este país lleva años de sensibilidad y experiencia. Tú has aprendido a desenvolverte tan bien que solo me queda felicitarte.

—Vaya, ¿debo contestar de acuerdo con los hábitos profesionales de la diplomacia?

—Di lo que quieras. No podrás desmentirlo.

—¿Y esto en qué situación me sitúa?

—Solo tienes una —respondió él con voz suave pero firme.

David movió la cabeza sin esforzarse en disimular su expresión escéptica.

—Siempre hay alternativas.

—Ah, sí claro. Siempre hay un plan B, por si se tuercen las cosas, ¿verdad? El tuyo es una extradición exprés a España, tu país de origen. La única verdad que has dicho. Daremos la alerta a las autoridades. E irás custodiado hasta el aterrizaje, donde a pie de pista te esperará…, qué sé yo…, ¿la Policía Nacional…? ¿Agentes de aduanas? ¿El CNI? ¿La Interpol? Algo se nos ocurrirá para acusarte oficialmente, porque motivos no nos faltan. Durante tu estancia en la India has estado vinculado a extorsiones, sobornos, asesinatos, blanqueo de dinero, evasión de impuestos y otros servicios.

—Son serias acusaciones.

—Sí que lo son. —Se encogió de hombros—. Y no tientes la suerte. Considérate afortunado por haber sido yo quien esté aquí ahora mismo. Podemos acusarte de lo que queramos, encerrarte en una celda aquí en la India y tirar la llave al mar. Hurto, terrorismo, posesión de drogas... Además, podemos inventarnos todo un catálogo de delitos, incluso prostitución y tráfico de menores, venta de órganos... Hasta tendríamos testigos, pagaríamos a actores muy convincentes que se harían pasar por tus víctimas. Pasarías el resto de tu vida entre rejas. Igual ni verías la luz del sol. Te trastornarías psicológicamente, como un loco. Lo más probable es que murieras tras una enfermedad infecciosa, ya que convivirías con ratas y la falta de higiene y nutrición acabaría mermando tu metabolismo. Nadie iría a tu rescate.

—Bueno, bueno. Deje la imaginación a un lado. Volvamos a lo que ha mencionado antes. —Se interrumpió y añadió en tono irónico — ¿Qué me sugiere para evitar tantas horas en avión? Porque para eso está usted aquí, ¿no? Para hacerme una amable propuesta.

—Te sugiero un equilibrio. El arte de toma y daca.

—Ya veo —dijo David en voz baja.

—El virus de la corrupción está en todas partes, no solo en la India. Ataca el sistema inmunológico de cualquier sociedad independientemente de su origen, credo o color. Los políticos indios no son más que una ornamentación. Son los burócratas, los que dirigen el espectáculo. Los políticos actúan como comisionistas, mediadores entre los votantes y los burócratas. Como *lobbys*. Y luego estamos nosotros, los que nos movemos por la sombra. Los espías. Los agentes de inteligencia.

—¿Es eso lo que es usted? ¿Pertenece usted a la RAW? —inquirió David haciendo mención al Research and Analysis Wing, la agencia de inteligencia india.

—Digamos que soy un agente operativo de campo. Tengo un horario flexible y, aunque sigo las órdenes de un director, soy mi propio jefe. ¿Qué más puedo pedir?

—¿Quizá un aumento de salario y más días de vacaciones? Vayamos al grano. ¿Qué puedo hacer por usted?

Cuando habló, su tono fue confiado.

—Se trata de un trabajo sumamente importante. Si no lo fuera, no te pediríamos que lo hicieras, ya que eres un espía extranjero, aunque no sigas trabajando como empleado de tu gobierno.

—Si no le importa, vaya concretando.

—Queremos que acabes con Bambi.

—¿Y qué esperan usted y sus superiores que haga cuando lo encuentre?

—Matarlo y que Dios, en cualquiera de sus avatares, se ocupe de su destino. No podemos detenerle con orden de un juez. Ni mandar un equipo de policía a arrestarle, ni a paramilitares. Lo queremos muerto. Eres la persona más adecuada. No solo por tus habilidades sino porque, si sale mal, no existes.

David se encogió de hombros. Siguió con la actitud de no tomarse en serio todo lo que escuchaba.

—Si fuera un espía extranjero, como usted asume, no creo que colaborara con otra organización de inteligencia porque la traición no va con mi naturaleza.

—Te equivocas, está presente en toda naturaleza. Aun así, no te vamos a pedir que hagas nada en contra de los intereses de tu país.

—¿Por qué yo? —preguntó David con un tono pensativo y serio —. Estoy convencido de que tienen personal más capacitado y cualificado para liquidar a Bambi.

Él esbozó una sonrisa.

—Tal vez porque formas parte del mundo del crimen. Sabemos por informes de inteligencia que eres un exoperativo español. Que trabajas como asesino de Hassena *madame* desde hace ya más de una década, y que eres autor de las muertes de numerosas personas aquí, en la India. Durante tus años de estancia en nuestro país no nos cabe duda alguna de que has pasado un curso de entrenamiento para asesinos —dijo en tono irónico—. Eres conocido por tu capacidad de intimidar y silenciar. Bombay es una de las ciudades más grandes de la India, con una población en constante crecimiento, donde un recién llegado no llama la atención, si no quiere, y por tanto hay más espacio donde esconderse. Llevas viviendo allí muchos años. ¿Pensabas que tu anonimato sería a perpetuidad? Todo tiene un fin, y muchos ya han alertado de tu presencia. Créeme si te digo que las consecuencias de no cumplir con lo que te pedimos que hagas son muy perjudiciales para ti, además de irrevocables. Si ordenamos tu extradición, jamás volverías a la India. ¿Es eso lo que quieres?

Al escuchar mencionar el nombre de Hassena, David decidió insistir en no querer confirmar ni involucrarse en nada de lo que le estaba diciendo. Si continuaba mostrando una actitud poco colaboradora, estaba convencido de que contactarían con Hassena para que ella hablara con él.

David levantó la cabeza y le miró directamente.

—Me ha parecido muy entretenida la conversación, pero le insisto en que se ha confundido de habitación.

El hombre se quedó un instante mirándole a los ojos. Luego asintió con la cabeza, salió y cerró la puerta sin decir nada.

David sabía que aquel hombre era bueno en su trabajo, emplearía la alternativa. En la espiocracia siempre había un plan B.

18

A los pocos minutos el agente indio volvió a entrar en la habitación. Llevaba un teléfono móvil en la mano.

—Toma —dijo tendiéndole el aparato—. Alguien que te conoce quiere hablar contigo.

Quien estaba al otro lado de la línea era Hassena.

Ella se alegró de que estuviera vivo y de que nada grave le hubiera ocurrido. Le informó de que Dilip Adani había sido asesinado con un paquete bomba. Y le confirmó que conocía al agente indio, que se llamaba Arvind.

—Él y yo somos viejos amigos. No cabe duda de que las deudas son parte del juego. Él ha pasado por alto diversos cargamentos nuestros de oro y joyas, y ha tapado contratos urbanísticos que hemos amañado con políticos de Maharastra. Le debo mucho, por eso debes aceptar su oferta. Pero no tienes que matar a Bambi porque le debo yo un favor, sino por la amenaza implícita que representa. Es un auténtico psicópata. Es capaz de matar en cualquier circunstancia, además de traficar con droga.

Tras la llamada, le devolvió el móvil.

—Arvind —dijo David ante la sorpresa del agente indio al escuchar por primera vez su nombre de boca del extranjero—. Háble me de Bambi.

—Bambi es una persona que tiene carisma. Es una de esas personas a las que la gente imita en el estilo de vestir y el corte del

cabello, como ocurre con los actores de cine y los jugadores de críquet.

—Y ahora, dígame, ¿por qué están ustedes tan interesados en acabar con él? Porque no me creería que tanto empeño por su parte fuera para erradicar el tráfico de drogas, ¿verdad? Para eso podrían emplear a las fuerzas de seguridad del estado.

—Posee material explosivo plástico, extremadamente potente. Han desaparecido varios palés de explosivos que estaban almacenados en las instalaciones de una cantera en Andra Pradesh. Allí trabajan en mármol, granito y arenisca, y el explosivo lo emplean exclusivamente para aislar el mármol que se quiere extraer de los escombros y de los bloques.

—¿Qué cantidad calculan que puede tener Bambi?

—Más de una tonelada.

—Tanta cantidad de explosivo fuera de control convierte este asunto en un tema de seguridad nacional —añadió David—. Como una amenaza de un grupo terrorista. Bambi y sus cómplices son como usted, como los demás indios. Actúan como cualquier ciudadano indio, hablan el mismo idioma, visten la misma ropa, se mueven como sus demás compatriotas. Por eso son invisibles, pasan desapercibidos. No estoy hablando de una película masala de Bollywood. Estoy hablando que se les ha presentado una amenaza real, de verdad. No comprendo por qué no envían a las fuerzas especiales de los Gatos Negros del NSG contra Bambi y los suyos.

—No podemos implicarnos de manera directa porque lo que queremos es eliminar por completo a Bambi, fuera de la ley.

David guardó silencio. Arvind prosiguió:

—Para los extranjeros en la India, la misericordia es una debilidad. No saben que en verdad es un fuego que controlan unos pocos de gran personalidad arrolladora capaces de mentir sin que se les note, de engañar, de engatusar. Esos líderes espirituales saben dónde está la flaqueza de los turistas y saben cómo sacar ventaja de las emociones, en cantidades excesivas, porque muchos de ellos son multimillonarios. Por eso tienen que avivar la dependencia de sus súbditos hacia su negocio, hacia su organización. Tú eres diferente. No eres como los demás. Tienes unas cualidades excepcionales y

ves las cosas que te rodean de distinta manera. Además, eres un ejecutor perfecto. Y esto te hace ser único, imprescindible para nuestros propósitos.

—Hay algo que me tiene intrigado y que quisiera que me dijera.

Arvind le señaló con el índice.

—Quieres saber cómo llegaste a este lugar, ¿verdad?

—Exacto.

—Un agricultor de la zona te encontró y llamó a la policía, que te llevó al hospital más cercano. No encontraron ninguna identificación tuya y llamaron a otro departamento de la policía central, temiendo que fueras un turista extranjero y hubiera que notificarlo a tu embajada. —Guardó silencio y prosiguió al cabo de un momento—. Esto llegó a nuestros oídos. Te hicimos una serie de test y dimos con tu identidad gracias a un avanzado *software* de reconocimiento facial, creado principalmente para identificar a probables terroristas. El sistema no es perfecto, ya que da demasiados positivos falsos. Aun así, conseguimos identificarte. La imagen coincidió con una foto de la base datos de tu país de origen. España —alzó los brazos al aire—. Evitamos que se enviara automáticamente una alarma a las autoridades españolas. Como supimos que tu residencia estaba en Bombay, ¿quién si no Hassena *madame* para preguntar acerca de una persona como tú? Nada ni nadie puede pasar desapercibido por mucho tiempo en su ciudad.

—Muy alentador. Por cierto, necesito ropa nueva. En uno de los bolsillos de mi pantalón vaquero tenía bastantes rupias.

—Lo que necesitas es descanso. Por lo demás, yo me ocupo. Nos vemos mañana.

19

Al día siguiente por la mañana, el cielo estaba despejado. Las lluvias daban un respiro a los habitantes de Cochín y el tiempo invitaba a salir a las calles.

Bambi aparcó la furgoneta junto a la entrada del centro comercial. Se levantó del asiento y trepó hasta la parte trasera. Atado e inconsciente había un empleado de una empresa de reparto. Pronto diez kilos de Semtex lo harían desaparecer.

Bambi revisó los cables que había en el interior de varias bolsas grandes de tela. Accionó un pequeño interruptor. Como le había informado Saad Abdulrahman, tenía exactamente cinco minutos para alejarse del vehículo antes de que la bomba se accionara; él mismo, tras un tour por la ciudad, había elegido el objetivo más concurrido para maximizar el terror.

Volvió a deslizarse al asiento del conductor, echó un rápido vistazo por la calle y alrededores y salió.

Mucha gente entraba y salía del centro comercial; jóvenes, mayores y niños.

Cuando terminaba de cruzar la calle y llegaba a la acera opuesta con la intención de girar en la siguiente esquina, se produjo una tremenda explosión.

Bambi sintió la fuerza de la onda sísmica y se lanzó a tiempo detrás de un puesto de ropa, refugiándose bajo los tablones de madera.

La furgoneta voló por los aires de costado y aterrizó a seis metros del revés. Un hongo gigante de gasolina ardiendo se elevó en el aire.

La onda expansiva recorrió las fachadas de los edificios con unos efectos devastadores.

El suelo vibró y tembló tras la detonación.

Se elevó una nube asfixiante de escombros volantes y polvo.

Los cuerpos de las personas salieron despedidos por los aires como trapos: el dióxido de carbono separó la carne de los huesos, incinerándolos de inmediato.

La explosión se llevó por delante partes cercenadas de cuerpos humanos. Caían como muñecos, convirtiéndose en amasijos de brazos y piernas inertes. La onda de calor fue tan intensa que a las personas les saltó la piel a tiras como cortes de carne de kebab.

El efecto fue terrorífico.

Una zona del tamaño de un campo de fútbol había quedado asolada, convertida en un torbellino de piedras, escombros y fragmentos de ramas de árbol revoloteando en el aire.

Personas destrozadas se arrastraban antes de morir por el asfalto alfombrado de despojos, gimoteando, pidiendo ayuda. No eran conscientes de que sus cuerpos habían quedado mutilados.

Tras la explosión se produjo un silencio escalofriante.

Había una alfombra de cadáveres desperdigados por el suelo, de miembros rotos y contorsionados, los gemidos y gritos ahogados de personas con ropas hechas jirones que intentaban aferrarse a la vida, fueron amortiguados por , el incesante ruido de las alarmas de coches cercanos y de los comercios vecinos.

El fuego y el humo se elevaban al cielo.

20

David se encontraba tumbado en la cama del hospital viendo la televisión. Echaban una película clásica india. Las peleas entre los protagonistas eran hilarantes. Cambió de canal. Las noticias anunciaban la visita del presidente de Estados Unidos a Nueva Delhi. Aquel iba a ser el primer viaje del mandatario norteamericano a la India. Hablaron de los resultados de un partido de críquet y enseguida apareció un prominente cartel con letras mayúsculas rojas «Breaking News» ocupando toda la pantalla.

Durante los siguientes minutos miró mudo la pantalla, escuchando el interminable desfile de conocidas caras de analistas políticos comentando el atentado sufrido en la ciudad de Cochín desde todos los ángulos posibles. Hablaban sobre los recientes sucesos, como la muerte del empresario Dilip Adani en su domicilio por un explosivo, el asesinato del líder del sector inmobiliario en Kerala, Mohan Kejriwal y, la repentina explosión en una barca turística frente al resort Atenea, aún sin esclarecer por la policía.

Subió el volumen del televisor con el mando a distancia.

Todo es debido a que el gobierno central desde Nueva Delhi dirige al país con sus nefastos efectos colaterales, como vemos en estos momentos. Han estado reiteradamente ignorando el peligro que representa el terrorismo interno y han dedicado más tiempo y esfuerzo a hacer política exterior para congraciarse con occidente. Cuando tenemos prioridades a las que atender en nuestro país…

David fue cambiando los canales mientras pensaba que aquel atentado de tal magnitud, tan sangriento y cruel no procedía de un grupo terrorista sino de alguien experto y calculador.

Las siguientes imágenes mostraban edificios destrozados y mucho humo.

En hindi, inglés, télugu, tamil y malayalam, comentaban el suceso.

URGENTE. ATAQUE TERRORISTA. TERROR EN COCHÍN. KERALA, EPICENTRO DEL TERROR.

En todos los canales comentaban que una bomba había sido detonaba en el popular centro comercial, causando la muerte a cincuenta personas e hiriendo a un centenar. Las autoridades locales sostenían que había sido perpetrado por terroristas y descartaban una explosión accidental.

De repente, se oyó por la ventana de la habitación el sonido amortiguado de las sirenas.

David se levantó de la cama y echó un vistazo a través del cristal. Decenas de ambulancias, con sus luces parpadeantes azules y rojas, llegaban a la zona de emergencias del hospital.

No esperó un instante. Se puso un albornoz y unas chanclas y salió al pasillo. El mostrador estaba vacío. Los ruidos y el ajetreo sonaban desde otra parte del edificio.

Una joven enfermera de piel muy oscura y uniforme verde corrió a su lado y le llamó la atención, pidiéndole que volviera a su habitación. Pero David la siguió por las escaleras hasta la planta de abajo.

Cuando llegó vio varias camillas con heridos que los empleados del hospital iban alineando en los pasillos. Todo aquello parecía un campo de batalla. Los gritos y quejidos pidiendo ayuda sonaban espeluznantes.

No había suficientes enfermeras ni médicos para gestionar todo aquello.

La situación estaba desbordada.

A cada minuto el hospital se iba llenando de los pacientes que trasladaban las ambulancias y vehículos privados. La mayoría de la

gente sufría quemaduras de mayor o menor grado. Los que tenían un miembro amputado eran rápidamente asistidos.

El olor a carne chamuscada impregnó el aire de los pasillos.

La visión de sangre y de cuerpos heridos no era nada nuevo para David. Había visto mucha desgracia a lo largo de su vida, aunque las circunstancias fueran distintas.

David vio a un médico atendiendo a dos niños a la vez. Ambos tenían la piel chamuscada y no dejaban de llorar.

—¿Qué puedo hacer?

El médico alzó la vista.

—Usted es el paciente de la planta superior. Por favor, suba arriba de inmediato.

—Quiero ayudar. Tengo formación médica básica.

Los jóvenes no dejaban de gritar.

—Póngase unos guantes —le dijo sacando del bolsillo de su bata un paquete de guantes de látex envuelto en plástico—. Los cirujanos están saturados en urgencias. Me va a tener que hacer de asistente.

Durante tres horas David llegó a ponerse una docena de pares de guantes para ayudar a médicos, enfermeras y demás sanitarios. Sentía un profundo respeto hacia aquellos entregados profesionales. Iba y venía con cosas que les hacían falta: instrumentos quirúrgicos, máquinas de monitorización, vendajes…

Una enfermera le agarró del codo.

—¿Puede quedarse aquí hasta que regrese? —le preguntó señalando la camilla donde yacía un señor mayor con una pierna destrozada a la altura de la rodilla.

—Sin problema.

—Mantenga sujeto el torniquete hasta que vuelva.

La joven enfermera salió corriendo.

David sonrió al hombre.

Un médico llegó enseguida acompañado de la enfermera.

—Muchas gracias —dijo ella, empujando la camilla hacia el fondo del pasillo.

Consciente de la presencia de Arvind, se giró.

—¿Bambi?

—Sin duda ha sido él —contestó el agente indio—. Ha utilizado el Semtex o C-4 y el depósito lleno de combustible de un vehículo hace el resto. Además, se ha podido detonar a distancia. De hecho, seguro que utilizaron un sistema remoto, porque no son terroristas suicidas de Oriente Medio. Tras un análisis químico de lo que haya quedado en esa furgoneta que hizo explosión, se establecerá una conexión con el alijo de explosivos que tiene Bambi. Si no conseguimos pararlo a tiempo, podría seguir utilizándolo en garajes de edificios de oficinas, hoteles y otros centros comerciales. Los edificios pueden caer como árboles, llevándose consigo construcciones limítrofes, que se desmoronarían como fichas de dominó. Imagínate el impresionante número de muertos. Las consecuencias serían aún más devastadoras que en este atentado.

—Pero ¿por qué? Algo aquí no cuadra. ¿Qué razón cree usted que le ha llevado a provocar esta matanza? Él es un traficante, no un fanático religioso, un lunático o un terrorista.

—Quizá quiso probar su devastadora fuerza.

—No, no lo creo.

—¿Qué supone, entonces?

—Nos quiere confundir.

—¿Qué quiere decir?

—Que toda nuestra atención está puesta aquí en Cochín, en Kerala.

—¿Dónde iba a estar si no?

Una enfermera se acercó.

—Por favor, suban a la planta superior. Aquí no pueden estar. Todo está ya bajo control. —Señaló a David, y dijo con tono autoritario antes de desaparecer por el pasillo—. Vamos a tener que hacer uso de su habitación. Y el médico me ha dicho que le diga que subirá a hacerle una visita. Si quiere que le dé el alta, más le vale que le encuentre en la cama.

21

Una sombra se acercó al tiempo que sus pasos amortiguados sonaron suavemente por la alfombra de yute. Una silueta se perfiló bajo la luz de la lámpara y un puño voló hacia Saad Abdulrahman aplastándole la órbita del ojo y lanzándole contra la pared con tal fuerza que rebotó y se estrelló contra la puerta del baño, para aterrizar en el suelo blanco de mármol.

El saudí soltó un gemido de dolor.

¿Quién había invadido su privacidad? ¿Quién podía atacarle?

Levantó la cabeza. Tenía la nariz partida a lo largo del puente.

Vio con asombro a Bambi de pie frente a él. Tenía un bate de críquet en una mano.

Creía que el indio había muerto en la explosión. Estaba todo previsto. ¿Cómo lo había evitado?

—Has dictado tu sentencia de muerte —dijo el saudí con los dientes apretados.

Bambi soltó una carcajada. Tenía un ojo amoratado y la mejilla derecha hinchada. Parte de la mejilla derecha la tenía quemada.

—¿La mía?

—¿A qué se debe esto?

Se señaló el rostro.

—Querías que muriera en la explosión, ¿verdad? Por suerte, tenía donde protegerme, de lo contrario hubiera acabado quemado. A escasos segundos estuve de freírme como un pollo.

—Te pagamos muy bien. Lárgate, desaparece porque ahora sí que vamos a ir por ti.

—«Cinco minutos», me dijiste que tenía de tiempo para alejarme del explosivo una vez activado. Pero por lo visto explotó antes. ¿Qué debió de pasar?

El saudí apartó la mirada con expresión inescrutable, e hizo un ademán con la mano al aire.

—Debió de ser un error.

Bambi dio unos pasos hacia adelante y le dio una patada en la cara. Saad cayó boca arriba del impacto, murmurando incoherencias. No estaba preparado para defenderse ni atacar. Nunca había peleado físicamente con nadie. Él solo daba órdenes.

—Claro que ha sido un error el haber querido matarme —replicó Bambi.

Saad volvió a recibir una patada tras otra. Tenía un ojo torcido, los pómulos fracturados y los dientes rotos. Su respiración era ronca, babeaba sangre sobre las baldosas del baño. Se arrastró por el suelo. Se agarró al borde del inodoro con intención de incorporarse. Iba a decir algo, pero cerró la boca de golpe.

—El que va a desaparecer eres tú —prosiguió Bambi en un tono amenazante.

Balanceó el bate de críquet al aire.

Saad supo horrorizado de las intenciones que tenía el indio.

—No lo hagas. Te pagaré. Te daré mucho dinero. Tengo un millón de rupias en metálico guardado en el armario de mi dormitorio. Cógelo. Es tuyo. Todo tuyo.

—Eres patético.

—Te transferiré a tu cuenta la cantidad que me digas. Di la cifra. En dólares… En euros… En libras… Lo que tú…

Bambi levantó el bate de críquet. El arma estaba envuelta en cinta de plomo en la punta: improvisando un mazo de demolición. El saudí lo miró desde abajo aterrado, pidió clemencia, pero su respiración enmudeció al romperse su cráneo con uno, dos y tres brutales golpes. La sangre salpicó la cara de Bambi y la mampara de la ducha.

Después, registró el dormitorio.

Encontró una bolsa de lona y en su interior el dinero que le había mencionado.

Antes de irse sintió curiosidad de mirar en la habitación de invitados. ¿Qué gente se hospedaría allí? Entró.

Vio una pared llena de una gran variedad de fotos y papeles pegados. No entendía nada de aquello, que sin duda le pareció misterioso.

Había algunas palabras escritas como «Nueva Delhi» o «Embajada de Estados Unidos». Un plano callejero de la capital de la india y numerosas fotos de perfil de extranjeros.

No sabía qué podía significar todo aquello. Había una lista de miembros de seguridad de la embajada de Estados Unidos en Nueva Delhi, y de empleados diplomáticos. Varias fotos de perfil en tamaño A4 de un personaje saudí que no supo identificar estaban pegadas en un lateral. Entonces le llamó la atención la imagen del presidente de los Estados Unidos.

—¿Qué pretendías hacer, Saad? —dijo Bambi en voz alta observando con atención toda aquella información desplegada—. ¿Matar a alguien? Sabía que eres un loco. Ahora sé que eras un psicópata como para encerrarte en un manicomio. —Entonces, cayó en la cuenta de que el saudí y sus cómplices intentaban asesinar al presidente de los Estados Unidos—. Debería haberte pedido más dinero para hacer tus locuras. Te he salido barato, pero al final te salió caro.

En el suelo y en los muebles había kits de maquillaje profesional, pelucas y vestimentas típicas árabes.

No le cabía duda de que alguien había estado ensayando la representación de un personaje.

Echó un vistazo a los papeles que había desparramados sobre el escritorio: una serie de fotocopias de un pasaporte saudí y de un carnet de identidad junto con una acreditación diplomática le llamó la atención. Eran de la misma persona de facciones árabes cuyas fotografías estaban pegadas en la pared.

Su nombre era Musaid bin Salman, embajador de Arabia Saudita en Nueva Delhi. ¿Es que acaso Saad estaba tan loco que pretendía

suplantar al diplomático para asesinar al presidente de los Estados Unidos?

No supo qué provecho podría obtener de esa información. Aun así, arrancó la foto de la pared y se la metió en el bolsillo.

PARTE TRES

UNA NUEVA MISIÓN PELIGROSA

22

David se encontraba sentado en el borde de la cama.

Junto a Arvind, el médico observaba en silencio unas radiografías. Luego leyó un informe. Mirando al agente indio asintió con la cabeza y se giró a David.

—No hay daños ni en el sistema nervioso ni en la columna vertebral —dijo al fin—. Teniendo en cuenta lo que podría haber sido, son buenas noticias.

—Totalmente de acuerdo —añadió Arvind.

—Estupendo —sentenció David.

—Así pues, no hay razón alguna de que no le podamos dar el alta.

David se incorporó.

—Gracias, doctor. Muy amable —dijo yendo al baño.

Se duchó y se cambió de ropa.

Al salir, Arvind le tendió una bolsa; David sacó un par de zapatos marrones de cuero marca Woodland. Eran ligeros y diseñados para garantizar la máxima comodidad y movilidad si tenía que correr o caminar mucho a lo largo del día. Antes de ponérselos, ante la mirada de asombro del indio, David observó la suela y el interior en caso de que hubieran sido manipulados y hubieran instalado algún tipo de buscador GPS.

—Perfecto —dijo al fin, calzándose.

—¿Qué te parece tomar algo?

—La verdad es que necesito un té.

—Muy bien. Entonces vamos fuera y así seguimos hablando.

Salieron del hospital y bajaron las escaleras.

Arvind señaló una cafetería al otro lado de la calle.

—Vayamos allí.

Esperaron a que los coches terminaran de pasar para cruzar al otro lado.

—¿No te ha dado la enfermera un medicamento que debes tomar? —preguntó Arvind.

David sacó un paquete del bolsillo y lo arrojó a una papelera.

—Lo que necesito es un masala chai.

Entraron en la cafetería. Estaba llena de gente. Sonaba música moderna por los altavoces. En un rincón un joven tocaba la guitarra junto a sus amigos y los clientes conversaban.

Arvind sonrió ante la algarabía. Era un lugar perfecto para mantener una conversación privada sin que nadie pudiera lograr prestar atención a lo que pudieran hablar.

Encontraron una mesa vacía.

El camarero se acercó. Arvind señaló a David.

—Un té masala —dijo él

Arvind levantó dos dedos y el joven se fue.

—Hablemos sin formalismos, mejor de tú a tú.

—Me parece bien.

—Con el trabajo tan estresante que tienes en Bombay bajo las órdenes de Hassena *madame*, ¿no has tenido la ocasión de salir de la India o de irte a un lugar recóndito para poder resetear?

—Bueno, es lo que intentaba hacer aquí, en Kerala.

—Dejando a un lado lo sucedido, ¿no crees que necesitas descansar un tiempo?

—Me las arreglo.

—Tarde o temprano puedes acabar quemado.

—No lo creo. Estoy hecho de una pasta diferente, la verdad.

—A los agentes de inteligencia les llega un momento en el que rompen a llorar por cualquier nimiedad. Y eso es síntoma de que llevan demasiado peso a sus espaldas, demasiadas responsabilidades, demasiada presión, y llegan al punto de ver todo negro. Es como la angustia de estar encerrado en un laberinto y no

saber cómo acertar con la salida. Lo intentas una y otra vez, el tiempo pasa y tú sigues dando vueltas por los pasadizos intrincados. No es fácil evitar esta situación en el mundo de la inteligencia.

—¿Hablas por experiencia propia?

Arvind sonrió.

—Venga, dime, ¿cómo consigues seguir adelante bajo tanta presión a diario? Te he investigado lo suficiente como para saber que tienes una personalidad especial, que vives en una tensión constante. Tu vida en Bombay debe de ser como despertar todas las mañanas con una pistola en la cabeza.

David señaló a dos perros callejeros que pasaron por la calle.

—¿Qué opinión te merecen los perros?

Arvind levantó la cabeza y los vio a través del cristal de la ventana.

—Sucios —contestó cruzándose de brazos—. El gobierno debería recogerlos de las calles a todos, ponerlos en jaulas, esterilizarlos o incluso sacrificarlos. Son una plaga, transmiten enfermedades y hay muchos casos de ataques a las personas, incluso a niños.

—No estoy de acuerdo con lo que dices. Sí que hay ataques, es verdad, pero se pueden prevenir. Y sí, los departamentos municipales deberían tomar medidas, pero no para matarlos sino para mejorar sus condiciones, que no pululen por las calles cogiendo enfermedades. Verás, de los perros, a los que se considera en general animales sucios aquí, en la India, se pueden aprender muchas lecciones de la vida. Como ellos, yo vivo el momento. Todo es aquí y ahora. Contestando a tu pregunta, manejo la presión diaria manteniendo la calma, siendo consciente de que tengo que seguir adelante sin importar la cantidad de obstáculos y el nivel de dificultad que obstruyan mi camino.

El agente indio le escuchó percibiendo una expresión sincera, auténtica. Ni artificial, ni forzada.

—No es que carezcamos de sentimientos al no pensar en los perros callejeros, es que los indios nos preocupamos de necesidades más imperiosas, como la supervivencia. Los desastres definen el carácter de nuestra gente. —Hizo una pausa—. No sé en tu país, porque nunca he viajado a España. Pero aquí, por ejemplo, si hay un

apagón, nadie saldrá a ayudar al prójimo. Quizá habrá alguno, pero no será algo generalizado. Las personas no actúan de manera honrada. Al contrario, no se prestarían pilas ni velas. Surgirían los delincuentes oportunistas para saquear las tiendas y casas del vecino. Lo que te vengo a decir es que como el egoísmo, la codicia, el individualismo, la malicia y la rabia son sentimientos que si no los controlas se desbocan como un cáncer, la tensión y la presión pueden acabar con el más acérrimo y preparado agente de inteligencia.

—Es que en la India se vive en una sociedad frágil, ya que cualquier desastre puede desatar el caos en cualquier momento. Por ese motivo hay que estar relajado y al mismo tiempo más en alerta para poder ver más, oír más. El único problema es que se convierta todo en una rutina y pierdas tu nivel de atención. —En aquel momento le vino a la mente el recuerdo de las palabras de Hassena — Y que tu vida diaria se pueda volver mecánica. Hay que vivir la vida buscando nuevas formas de superarse.

»Es una forma deprimente de verlo, pero la India es una sociedad imposible de protegerla de ella misma. Un ejemplo recurrente son las estampidas que se producen durante celebraciones donde hay mucha aglomeración de gente, sea en una festividad religiosa o en una estación de tren. La gente, en su necesidad de supervivencia, es capaz de pisotear a niños y ancianos con el fin de escapar de esa situación.

El televisor mostraba en silencio las noticias sobre el atentado.

Arvind, con aspecto reflexivo, preguntó:

—¿Qué clase de bestia haría algo así?

—Creo que es una maniobra de distracción.

—¿A qué te refieres? Yo pienso que ha querido probar el efecto devastador de los explosivos.

—Pero ¿por qué ha realizado el atentado? ¿Pretendía estudiar el resultado? ¿El número de víctimas que causaría si la explosión sucediera en otro lugar con mayor repercusión? Parece como si Bambi pretendiera llevar a cabo otro atentado de mayor impacto en otro lugar.

Les sirvieron los tés.

David dio un sorbo, sin duda era más ligero al que solía tomar.

Arvind no dijo nada por unos instantes mientras bebía de la taza. Se echó para atrás y lo miró con severidad.

—¿Dónde?

David se levantó y fue a la barra. En un lateral estaban amontonados varios periódicos y revistas. Cogió el de tirada nacional en inglés.

—En Nueva Delhi —respondió ofreciéndole la portada del periódico, manteniendo la mirada fija en el agente indio—. Nadie mata a tanta gente ni dedica tanto tiempo sin razón de mucho peso, ¿no lo crees?

Arvind, incrédulo, desdobló el periódico y hojeó la primera página. Una foto mostraba a un grupo de técnicos forenses examinando los restos de la furgoneta destrozada por la explosión. Anunciaban que el número de fallecidos ascendería, dada la gravedad de las víctimas hospitalizadas. Sin embargo, enseguida el titular de la noticia sobre la próxima visita del presidente de los Estados Unidos ocupó su atención.

—¿Me estás diciendo que mataron a todas esas personas para…? ¿Para calcular el daño devastador si se produjera contra el presidente de los Estados Unidos? No podría ser capaz de acercar un vehículo ni a doscientos metros. La verdad, no estoy muy convencido. La capital de la India está siendo blindada. Cada día que pasa están endureciendo las medidas de seguridad todavía más. —Dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa—. Absolutamente imposible. Es la primera visita del presidente norteamericano a la India desde el comienzo de su legislatura y la ciudad se está convirtiendo en una cámara acorazada.

David dio otro sorbo al té.

—Pero sí con ayuda, ¿verdad? Y esta colaboraría en meter el explosivo de Bambi camuflado en algún lugar cercano a donde estuvieran el presidente y su comitiva.

Arvind lo miró con severidad. No respondió. Sus pensamientos se agolpaban en su mente.

—¿Quieres decir una conspiración a gran escala?

—Con personas dentro de la Administración americana.

Arvind movió la cabeza.

—Es una teoría viable.

—Gente de la embajada que se puede mover por lugares restringidos y que tienen el poder de facilitar permisos de entrada. Pueden ser diplomáticos o miembros de seguridad.

Arvind tamborileaba la mesa con los dedos.

—Esto ya se parece más a terrorismo internacional, David.

—Sí, así es.

—Tienes que eliminar a Bambi. Cárgate al eslabón de la cadena. Mientras, yo me encargaré de que no llegue a Delhi ningún vehículo cuyo conductor no haya sido identificado o cuyo interior no haya sido inspeccionado. Ya he activado la alerta. Dime qué necesitas y me aseguraré de que lo tengas: dinero, armas, un coche. Lo que tú me digas.

—Por lo pronto, ¿qué aspecto tiene?

Arvind mostró su móvil: la foto de Bambi aparecía sobre un código-QR que enlazaba a la ficha de Interpol «Al-Shafi, alias Bambi – aviso rojo n.º 7416».

David le devolvió el aparato tras echarle un vistazo.

—¿De dónde es? No tiene pinta de ser de Kerala.

—Nació en Cachemira, pero se crio aquí, en el sur, debido a que su padre lo envió a vivir con familiares que tenían una tienda de alfombras, ya que en este estado hay una gran población musulmana.

—Vale. ¿Y dónde se encuentra?

Arvind señaló a su taza.

—Antes termínate el té, que tengo que revelarte algo.

—Que Karuna es una agente de inteligencia vuestra, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sospechaba.

23

Arvind le explicó que Karuna seguía con vida y secuestrada por Bambi. Sin dar detalles del porqué, cuándo y cómo, le confirmó que era una agente del RAW. La agencia de inteligencia india la reclutó y la entrenó. Después comenzó a trabajar como infiltrada y les daba detalles sobre la organización de Bambi.

Ni su socio Mohan ni el traficante Bambi pudieron sospechar nunca de ella. Y el matrimonio con Dilip era una tapadera, fue concertado, él nunca supo el verdadero perfil de Karuna.

Si ella tenía que servirse del sexo para llegar a su objetivo, que así fuera. Era una agente operativa, y la habían entrenado para que esa arma figurara en su arsenal. Hasta su nombre, Karuna, era falso, para evitar descubrir su verdadera identidad.

David estaba convencido de que la habían alentado incluso para que nunca entablara una relación personal con ningún hombre. «El fin justifica los medios», pensó, escuchando al agente indio. Para Karuna, Dilip había sido solo un instrumento al que usar, conveniente para la misión y punto. De tal modo ella habría manipulado a David.

—¿Y el diamante que me entregó?

Arvind hizo un gesto con las manos para indicarle que tuviera paciencia.

—Pero no era la droga lo que nos importaba —continuó él—. De hecho, gracias a Karuna solo pudimos interceptar y decomisar por otros agentes infiltrados el último envío para que la droga no acabara en las calles. Debo reconocer que tienen a un equipo de

gente local muy difícil de identificar. Sospechábamos de Bambi desde hacía tiempo —continuó Arvind—. Había viajado a países del Golfo con asiduidad e incluso un hombre de origen saudí llamado Saad Abdulrahman con fuertes lazos con el terrorismo yihadista ha viajado aquí, a Kerala, para reunirse con él. Sospechamos que se aloja en una casa privada que le han facilitado colaboradores locales. Habíamos recibido una alerta de la CIA informándonos de que se planeaba un atentado a larga escala en nuestro país para desestabilizar la nación. Y tras la desaparición de los explosivos, exigimos a Karuna una inmediata actuación.

Arvind le hizo un breve resumen de lo que aconteció.

Karuna llamó a Bambi la noche de la cena con David y su marido Dilip, cuando este último se marchó de viaje.

—Te escucho —dijo él.

—Quiero que nos reunamos.

—¿Y eso? ¿A estas horas?

—Creo que nos podemos ayudar mutuamente mejor de lo que estamos haciendo.

—¿A espaldas de Mohan?

Se hizo una pausa.

—De eso quiero hablarte. Quiero hacerte una propuesta.

Hubo una pausa. Bambi caviló, comprendiendo que Karuna, con su ansia de obtener más beneficios económicos, pretendía deshacerse de su socio.

—Me interesa. Pero ¿por qué no vienes mañana? Ya es muy tarde. ¿Hay tanta urgencia?

—La hay. Me arriesgo mucho yendo a verte.

—Sin duda, sin duda. Dime, ¿qué propones?

—Una reunión donde nadie pueda verme contigo.

—Pues aquí. Sabes dónde está la base de mis operaciones. Te espero. Avisaré a mis hombres de tu llegada.

—De acuerdo.

Minutos más tarde, Karuna estaba reunida con Bambi.

—Te propongo que unamos nuestras fuerzas.

Bambi se frotó las manos.

—¿Por qué ahora? Yo estoy contento como estoy.

—Para empezar, sé que tú te reúnes con empresarios saudíes.

Bambi se irguió y miró en derredor.

—¿Y qué tiene que ver eso contigo? ¿Cómo lo sabes?

—Es difícil guardar un secreto así en este lugar. Ellos han sido vistos en el aeropuerto. Es un secreto a voces.

—Dime lo que me quieres decir.

—Quiero participar.

—No sé de lo que me estás hablando. Creí que esta reunión se trataba de nuestros negocios mutuos con el tráfico de droga. Tú no tienes idea de mis relaciones con los saudíes.

—Déjame exponer lo que tengo en mente y lo verás, ¿de acuerdo?

Bambi se encogió de hombros.

—Está bien, adelante. Dime.

David se quedó mirando fijamente al agente indio, intentando procesar aquella asombrosa revelación.

—¿Y qué es lo que le propuso?

—Lo que él llevaba haciendo desde hacía tiempo. Exportar piedras preciosas. Karuna le dijo de iniciar negocios con diamantes. Sospechábamos que Bambi había tenido que necesitar a gente para blanquear el dinero del narcotráfico. Obviamente, no van por ahí emitiendo facturas. Han necesitado a alguien en el entramado financiero, a alguien de confianza para mover ese dinero, para blanquearlo, que procese las transacciones. Por eso Bambi ha tenido contactos en Arabia Saudita y otros países del Golfo.

—Y para ello ha estado invirtiendo en piedras preciosas… Y de ahí el diamante que le quitó Karuna a Bambi.

—Efectivamente. Durante la reunión que tuvieron, ella le planteó crear una empresa de exportación de diamantes a Dubái, ya que conocía a importantes compradores. De este modo el dinero recibido por el tráfico de drogas lo emplearían en blanquearlo con productores locales de aquí en la India. Bambi se debió de reír de su propuesta, y le confesó que él ya lo estaba haciendo. Picó en el anzuelo. Le mostró a Karuna la colección de diamantes que estaba enviando al Golfo, y ella le robó uno de ellos para que averiguásemos la trazabilidad. Tú se lo mandaste a Hassena, y ella

nos lo hizo saber. Hemos averiguado quién pulió ese diamante y lo tenemos vigilado. ¿Sorprendido?

—Desde luego.

—Ella es una agente altamente cualificada.

—No seré yo quien lo ponga en duda. Pero una cosa es la lealtad a tu país y otra las ganas de morir.

—Por eso te pido que vuelvas, elimines a Bambi y la rescates.

David se irguió, dirigió la mirada hacia el televisor. Algunos clientes de la cafetería se levantaron y se aproximaron a la pantalla para ver de cerca las noticias actualizadas sobre el reciente atentado. Anunciaban que el número de fallecidos había aumentado.

—Ese desgraciado no tiene ni idea de la ira que ha desatado —murmuró David.

24

David conducía un pequeño Maruti Suzuki blanco por una carretera que ascendía gradualmente. Era estrecha y serpenteante en aquella zona rural y boscosa.

Las nubes se había afianzado.

La lluvia del día anterior había dejado el terreno húmedo. Un coche que circulaba en dirección contraria levantó agua y siseó.

Recordaba el trayecto durante su anterior huida. El suelo de arena y grava no era el más cómodo para ascender, sobre todo por el ruido que producían las ruedas.

Había robado el vehículo del aparcamiento del hospital, ya que prefirió desestimar cualquier ayuda logística por parte de Arvind. De este modo se encontraba más tranquilo al pensar que no podía tener un GPS instalado en la carrocería con el propósito de monitorizarle desde la distancia o que hubiera segundas intenciones maliciosas por parte de la agencia de inteligencia india. Pensaba que cuanta menos ayuda material obtuviera de ellos, mejor.

Al cabo de una hora de conducción giró y entró en un camino con muchas curvas. Condujo durante un kilómetro y medio. Los únicos vehículos con los que se cruzó durante todo el tiempo fueron dos camiones, ambos con las carrocerías oxidadas, abolladuras y los neumáticos gastados.

David vio la propiedad a mano izquierda de la carretera. Torció en un camino de grava sin señalizar y luego de nuevo a la izquierda

para llegar a dos franjas de senda embarrada que ascendía por la colina escarpada.

Dejó el coche aparcado en un claro rodeado de árboles y siguió a pie.

En las alturas de la estratosfera había nubes gruesas y grises. Lo único que se oía era el leve susurro del viento y el sonido que producían las palmeras y los pájaros. Aun así, tenía todo el aspecto de que volvería a llover.

Conforme se acercaba al perímetro del edificio, había cierto riesgo de que quedara al descubierto en algunos tramos, ya que los árboles comenzaban a estar bastante separados entre sí.

Caminó por un afloramiento de rocas flanqueadas por palmeras mientras escuchaba el gorjeo de los cuervos. Aunque no vio ningún peligro no podía permanecer mucho tiempo a la intemperie.

Su plan era entrar rápido. Atacarles por sorpresa. Así pues, oteó de nuevo alrededor. No había movimiento en el exterior. Todo en calma. Todo iba bien, por ahora.

La vez anterior en la que había estado era prácticamente de noche. Ahora, a la luz del día, podía observar mejor la propiedad de Bambi. Era un edificio moderno, con varias construcciones anexas. Los tejados eran de estilo típico malayalam, excepto los almacenes y garajes que tenían terrazas.

Al edificio se accedía por una cuesta empinada. Las palmeras arqueadas a ambos lados de la entrada formaban una impresionante arcada. No había sistema de seguridad moderno, ya que los aparatos electrónicos podían ser hackeados o las grabaciones robadas y ser usadas como pruebas incriminatorias contra Bambi y sus actividades delictivas. La única seguridad que había era la de un numeroso grupo de hombres armados, bien pagados para hacer lo que se les decía y mantener la boca cerrada.

Al llegar, David vio a un hombre apoyado junto a uno de los ocho coches de gama alta aparcados en la entrada. Bebía a sorbos de un vaso de metal, probablemente un té o café.

Se situó a su espalda. Desde su posición podía oler el sudor que desprendía. Esperó a que se llevara el vaso a los labios. Entonces, le cogió la cabeza con una mano y el mentón con la otra y, haciendo

un brutal movimiento, le rompió el cuello y lo dejó lentamente en el suelo.

Un segundo hombre apareció por la puerta principal, David cogió la pistola que llevaba en el cinto el tipo que acaba de eliminar, apuntó y disparó. La bala le dio en la cara como un bofetón y cayó al suelo.

Y así comenzó el ataque de David Ribas, cumpliendo con el estereotipo de cualquier película de Bollywood de acción: alarmados por los sonidos en el exterior, todas las cabezas miraron a través de las ventanas y quedaron en absoluto desconcierto.

Un hombre se precipitó al exterior con un fusil en las manos, dispuesto a disparar al intruso. No le dio tiempo a levantar el arma. Aunque la distancia hacía complicado que pudiera dar en el blanco, David disparó una, dos y tres veces. Las balas resonaron al impactar contra el edificio y se mezclaron con los gritos del hombre moribundo con la garganta seccionada por una de las balas. Pronto dejó de proferir sonidos.

Otro hombre apareció por un lateral, disparando dos veces. Aunque tenía a David a poca distancia, erró los tiros, que fueron a dar en los cristales de los coches aparcados: la adrenalina le había subido demasiado rápido y afectaba su motricidad y su puntería. David se tiró al suelo y le disparó al pecho y a la cara, matándolo al instante. Se levantó, tiró la pistola y cogió la del hombre que acaba de abatir.

Continuó hacia la entrada.

Un tipo se asomó por el balcón de una altura de veinte metros. David alzó la pistola, colocó el punto de mira en el pecho de aquel hombre, respiró hondo y soltó la mitad del aire. Disparó. El hombre cayó al vacío por la baranda.

Conforme se acercaba a la puerta, salió otro tipo. David se agachó y le disparó en la frente. Otro hombre se abalanzó a los pies de David, suplicando, implorando: todo esfuerzo fue en vano. Para David aquellos hombres solo eran objetivos a los que abatir. Los encontró poco habilidosos. No eran verdaderos profesionales. No le hizo caso alguno y le disparó dos veces.

Llegó frente a la habitación donde antes había rescatado a Karuna. Dio una fuerte patada a la puerta, reventando en un estallido de astillas de madera. Había dos hombres en el interior. Uno que había estado haciendo presión contra la puerta para que no accediera, mostró un rostro de pánico y se arrodilló en el suelo pidiendo clemencia: le disparó a la cabeza. Al otro le disparó en el pecho y luego en plena cara cuando hizo amago de abalanzarse sobre él.

Miró por la habitación. Ella no estaba. La puerta del baño estaba cerrada. Abrió despacio apuntando en todas direcciones. Karuna se encontraba atada y amordazada en el suelo. Se guardó la pistola y fue a desatarla.

—Qué sorpresa…

—Vámonos —dijo él ayudándola a levantarse—. Luego tendremos tiempo de hablar.

Caminaron por el pasillo.

—Bambi no está. Se fue ayer por la tarde y aún no ha vuelto

David apuntaba a derecha e izquierda. Karuna se mantenía pegada a su espalda.

—Ya habrá tiempo de encargarse de él. ¿Hay una salida por la puerta trasera?

—Sí, pero da al bosque y el acantilado.

—Vamos, entonces.

Cruzaron el pasillo, atentos en todo momento por si aparecía un hombre armado. Pasaron por lo que parecía ser una cocina. Estaba todo muy desordenado y lleno de porquería. Platos de metal llenaban el fregadero, latas de bebidas energéticas y botellas de litro y medio de gaseosa por todas partes. Había muchos paquetes de comida rápida sobre la encimera y por el suelo.

—No sé cómo hay gente que puede vivir de esta forma —comentó Karuna—. Parece una pocilga.

—No lo hacen —replicó David—. No viven, ellos sobreviven. Sin el salario que les da Bambi, no serían nadie en este mundo. Se han sentido unos privilegiados.

—Hasta ahora.

Por la puerta opuesta apreció un hombre imponente con el rostro cuadrado, camiseta de tirantes, pelo rapado y pantalón vaquero holgado. Agarró una cacerola de acero y se aproximó a ellos.

—¿Qué pasa, pareja? —preguntó. Su tono de voz sonaba sereno, pero la intención era clarísima.

David calculó que debía de pesar unos ciento veinte kilos. Su sola presencia intimidaba.

El hombre sonrió al ver como David se fijaba en su altura y corpulencia.

David apartó a su espalda a Karuna y levantó la pistola. Apretó el gatillo, pero el arma se encasquilló. Se la guardó inmediatamente en la cintura del pantalón y agarró la primera sartén que sobresalía del fregadero. Se puso a la defensiva.

El hombre se abalanzó sobre David, pero este se agachó justo en el último instante y le propinó un golpe brutal en una rodilla con la sartén. Al agacharse, el hombre iba a recibir otro golpe en la cabeza, pero enseguida se apartó, alargó el brazo y David dio un salto hacia atrás esquivando el impacto de la cacerola.

Por la ventana Karuna vio llegar un coche. Era el Mercedes de Bambi.

David volvió a esquivar otro golpe al tiempo que alzaba la sartén y la impactaba contra el codo del hombre y, sin esperar un instante, la volvió a levantar y se la estrelló contra la cabeza. El hombre se cayó hacia la encimera, momento que David aprovechó para dar un paso hacia adelante y golpearle una y otra vez hasta que cayó al suelo.

Bambi apareció por la puerta armado con una pistola. David se vio indefenso. Dejó caer la sartén de las manos y levantó los brazos. Justo cuando Bambi iba a disparar, desde un lateral apareció Karuna, que le propinó un brutal golpe en la cabeza con una olla.

25

David sacó el cargador a la pistola, tiró de la corredera para extraer la bala de la recamara, volvió a cargarla y se la guardó detrás del pantalón. Luego agarró a Bambi de una oreja y con la otra mano la cabeza y se la hundió en el lavaplatos.

Lo levantó. Bambi jadeaba, la sangre le manchaba los labios del golpe que había recibido contra algún utensilio en el ancho lavaplatos. La nariz también le sangraba y chorreaba agua por toda su ropa. Tosió y no tuvo más opción que tragarse el agua que le había entrado por la nariz, ya que las manos atadas a la espalda le impedían cualquier movimiento.

—Parece que quieres que vayamos por las malas —sugirió David.

Bambi frunció el ceño, leyéndole el pensamiento.

—Me importa una mierda lo que vaya a suceder. —Jadeó. Tomó aire—. ¿Quién eres?

David le aguantaba la mirada impasible.

—Soy el que hace las preguntas y tú eres quien responde. Esto va a ir a peor. Tus pulmones no lo soportarán.

Volvió a meterle la cabeza en el agua.

Bambi intentó hacer un gesto con la cabeza, como diciendo que ya tenía suficiente, pero David pretendió no darse cuenta y continuó.

Lo volvió a sacar, chorreando agua y sangre. Escupió agua.

—Eres un hijo de puta —chilló. Alzó la cabeza y miró a Karuna—. Y tú morirás como tu marido.

Ella dio un respingo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo dicho.

Bambi rio viendo el rostro de sorpresa de Karuna.

David le dio un puñetazo en el costado y luego otro.

—Si te rompo las costillas, el simple hecho de toser te resultará aún más doloroso.

El cuerpo de Bambi se retorció. El pecho se le empezó a contraer al intentar respirar. El vómito salió a presión. Su rostro se volvió más pálido de lo normal. Tenía agallas, de eso no cabía duda.

—Esta es tu última oportunidad, Bambi.

Él le miró directamente a la cara. Seguía sin decir nada. Sonriendo.

—¿Mi última oportunidad? —preguntó sin perder la sonrisa—. ¿Y qué fue de la primera?

David le propinó una patada en la pierna izquierda, por encima del tobillo, rompiéndole con un crujido los ligamentos. Cayó al suelo retorciéndose con espasmos violentos.

David sacó el arma y le puso el cañón de la pistola en la cabeza.

—Mírame —gritó—. ¡Te digo que me mires!

—¡¿Qué?! —exclamó desafiante.

David bajó el cañón de la pistola y le disparó en un pie.

—¿Ahora sí te importa?

Bambi cerró la mandíbula y gritó con todas sus fuerzas:

—¿Qué quieres de mí, por Dios?

—¿Dónde tenéis planeado el próximo atentado?

David le disparó en el otro pie.

Bambi volvió a gritar de dolor, cayéndose al suelo.

—Habla.

—No sé quiénes son. Lo juro. Necesito un médico.

Detectaba en la mirada y en su tono de voz que mentía. Bambi se estaba aguantando algo y, fuera lo que fuera, sería algo muy importante. La razón de que estuviera completamente seguro era que estaba dispuesto a soportar mucho dolor y angustia por mantener el secreto. «Algo grave está a punto de suceder. Han planeado otra explosión», pensó David.

—Mientes.

Le puso el cañón en la cabeza.

—Te voy a dar una oportunidad —continuó David—. Habla y vivirás. Se te acaba el tiempo.

Bambi apretó la mandíbula, le clavó la mirada y gritó:

—De acuerdo, pero para, ¡por el amor de Dios!

—Te lo advierto: se me está acabando la paciencia. He sido muy paciente. Increíblemente paciente. Más paciente de lo que lo hubiese sido…

—Sé que van a matar al presidente de los Estados Unidos —dijo interrumpiéndolo.

—¿Quién?

—Un saudí que está entre los invitados.

David le apuntó de nuevo al pie.

—Mientes.

—No, no. Es el embajador. Tengo una foto.

—¿Dónde?

—En el bolsillo de mi pantalón.

David lo registró. Sacó un teléfono móvil antiguo con teclados de caracteres fuertes no táctiles, libre, de fácil uso, un modelo básico únicamente para hacer llamadas y cambiar con facilidad la tarjeta SIM para evitar ser espiado. Enseguida encontró en otro bolsillo una fotografía tamaño A4 doblada. Observó la imagen de un hombre delgado, con poco pelo, facciones marcadas, barba muy corta y vestido con una dishdasha blanca. Después de observar el rostro se guardó en el bolsillo el móvil y la fotografía.

—¿Cómo?

—No lo sé, lo juro.

David resopló y se encogió de hombros. Luego meneó la cabeza e hizo un chasquido con la boca.

—Vaya, qué decepción más grande —dijo.

Acto seguido lo levantó y le hundió de nuevo la cabeza en el agua del fregadero. Enseguida le echó hacia atrás y lo tiró al suelo. Sangraba por ambos pies. Bambi jadeaba.

Bambi habló con tono muy débil.

—Juro que no sé nada. Yo solo he sido un empleado.

Y atolondradamente contó su relación con el saudí Saad Abdulrahman, cómo quiso deshacerse de él al explotar la furgoneta antes de tiempo frente al centro comercial, su muerte, lo que había encontrado en la habitación de huéspedes y la mochila con un millón de rupias que se había llevado.

David supo que decía la verdad. Le apuntó a la cabeza.

—¿Tienes algo que añadir?

—Dispárame, ya.

Karuna se giró y miró a David.

—No le dispares. Deja que sufra.

—Creo que ya ha aguantado bastante.

Apretó el gatillo.

Después de la información obtenida, decidieron huir en coche por la carretera en vez de por la playa. Salieron por la puerta principal.

Cuando caminaban hacia un todoterreno aparcado junto con otros coches, tuvieron que tirarse al suelo al abrir fuego la boca de una metralleta que escupía balas, destrozando la ventanilla trasera del vehículo que tenían más cerca, repiqueteando en la carrocería, reventando los neumáticos, haciendo pedazos las macetas y dejando marcas en la fachada del edificio.

Karuna intentó levantarse para entrar en el coche.

—Mantente agachada —le indicó David.

Los disparos cesaron.

David levantó la cabeza. Vio al hombre saltando al interior de un coche y arrancar con la intención de embestirlos. Se levantó. Conservando la calma, alzó la pistola y apuntó a la luna delantera del vehículo para dejar fuera de combate al conductor. Apretó el gatillo una y dos veces. Un disparó le impactó en la garganta y el otro en la cabeza. El coche viró al caer el conductor sobre el volante y fue directo hacia el todoterreno.

David tiró con fuerza de Karuna y los dos cayeron al suelo de gravilla justo cuando el coche se empotró contra el todoterreno, dejándolo bloqueado contra otro vehículo.

—Tenemos que volver a la parte de atrás y coger el Mercedes de Bambi —advirtió David—. Hay que llegar a Delhi cuanto antes.

Karuna alzó la mirada hacia él.

—¿Pretendes que vayamos en coche?

David caminaba con prisas. Vio que el cargador de la pistola estaba vacío. Limpió el arma con el faldón de su camiseta, la dejó caer al suelo y le dio una patada.

—Es la mejor opción. Si salimos ahora podremos llegar mañana por la tarde. Por el camino llamaremos a tu jefe.

Karuna se paró en seco y se puso en jarras.

—¿Qué quieres decir?

—Así podrás comprobar que Arvind y yo somos ya viejos amigos.

En el cielo una oscura masa nebulosa se abría camino empujada por los vientos del nordeste. La amenaza de lluvia pesaba en el ambiente.

David sacó el móvil de Bambi y llamó a Sachin para que avisara a su padre de que le tuviera preparados en la gasolinera varios bidones de gasolina para llevárselos en el coche. Pero quien contestó fue Freeman.

—Se han llevado a mi hijo, David —dijo entre sollozos.

—¿Dónde?

—A la comisaría. Me lo han metido preso. Salmaan me ha dicho que si no firmo la venta de mi propiedad, no lo soltarán.

—Freeman, no hagas nada todavía. Espera a que yo llegue. Sacaré a tu hijo. Confía en mí.

26

Las nubes se habían desplazado por el cielo a buen ritmo, cada vez más grises.

David registró un garaje habilitado como almacén. Había barriles de doscientos litros de gasolina y otros de fertilizantes. En unas cajas vio que en el interior había dinamita y en otras Semtex, paquetes de C4, incluso municiones y granadas. Cogió una caja de cartuchos de dinamita. Preparó las mechas. Con cinta aislante juntó de cuatro en cuatro seis paquetes y los metió en una bolsa.

Karuna se giró hacia David.

—¿Quién es Freeman?

—Es un amigo que está en apuros.

—Tenemos que ir a Delhi.

—Tenemos tiempo.

—¿Qué pretendes hacer, David? —preguntó Karuna señalando la bolsa que metía en el asiento de pasajeros del Mercedes de Bambi —. Tienes suficiente explosivo para hacer volar un edificio entero.

David sonrió.

—Esa es mi intención.

Se subieron al coche. David revolucionó el motor y puso marcha atrás, hizo un giro y pisó el acelerador, marchándose del lugar.

La lluvia empezaba de nuevo a arreciar cuando llegaron a las inmediaciones de la comisaría.

—Tú quédate aquí —dijo David.

Agarró la bolsa con la dinamita y salió fuera del coche.

Karuna corrió a interceptarle el paso.

—¿Qué pretendes? ¿Volar toda la comisaria? ¿Estás loco?

David carraspeó.

—Te he dicho que te quedes en el coche. Es mejor que a ti no te vean. No quiero mezclarte en esto.

—¿Van a asesinar al presidente de los Estados Unidos y tú quieres entretenerte volando una comisaría de policía? —preguntó ella bloqueándole el paso.

—Hazte a un lado, Karuna.

Ella se apartó.

—Espérame dentro del coche —dijo él al tiempo que se alejaba.

David no hizo caso al policía de la garita y entró en el edificio. No era la primera vez que había estado en el interior de una comisaría, así que conocía muy bien su diseño. Todas parecían tener una misma arquitectura. Fue directo hacia las celdas del piso superior.

Uno de los mamporreros de Salmaan le vio, pegó un respingo nada más reconocerlo y fue hacia él.

—¡Eh, ¿dónde te crees que vas?!

David se giró.

—¿Dónde está Salmaan?

—A ti eso no te importa.

David le agarró la nariz y se la dobló. El hombre aulló y levantó el brazo derecho para golpearle, pero David le agarró el puño, le dobló la muñeca y lo hizo ponerse de rodillas.

—Te lo vuelvo a preguntar, ¿dónde está Salmaan?

—En Bangalore.

Un policía hizo amago de interceder, pero David le arreó con la otra mano un puñetazo en el rostro y cayó hacia atrás.

Apretó más el brazo del hombre.

—Os dije que dejarais en paz a Freeman, pero no me habéis hecho caso. Ahora mira lo que me habéis forzado a hacer. La próxima vez que os acerquéis a su negocio, os mataré. Díselo a Salmaan.

Se oyó un crujido de huesos, el hombre rechinaba.

—Sí, sí.

—¿Tienes fuego?

El hombre alzó la mirada con el rostro desencajado por la incredulidad seguida del horror. David no esperó a que contestara: se inclinó y del bolsillo de la pechera de su camiseta sacó una caja de cerillas. Luego lo soltó del brazo y cogió un paquete de dinamita con cuatro cartuchos y ante la mirada incrédula del policía que se recuperaba del golpe recibido y del gánster, encendió la mecha y lo tiró dentro de una habitación.

El policía y el hombre se levantaron de un salto gritando, alertando a los demás del explosivo.

David aceleró el paso escaleras arriba, saltando los escalones de tres en tres. Vio a un grupo de policías saliendo de un despacho, sacó otro paquete de cartuchos de dinamita y encendió las mechas, arrojándolos al fondo del pasillo. Todos corrieron presas de terror.

—¡Sachin! —gritó pasando frente a las celdas.

El joven se acercó a la puerta sacando los brazos al pasillo.

—Aquí, aquí.

David entró en un despacho y sacó las llaves que estaban colgadas de la pared al lado de la puerta. En todas las comisarías las guardaban en el mismo lugar, de este modo siempre sabían dónde encontrarlas en todo momento.

—Vámonos de aquí, rápido —le apremió David, abriendo enseguida la celda.

Los dos corrieron escaleras abajo hacia el exterior.

Antes de salir, David encendió las mechas de los demás cartuchos de dinamita y fue tirando al fondo de la comisaría un paquete tras otro. Sachin se quedó con la mirada atónita.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó David.

Al llegar al exterior, un grupo de policías les bloquearon la salida.

—¡Al suelo con las manos en la cabeza! —gritó el inspector.

David leyó el nombre en la placa de la pechera de su uniforme: Subramanian. Era un tipo de tez muy morena con bigote bien cuidado y el cabello peinado con raya a un lado. Se habría hecho de oro con los negocios ilegales de Salmaan, pero aquello había acabado.

David se giró hacia Sachin.

—Haz lo que dice.

Los dos se pusieron primero de rodillas y luego se dejaron caer boca abajo. Desde la distancia, Karuna veía lo sucedido; ahora la situación se agravaba. ¿Cómo iba a salir David de aquella situación?

Entonces, se produjo la primera explosión, luego la segunda y, como si fueran truenos estallando desde el cielo, hubo otro fuerte estallido que hizo retumbar el suelo. Llovieron madera, piedras, trozos de yeso y otros materiales. Todos los policías se pusieron a cubierto.

David y Sachin se levantaron y corrieron hacia la carretera.

Se subieron en el Mercedes. David arrancó, pisó a fondo el acelerador, dejando dos surcos en el suelo. El coche coleó sobre la tierra, pero mantuvo la dirección. Salieron de aquel lugar lo antes posible. Atrás, densos penachos de humo oscuro se alzaban hacia el cielo, provenientes de la estructura destrozada de lo que antes era una comisaría.

—Misión cumplida —dijo Karuna.

David se enderezó en el asiento y sujetó el volante con más fuerza.

—Al menos en parte —añadió él.

27

Poco después de haber volado la comisaría de policía, David ayudaba con apremio a Freeman a rellenar la gasolina y cargar bidones de veinte litros en el asiento de pasajeros. No quería parar a repostar por el camino en ninguna gasolinera por precaución, para evitar que los grabaran las cámaras de seguridad.

—Oye, David, después de lo ocurrido, no sé a qué te dedicas.

David miró alrededor, luego a Karuna y a Sachin, que estaban sentados a lo lejos bajo el techo del restaurante. Antes de que tuviera tiempo de hablar, Freeman lo hizo de nuevo.

—Discúlpame, quizá no sea de mi incumbencia.

—No es eso, amigo —repuso con sinceridad—. Os aprecio a ti y a tu hijo. Pero cuanto menos sepáis de mí, mejor.

Aunque rechazó el dinero, David le puso un fajo de billetes en el bolsillo.

En el restaurante, Sachin preguntó a Karuna.

—¿Eres su esposa?

Ella rio.

—No, no. Solo una amiga.

—¿Y qué haces con él?

—Acompañarle.

—Pero ¿quién es él? ¿A qué os dedicáis los dos?

Ella se encogió de hombros.

—Digamos que nos gusta viajar y ayudar a la gente por el camino.

Sachin miró fijamente a Karuna y sonrió.

—En otras palabras, que deje de hacer preguntas.

Ella no dijo nada.

Cuando terminaron y se disponían a irse, Freeman mostró preocupación por si hubiera represalias.

—Quédate tranquilo —dijo David—. Salmaan está en Bangalore. Le informarán de lo sucedido. El explosivo utilizado es tan potente que solo personas implicadas con el crimen organizado son capaces de obtenerlo en el mercado negro. Por eso no se acercará a este lugar por miedo a lo que le pueda suceder. Bastante daño ha sufrido.

Se despidieron con la promesa de volver a verse pronto.

—Me dijiste que vendrías a mi boda —comentó Sachin.

—Y lo haré.

David conducía por las serpenteantes carreteras rodeadas de verde.

La amenaza de lluvia pesaba en el ambiente.

Durante el trayecto Karuna preguntó a David a qué se refería Bambi con la explosión frente al centro comercial. Él le contó la noticia del atentado.

Ella llamó a Arvind desde el móvil de Bambi y le comunicó de forma sucinta lo ocurrido en su rescate, pero omitiendo el tema de la comisaría. Le mandó una foto de la fotografía del saudí, sospechoso de querer asesinar al presidente de Estados Unidos. Él les prometió llamarles cuando hiciera sus averiguaciones.

Más tarde, cuando las autoridades llegaron a la propiedad de Bambi, encontraron dentro del maletero de varios vehículos detonadores y explosivos. También hallaron en el interior de un garaje lanchas de goma para hacer uso de ellas en el narcotráfico, así como cajas de madera con dinamita.

Un equipo de laboratorio calculó unos ochocientos kilos de Semtex, que, sumados a los que habían utilizado en el atentado, completaba el total que Bambi y sus cómplices habían sustraído de las canteras.

Arvind y su reducido equipo de la RAW registraron la habitación de huéspedes. Él permaneció de pie observando asombrado todo aquel material exhibido en las paredes. No le cabía duda de que, aunque el plan fuera descabellado, aquella era una amenaza real. Sacó su teléfono móvil y comenzó a realizar llamadas urgentes.

28

Musaid bin Salman era embajador de Arabia Saudita en la India, además de miembro de la familia Saud, la dinastía de la familia real de Arabia Saudita, y primo del príncipe heredero, Mohammad bin Salmán. Especialmente por ese vínculo con la familia real, tenía el respeto del mundo diplomático de Nueva Delhi y de ese modo había sido invitado a la embajada de los Estados Unidos durante la ceremonia que se iba a celebrar durante la visita del mandatario norteamericano.

Musaid se encontraba aquella mañana visitando la mezquita de Jama Masjid, una de las más grandes de la India, situada en la parte vieja de Delhi.

No se fiaba de nadie. De hecho, sus guardaespaldas eran todos árabes. No había ni personas blancas ni negras. Eran un grupo muy reducido de profesionales leales y contrastados muy unido que no aceptaba a desconocidos.

Sus guardaespaldas armados no paraban de mover los ojos para escudriñar el entorno y prevenir cualquier intento de atentado o daño físico contra el embajador.

Aquel día solo iba acompañado de dos de sus guardaespaldas más el conductor, que permanecía en todo momento dentro del coche. A ellos se había unido un grupo reducido de élite de la Guardia de Seguridad Nacional (NSG), comúnmente conocida como Gatos Negros.

El mayor inconveniente que sufrían los pacientes guardaespaldas era en las consecuencias de la salud de su protegido. Musaid sufría de vejiga hiperactiva, lo que le obligaba a orinar con frecuencia, algo que comprometía la seguridad.

Era un fastidio porque, antes de entrar en un baño, tenían que asegurarse de que en el interior no hubiera gente dispuesta a atentar contra su vida ni explosivos. Además, debían limpiar el aseo con un espray antibacteriano antes de que le abrieran la puerta para que entrara.

En el interior de la mezquita en un lateral reservado para devotos VIP, Musaid, acompañado de otros hombres, se arrodilló sobre una alfombra lisa de seda. Los demás usaron simples esterillas. Luego dirigieron las cabezas al este antes de bajarlas para situarlas cerca de las rodillas.

Musaid cerró los ojos escuchando las oraciones. La Meca estaba situada a miles de kilómetros de distancia, pero aquel devoto musulmán se sentía mucho más cerca.

Cerraron las bocas y cesaron los cánticos habituales.

Una vez cumplida la obligación, Musaid se levantó, enrolló la alfombrilla y se la dio a sus guardaespaldas, que habían permanecido de pie a unos metros de distancia de la espalda del embajador atentos ante cualquier imprevisto que se presentara.

Cruzaron la zona de minaretes y el patio. Algún musulmán y turista curioso se paraba para mirar a Musaid, cuya vestimenta de blanco impoluto y cuyo séquito despertaban admiración. Los guardaespaldas lo escoltaron diligentemente al exterior y de ahí al SUV Lexus LX570 de color blanco.

Maldecía a la sociedad india, su cultura, su religión y sistema de castas. Despreciaba el país por completo. Tenía grandes esperanzas de poder abandonar pronto el país y de que le asignaran un puesto diplomático en Londres o en Washington.

Además, consideraba el clima insoportable y más aún el calor y la polución insalubre de la capital. El olor. El olor era otro de los motivos de su desagrado. Intentaba no permanecer mucho tiempo en el exterior, en la calle. Vivía en sitios cerrados con ventilación controlada a su gusto mediante aire acondicionado.

Nunca había viajado en un avión comercial de pasajeros, como en ningún otro transporte público. Volaba en su jet privado. Y cuando tenía que viajar a alguna ciudad de la India, solía reservar la planta entera del hotel porque no soportaba cruzarse con un simple mortal al dirigirse a su habitación.

Tenía múltiples propiedades alrededor del mundo: Miami, Los Ángeles, Londres, Milán, Sídney. Los multimillonarios como él vivían en otro mundo, el del superlujo. Algo inimaginable para más de mil millones de habitantes en ese país.

Salir de aquella zona congestionada por el tráfico costó media hora.

Musaid ordenó a su guardaespaldas hacer una parada en el primer hotel que hubiera de camino a la embajada, situada en el barrio diplomático de Chanakyapuri, donde para la mayoría de los mortales indios solicitar una visa saudí era como escalar el gran Himalaya sin oxígeno.

El conductor condujo lo más rápido que pudo hasta llegar al hotel Hyatt Regency, en Bhikaji Cama Place. Aunque pudo haber llevado al embajador a un hotel más próximo, por motivos que solo sus guardaespaldas conocían lo llevó al Hyatt.

Mientras el conductor y los dos coches de los NSG que les acompañaban se quedaban en la zona de parking VIP dentro del vehículo, el embajador, rodeado de sus dos guardaespaldas, cruzó el amplio y lujoso vestíbulo hotel de cinco estrellas.

Pasaron por delante de pequeñas tiendas exclusivas de recuerdos y bajaron unas escaleras. Iban a hacer uso, como en otras ocasiones, de unos baños situados en un lugar recóndito y poco frecuentados.

Cuando llegaron frente a la puerta hicieron esperar a Musaid. Uno de sus dos guardaespaldas entró. Una vez desinfectado el urinario, el hombre salió e hizo un gesto a su jefe con la cabeza manteniéndole abierta la puerta para que él no la tocara.

Musaid entró y la puerta se cerró a su espalda. Cuando terminó de orinar ni siquiera se molestó en tocar el botón del inodoro para que corriera el agua.

Mientras se lavaba las manos observó su reflejo en el cristal.

Tenía que acudir próximamente a su barbero particular para que le tiñera, arreglara, hidratara y acondicionara su barba con aceites y bálsamos: aunque cuidadosamente cortada, había un par de pelos canos. Le gustaba tener controlado todo lo relativo a su aspecto. Pero eso estaba a punto de cambiar.

Un hombre parecido a él le devolvió la mirada en el espejo.

Era exactamente igual que él y vestía de forma idéntica.

Solo que no era él.

Musaid se aclaró la garganta.

Se giró de golpe hacia quien fuera que se hacía pasar por él.

—¿Quién eres? ¿Qué es esto? —preguntó con incredulidad en la voz.

Inmediatamente su doble le clavó una jeringuilla en el cuello que le hizo dormir. Le agarró por la cintura antes de que cayera al suelo. Se guardó la jeringuilla en el bolsillo. Luego lo agarró por las axilas y lo arrastró hasta la puerta. Tocó dos veces con los nudillos.

Uno de los guardaespaldas entró, mientras el otro esperaba fuera, le quitó el agal negro que sujetaba la kufiyya de la cabeza, le puso una gorra deportiva y se lo cargó a los hombros mientras el doble mantenía abierta la puerta.

El guardaespaldas lo llevó por un pasillo hasta acceder a la zona de lavandería. Todas las cámaras de seguridad de aquella zona habían sido convenientemente inutilizadas con anterioridad. De ahí salieron a un patio exterior donde una furgoneta llegó a gran velocidad. El vehículo aparcó frente a ellos, se abrió la puerta corrediza y el guardaespaldas colocó en su interior al embajador y volvió corriendo por el pasillo a los lavabos. Llamó a la puerta y el doble del embajador saudí salió.

Enseguida, los tres cruzaban el vestíbulo del hotel. Quien quiera que fuera testigo vería a Musaid bin Salman junto con sus dos guardaespaldas caminando con la misma energía con la que había entrado. Se quedaron en el pórtico esperando unos segundos hasta que llegó su coche oficial y detrás los dos jeeps Maruti del cuerpo de élite indio.

El conductor echó un vistazo por el espejo retrovisor antes de arrancar y circular por la cuesta hasta internarse en el tráfico. El

hombre que estaba sentado en la parte trasera era la viva imagen del embajador.

Ninguno de los guardaespaldas conocía su verdadera identidad, era un cómplice más del eslabón de la larga cadena de aquella conspiración política. Se había sometido a cirugía plástica por expertos cirujanos. Esa persona estaba dispuesta a morir, no había otra opción. Habían sido años de preparación.

En el intrincado mundo actual, donde los enemigos y los aliados cambiaban constantemente de una semana a otra, ciertos oligarcas y políticos necesitaban un nuevo líder en la Casa Blanca, alguien menos beligerante contras sus intereses y agendas, y que se dejara manipular. Consideraban que el mundo actual era más salvaje y peligroso para ellos que en la época de la guerra fría, por ejemplo, cuando los contendientes estaban más identificados.

Ahora no era así. En la actualidad, el juego geopolítico era más rápido y los bandos cambiaban de aliados con una frecuencia alarmante. El bien y el mal, los buenos y los malos, en el mundo del espionaje no tenían los rasgos definidos.

El flujo constante de petróleo favorecía la alianza de los saudíes con los Estados Unidos. Y el mundo se movía a gran velocidad. Por eso había fuerzas que actuaban desde la sombra para dañar los intereses de la actual Administración norteamericana.

Personas que no eran partidarias de la buena relación de la casa real de Saud con la primera superpotencia mundial se habían propuesto no solo dinamitarla, sino cambiar el actual orden mundial. Ellos se habían autoproclamado garantes de dirigir las relaciones entre las naciones.

Se habían invertido millones de dólares para que la misión se realizara con éxito. Los planes estaban cuidadosamente estudiados.

Había llegado el momento de segar aquel problema de raíz, emprendido acciones para materializar el objetivo de la misión: asesinar al presidente de los Estados Unidos.

PARTE CUATRO

UN NUEVO ORDEN MUNDIAL

29

Para recorrer los dos mil kilómetros que les separaban de la capital, David decidió ir por la ruta más rápida, aunque quedaran expuestos a ser grabados en los peajes, la NH544 en dirección Coimbatore en Tamil Nadu.

Una vez recorridos unos doscientos kilómetros cogió un desvío para enlazar con la NH44 en dirección al norte.

Conforme salían de un estado y entraban en otro, la geografía se iba transformando progresivamente en carreteras rurales rodeadas por campos de cultivos.

Tras muchas horas de conducción, David rellenó el depósito con uno de los bidones y de nuevo reanudaron el viaje rumbo a Delhi.

Arvind les hizo una videollamada. Les informó de que el embajador de Arabia Saudita en la India era el de la imagen que le habían enviado, Musaid bin Salman. Confirmaba que, debido a su relación de parentesco con la familia saudí de los Saud, era uno de los invitados para la ceremonia que se iba a celebrar al día siguiente por la tarde en la embajada americana.

—Pero no nos consta que haya sido suplantado. Hemos revisado sus recientes itinerarios. Tenemos testigos que no muestran ningún cambio en sus recientes apariciones públicas, modos de caminar, cambios repentinos en su carácter, apariencia física… Incluso hemos revisado imágenes de cámaras de seguridad de lugares públicos donde se ha dejado ver y es exactamente la misma persona —adujo el agente indio.

—Eso no quiere decir que lo hayan hecho, y el actual sea un impostor —comentó David.

—Para eso vais a ir vosotros a la ceremonia.

Karuna se giró hacia David con asombro al escuchar la noticia y luego preguntó:

—Arvind, ¿cómo pretendes que entremos en la embajada?

—Tenemos un día para organizarnos. De momento, tendré que reunirme con el equipo de seguridad de la embajada americana e informarles de nuestras sospechas.

—Arvind, no son sospechas. Está verificado.

—Pero ellos no lo creerán. No tenemos pruebas, y no puedo pretender que los americanos vayan a acusar ante la opinión pública al primo del actual primer ministro saudí de querer asesinar a su presidente.

Tras la llamada, Karuna se acomodó en el asiento y se preparó para tener una conversación trivial.

—Tienes motivos para sentirte desconfiado.

—¿Por el hecho de que sepa que eres una agente operativa de inteligencia? No, qué va. Tampoco escéptico. Mis sospechas se reafirmaron cuando te vi pelear con los hombres de Bambi. Esa destreza solo es posible en alguien que ha sido entrenado en artes marciales.

Karuna puso en orden sus pensamientos. Se recostó en el asiento.

—¿Por qué volviste a rescatarme?

—Tu jefe, Arvind.

—Así que él te ha reclutado…

—Te equivocas. A ver si podemos dejar las cosas claras. Yo no trabajo para ninguna organización de inteligencia.

—Pero me has rescatado.

—Porque tenía interés en acabar con Bambi y la amenaza que representaba.

—¿Siempre haces el esfuerzo para poner a la gente en tu contra?

David se giró y la miró por un instante para volver de nuevo su atención a la carretera.

—Ahora, ¿qué quieres decir?

—Que no se puede decir que seas un buen conversador.

David se encogió de hombros.

—Depende del momento.

—¿Te gusta el mundo del espionaje, los entramados políticos…?

—No soy especialista en geopolítica. Por mi experiencia, las células terroristas rara vez son obvias, pero las conspiraciones políticas están a la orden del día. Puedes escuchar o leer las más disparatadas e hilarantes. Pero en algunas ocasiones la ficción supera a la realidad. Por eso hay que analizar la información sin que repercuta ningún sesgo.

Hubo un silencio entre los dos. David volvió a hablar.

—Dime, ¿piensas continuar trabajando para la RAW?

—Sí.

—A mí no me ha parecido mala persona tu jefe. He conocido a verdaderos malos agentes de inteligencia en este sector y ten por seguro que Arvind siempre te protegerá al máximo.

—La confianza que depositó Arvind en mí y todos mis compañeros de la RAW fue una motivación para firmarme que estaba en el lugar correcto. He descubierto que puedo ayudar a salvar vidas. Me arriesgué mucho cuando me hizo saber sobre el robo de los explosivos. Le gusta ponerte al límite de tus posibilidades. Con el robo del diamante puse en juego toda mi operación como infiltrada en el tráfico de drogas.

—Pero lo hiciste, y no por coacción sino por voluntad propia. Esto te convierte en una agente muy valiosa.

—El miedo que me causó pensar sobre lo que Bambi pudiera hacer con los explosivos fue aterrador. Necesitaba robar aquel diamante para localizar el proveedor local que blanqueaba lo que Bambi obtenía del tráfico de droga. Siento una tremenda tristeza al no haber podido evitar el atentado frente al centro comercial.

A ambos lados de la carretera había cultivo de arroz. Más tarde pudieron ir observando los cambios en el paisaje, lugares más deprimidos y aplanados, zonas agrícolas y casas de granjeros a ambos lados.

Después de un tiempo en silencio, David habló. Señaló un restaurante de carretera.

—¿Quieres comer algo?

30

Pidieron diferentes *parathas* —pan redondo frito con *ghee* y de hojaldre por dentro—, unas rellenas de patatas, otras de coliflor y otras de queso fresco. Para acompañar, yogur natural y té masala con leche de búfala.

David comía con placer, no recordaba cuándo había sido la última vez que masticaba un alimento.

Karuna se limpió la boca con la servilleta. Cuando terminó de masticar, habló.

—¿Te importa si te pregunto algo?

David observó los vehículos aparcados en el exterior. Ella siguió la mirada de él.

—¿Sucede algo?

—No por el momento.

Ella lo miró con resignación.

—Pero siempre hay que estar atento, ¿verdad?

—Querías preguntarme algo.

—¿Cómo acabaste aquí, en la India?

—Es una larga respuesta. Quizá en otro momento.

Karuna cortó un trozo de *paratha* y mordió la mitad. Comprendió que él quería permanecer dentro de su coraza protectora y no estaba dispuesto a compartir nada personal.

—Sin problema. ¿Has viajado mucho por la India?

—Sí, lo suficiente como para conocer muy bien este país.

—Hablas muy bien el inglés.

—Digamos que el nivel de inglés que tenía antes de llegar a la India ha quedado corrompido por el que se habla aquí.

—Es la única forma de entenderse con la gente. Los indios del norte hablan hindi, bengalí, punjabí, urdu… Los del sur su propio idioma, tamil, télugu, malayalam… Tenemos tantísimos idiomas que el inglés es el nexo de unión para comunicarnos los unos a los otros.

—Así es.

Se oyó a unos niños gritar. El sonido llamó la atención de David, que miró por encima del hombro de ella.

—Quizá incluso haces cosas por inercia —comentó Karuna.

David la observó mientras masticaba.

El silencio se interpuso entre ellos mientras terminaban de comer.

Al final fue Karuna quien lo rompió.

—Aquí estamos dos personas anónimas comiendo en un restaurante de carretera de camino a la capital de la India para salvar la vida de una de las personas más importantes y poderosas del mundo.

David apartó la mirada y se frotó las palmas de las manos entre sí.

—Te dejaré donde tú me digas.

—Ni hablar. Quiero ayudar.

Él la miró con frialdad.

—Ya has ayudado bastante —dijo David con voz queda—. Y preferiría que no te expusieras al peligro.

—Tú lo tendrás más difícil sin mí.

—Te repito que prefiero ir yo solo.

—Sé cuidar de mí misma.

—¿Tengo que recordarte que te he rescatado dos veces?

—¿No soy yo a quien hace poco has calificado como *agente muy valiosa*?

—Esta es una operación muy peligrosa.

—Pues pedir ayuda es síntoma de fortaleza, no de debilidad.

—Muy inspirador, pero no. Gracias.

—Creía que éramos un equipo.

—Ah, no, eso yo no lo he dicho.

Karuna se levantó.

—Hagamos un trato.

—Dime.

—Seguiré contigo hasta entrar en Delhi. Cuando lleguemos y tengamos más información sobre el asesinato al presidente, tomaré una decisión. Si decido no acompañarte, podrás dejarme en Gurgaon. Allí me recogerán mis compañeros de la RAW.

—¿Tu decisión? ¿Ahora eres tú quien dirige la operación? Creía que éramos un equipo —comentó David con sarcasmo.

—Ves, ya lo has dicho —dijo Karuna con una sonrisa, y se dirigió hacia el coche.

David sonrió, se levantó y la siguió.

31

Se registraron con nombre falso en un hostal de carretera.

Karuna le dijo al recepcionista que deseaban permanecer anónimos ya que se acaban de casar sin la aprobación de sus padres y no querían que supieran de ellos. Aun así, al empleado, que era a la vez el gerente del establecimiento, distaba mucho de importarle: lo que quería era hacer negocio y en aquella época del año era temporada baja.

Ella entró primero a la habitación.

Los muebles eran viejos y mal conservados. Acababan de fregar el suelo de mármol y olía a una mezcla de moho, humedad y desinfectante. Las paredes necesitaban una mano de pintura.

—Acogedor. Muy acogedor —comentó Karuna con ironía.

David cerró la puerta detrás de él. Miró alrededor.

—No está mal.

—Uf, cómo huele —dijo Karuna accionando el ventilador de techo. Luego se aproximó hacia las ventanas y las abrió—. Este olor no desaparecerá hasta que se derrumbe el edificio y se construya otro.

—Necesitas dormir y reponer fuerzas.

—Mira quién habla… David, no has dormido nada. Eres tú el que tiene que ponerse a dormir ahora mismo.

David agarró un cojín, lo tiró al suelo y se tumbó.

—Yo duermo cuatro horas seguidas como la mayoría de la gente.

Karuna resopló.

—Pues mal, muy mal. Tener una buena calidad de sueño es muy importante.

—¿Quieres ducharte tú primero?

—No, mejor dúchate tú. A mí me gusta tomarme mi tiempo.

Karuna se dejó caer sobre el colchón de la cama. Suspiró. Una oleada de gratitud la invadió. Quería expresarla de alguna manera, pero, como si le leyera el pensamiento, David carraspeó, se levantó del suelo y fue al baño.

—Creo que hay que encender el calentador eléctrico.

Después de manipularlo volvió a tumbarse sobre el cojín.

—A veces me pregunto… —comenzó a decir Karuna. Guardó silencio y continuó—. La gente corriente piensa que no es posible vivir hoy en día una vida como la de Bonnie y Clyde, al menos en estos tiempos.

—¿Comiendo salchichas de Frankfurt y alubias a la intemperie? No creo que hoy en día nadie quiera disfrutar de esa vida.

Ella rio.

—Sabes a lo que me refiero.

—Nosotros no hemos robado ningún banco. Además, no nos motiva ningún sentimiento romántico de la violencia. No estamos solos contra el mundo.

—Pero somos peligrosos.

—Porque se ha levantado la veda.

—No podemos cambiar nuestro pasado, pero sí encauzar nuestro futuro.

—Yo estoy bien como estoy.

—No, no lo creo. A vosotros los hombres os cuesta más expresar vuestros sentimientos. Quizá es un defecto de género innato.

—Eso depende de la sensibilidad de cada uno.

Karuna siguió mirando el techo, con las manos enlazadas debajo de la cabeza.

David cerraba los ojos intentando descansar.

—¿Quieres saber cómo entré en la RAW?

David sonrió.

—Dime, ¿cómo te reclutaron? Me llena de curiosidad tu historia. Si no te importa compartirla.

—No, no me importa —dijo ella sonriendo, satisfecha de que David quisiera escuchar su experiencia.

Tras terminar sus estudios, a pesar de que sus padres le insistían en que se sacara un máster, ella decidió ponerse a trabajar. Quería salir del ambiente familiar.

David analizaba la información que escuchaba. Se dio cuenta de lo cauta que ella era, omitiendo su lugar de nacimiento, su verdadero nombre y el perfil de su padre, que tan importante era en la sociedad india y que marcaba el futuro de los hijos. Ella solo iba a compartir información trivial.

—Desde pequeña me consideraron una estudiante brillante con un alto coeficiente intelectual. Así pues, mis padres me veían siendo la CEO de una importante corporación extranjera en la India, como Facebook, Coca-Cola, y demás. Y casada con un ejecutivo que ganara el doble que yo.

Sin embargo, continuó ella, su espíritu aventurero le hizo aceptar un puesto importante en una empresa informática en Gurgaon. El edificio de oficinas era muy moderno y espectacular.

Un día, comiendo con sus compañeros en la cafetería, una compañera comentó el tipo de vida que vivían las azafatas de vuelo. Viajando de ciudad en ciudad, visitando el extranjero, durmiendo en hoteles de cinco estrellas, incluso teniendo amantes esporádicos.

Karuna se matriculó en una academia privada de azafatas. Sin que nadie lo supiera, estudiaba y hacía prácticas *on-line* y acudía en ocasiones por las tardes después del trabajo a reunirse con los profesores. Debido a su atractivo, porte y don de gentes, pronto consiguió un puesto en una reconocida aerolínea.

Era una época en la que viajar en avión de forma recurrente era inusual. Los viajeros tenían dinero y las azafatas de Air India eran de una belleza arrebatadora. Karuna era de las más chic.

Ella vivía con la esperanza de que un día apareciera su millonario príncipe azul y le propusiera matrimonio, viviendo en una mansión con muchos criados, y así poniendo fin a aquella vida de desenfreno.

Famosos actores de Bollywood hablaban con ella durante el vuelo, jóvenes de familias poderosas de la India, y no tan jóvenes, se le acercaban con promesas de aventuras románticas una vez

llegado a destino, en Grecia, en Italia o en Suiza. Bebía champán e incluso se fumaba uno o dos porros. La recogían en descapotables en hoteles de cinco estrellas y la llevaban a visitar París. Pronto, por sus poderosos contactos, la ascendieron. Consiguió trabajo en Cathay Pacific y poco después, con un salario más alto y mejores ventajas, en Lufthansa Airlines, gracias a un tórrido romance con un empresario alemán.

Pero entonces ya se hizo más pesado el trabajo de azafata. Tenía que atender a pasajeros en viajes transatlánticos con más de dieciséis horas de vuelo y una sola escala desde Nueva York, por ejemplo. Cuando llegaba a destino y tenía uno o dos días libres, estaba tan cansada que lamentaba seguir en aquella profesión. Pero ¿cuál era su vocación? ¿Y hasta cuándo aguantaría aquel ritmo?

—En el momento más imprevisto, un hombre que viajaba en *first class* se presentó. Fue durante un vuelo Bombay-Frankfurt. Y así fue como todo comenzó realmente. Mi nueva vida. Me explicó brevemente que era de la RAW, y que nuestra conversación fuera confidencial. Me dijo que le contactara cuando estuviera de regreso en Bombay. Allí teníamos dos días libres antes de volar a otro destino, así que decidí llamarle.

Se reunieron en una cafetería en un tercer piso en un anodino edificio frente a la playa. No había ningún cartel que anunciara el local e incluso desde la calle no se podía ver.

—Tengo el recuerdo del viento agitando las finas cortinas blancas, el rústico mobiliario y un calendario de 1983. Aún me pregunto por qué ese año.

—Fue el año en que la India ganó la Copa del Mundo de críquet por primera vez, gracias sobre todo a Kapil Dev.

—Eh, muy bueno. No me podría imaginar que fueras un seguidor de críquet.

—No lo soy. Pero me gustan los detalles en este mundo del espionaje y todo lo que conlleva. Ese calendario en concreto estaría ahí como una de las muchas pruebas que realizarían a candidatos.

—Pues menos mal que no me preguntaron sobre ello.

—Porque quien fuera tu reclutador sabía que no darías con la respuesta.

—Vaya, ¿y eso por qué lo asumes?

—Tú misma has dicho que eras una excelente estudiante y se te daban bien los números. Aunque haya excepciones en chicas, estas cualidades no se relacionan con ser una forofa del deporte, que requiere mucho tiempo libre y distracciones. Ese señor sabía que eras muy valiosa por tus contactos y círculo de amigos influyentes. Estoy convencido de que tenías a conocidos en la aduana y pasabas regalos costosos y productos sin declarar.

Karuna le hizo una carantoña.

David sonrió

—Continúa, continúa, por favor.

La reunión duró tres horas que pasaron muy rápido. Se extendieron comentando el estado de la nación, cómo se encontraba atrasada debido a la ignorancia y superstición de la población que, aunque con estudios, creía en la mala suerte y veneraba avatares múltiples, lo que les privaba de ser libres incluso en la era de la información.

—Le debí de causar un impacto porque me explayé desmontando argumentos con eficacia, mostrándome especialmente ingeniosa y aguda. A aquel hombre ya no lo volví a ver jamás. Recuerdo que tenía una voz ministerial, susurrante, una voz…

—Una voz humilde. Y tenía unos ojos ocultos, ensombrecidos. Él estaba sentado a espaldas de la ventana con vistas al mar. No lo recuerdas porque intentó no mostrar facciones de su rostro que tu mente pudiera recordar. Por eso se te quedó grabada su voz como único recuerdo. Seguramente tenía el físico de un hombre corriente y vestido con sencillez.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo has dado a entender por cómo has descrito tu reunión, llena de sutilezas, intrigas y secretos.

Karuna siguió hablando. La propuesta para trabajar como espía le llamaba mucho la atención, sobre todo por saber que su trabajo sería crucial para ayudar a la sociedad, al mundo.

—¿No echas de menos la vida de azafata de vuelo?

—No. Ya no tenía la paciencia de soportar aquel estilo de vida. Incluso veía a azafatas de cinco o diez años mayores que yo a las

que las aerolíneas despreciaban a pesar de su experiencia. Las colocaban en puestos en tierra o en vuelos que no eran los demandados por nosotras. Hasta que no has cambiado y ves las cosas de distinta manera, siempre hay algo en el lugar donde uno crece que te impide volver a él. Yo maduré siendo azafata, pero jamás volveré a trabajar en una aerolínea, ni siquiera lo echo de menos.

Atrás dejaba las amistades de las compañeras con las que cantaba canciones en hindi de películas populares de Bollywood en las furgonetas de la aerolínea que las recogían de madrugada en sus residencias. Incluso al salir de los aeropuertos de París, Londres o Roma, cantaban juntas mientras los conductores sonreían al mirarlas sin comprender lo que decían. Dejaba atrás a sus compañeras tóxicas con su patético esnobismo y sus ostentosos maquillajes y adulaciones a pasajeros de clase *business* y *first class*. Dejaba atrás a caballeros seductores y de brillantes armaduras. Dejaba atrás los fríos amaneceres, los sonidos de los aviones al retumbar por los aires con las luces de marcha intermitentes, la atención disciplinada y servicial a los viajeros. Atrás dejaba aquel mundo lleno de sensaciones, de que todo era una invitación.

—Cuando salí de la reunión y pisé la calle de nuevo, me vino repentinamente a la memoria mi primer vuelo para Air India, el hormigueo en el estómago cuando el aparato despegó del suelo. Entonces, sentí que por fin había encontrado la verdadera llamada al propósito de mi vida.

—Y se te da bien. Doy fe de ello.

Ella continuó describiendo su trabajo como infiltrada. Pero en un momento dado, desde la cama, alzó la cabeza y vio a David dormido apaciblemente en el suelo bajo las aspas del ventilador de techo.

32

Era ya avanzada la madrugada cuando Karuna se despertó. Sintió un bulto a su lado. Se alegró de que David se hubiera tumbado en la cama.

Se dio la vuelta boca arriba para mirar el rostro de David cuando vio tres sombras a los pies de la cama. Uno de ellos murmuró algo que no pudo entender.

Karuna puso la mano sobre el cuerpo de David para despertarlo, pero al darse cuenta de que era una almohada se levantó de un salto y soltó un grito, pegando su espalda contra el cabecero de la cama.

Salmaan levantó una pistola, pero antes de que pudiera disparar, David apareció desde un rincón oscuro de la habitación y efectuó tres disparos.

La primera bala le dio a Salmaan en el cuello, le seccionó la médula al salir y murió de manera instantánea. Las otras dos balas impactaron en las cabezas de sus acompañantes, que cayeron al suelo como si hubieran estado sujetos con hilos y estos se hubieran cortado.

Karuna encendió la luz. Su rostro estaba salpicado de sangre. Además, en la cama y en la pared posterior había más sangre, restos de vísceras, piel y huesos. Se quedó boquiabierta en estado de shock.

Sin vacilar, David se guardó la pistola en el cinto.

—Karuna, tranquila. Todo está bien. Alertaron a confidentes de que viajábamos desde Kerala con un Mercedes. Alguien nos vio en el restaurante de carretera y se lo contó a estos tres. Uno de ellos era el jefe, Salmaan. Todo ha terminado.

Ella lo miró fijamente e intentó golpearle.

—Lo habías planeado, desgraciado.

David la miró como si acabara de soltar una obviedad. Le dolía la acusación, pero lo cierto es que no podía rebatírselo.

Rompió a llorar en el hombro de David. Él la ayudó a salir de la cama y la llevó al cuarto de baño.

—Date una ducha. Relájate.

—Lo tenías planeado —repitió. Las lágrimas empezaron a anegarle los ojos y surcarle las mejillas—. Pusiste las almohadas porque sabías que vendrían. Me has utilizado como cebo.

David encendió la luz del baño.

—Tranquila —susurró.

—No, no estoy tranquila —gritó ella dando un portazo.

El tono de voz sonó demasiado violento, pero David no tenía más remedio que admirar la energía de la mujer.

—En una hora estaré de vuelta —dijo él desde el otro lado de la puerta.

David quitó las fundas de las almohadas e hizo vendajes en las heridas de bala en la cabeza a los tres para que no gotearan. Salió al pasillo. Por el ruido de las detonaciones supuso que al gerente del hostal lo habrían asesinado, de lo contrario ya habría subido para averiguar qué había sucedido.

Bajó a recepción. Sus sospechas se vieron resueltas cuando vio al hombre muerto detrás del mostrador.

Encontró una habitación habilitada como trastero donde estaban los utensilios de limpieza. Llenó un cubo de agua en un grifo. Se llevó paños de limpieza, un espray y un bote de lejía.

Limpió como pudo la habitación. Metió en bolsas de basura todo lo que había utilizado. Luego cargó a Salmaan sobre los hombros. Cuando fue a meterlo en el maletero del Mercedes vio la mochila de Bambi llena de rupias. La puso en el asiento delantero. Luego uno a uno metió los cadáveres en el coche. También las bolsas de basura.

Condujo el vehículo hasta un puente. Estacionó en un espacio sin la barrera de cemento. No solo se tenía que deshacer de los cadáveres sino también del Mercedes. Un equipo de laboratorio sería capaz de descubrir huellas dactilares de él y de Karuna. Se quedó un tiempo observando alrededor.

Pasó un camión y luego otro. Aún era de noche. Pronto amanecería. Bajó todas las ventanillas, dejó el coche en punto muerto y lo empujó desde atrás. Pero el Mercedes era más pesado de lo que parecía, y había una ligera pendiente, por lo que tardó varios segundos en conseguir moverlo por el resbaladizo suelo. Con un atronador ruido el morro cayó sobre el río, haciendo salpicar el agua en todas direcciones.

David se quedó de pie con la mochila de Bambi en las manos viendo desde lo alto cómo se mantenía a flote el Mercedes por un tiempo hasta que poco a poco la parte trasera de la carrocería se elevó de golpe y se fue hundiendo.

33

Por la mañana temprano entraron en el estado de Delhi.

David conducía un Hyundai i20 Active plateado que había robado tras haberse deshecho del Mercedes.

Desde lo sucedido en el hostal, Karuna se mantenía callada. Aún procesaba el espectáculo que había presenciado.

Él sintió la necesidad de hablar sobre lo sucedido. Los dos funcionaban en dos mundos distintos, mientras él sobrevivía en el submundo del crimen organizado, ella era una infiltrada agente de inteligencia del gobierno indio.

—Quiero que sepas que te admiro por tu inteligencia, tu coraje y tus agallas.

Karuna se reclinó en el asiento, asimilando el comentario.

—No me vengas con adulaciones, por favor. No soy una niña. Los dos vemos un mundo a través de prismas diferentes, David. El tuyo es muy difícil alcanzar a comprenderlo.

—Karuna, en el oficio en el que trabajas la retrospección da una visión perfecta.

—Ah, ¿sí? ¿Qué se supone que debo haber aprendido al ver frente a mí a tres hombres con los sesos reventados? ¿Qué lección hay en haber sido convertida en cebo por tu propio amigo para atraer a tres matones? Mi trabajo no funciona así.

—Así son las cosas.

Ella carraspeó.

—Muy caballeroso por tu parte.

David aminoró la velocidad.

Paró en la cuneta y se volvió hacia ella.

—Llámalo como quieras —replicó él—. Se aprende a estar en alerta y se sigue adelante. Sobrevives actuando siempre de forma impredecible y al no seguir ningún método preestablecido. En el mundo de los espías los amigos no existen.

Karuna puso una expresión cínica.

—¿Ah, no?

—Hay enemigos y personas que pueden convertirse en adversarios. Todos son seres humanos y ninguno de ellos son perfectos. De hecho, todo es imperfecto por definición.

David puso la mirada perdida al frente, más allá del campo de cultivo que tenían al lado. Un montón de imágenes se agolparon en su mente, demasiadas, que jamás olvidaría por mucho que se lo propusiera.

Karuna frunció el ceño, intentando leer entre líneas aquel comentario.

—¿Y quién soy yo para ti? —preguntó ella con expresión seria mirándole de hito en hito. Hizo una pausa—. ¿Una mujer predispuesta a meterte un tiro en el momento más imprevisto?

Él extendió las manos.

—Una agente de inteligencia que está perfeccionando las habilidades personales que se deben tener en esta profesión o, de lo contrario, no sobrevivirá.

—Creo que eres algo injusto —repuso Karuna.

—A estas alturas deberías saber que la justicia no tiene nada que ver con este tipo de trabajo —le espetó David.

—¿Eres así con todas las personas con las que trabajas? —ironizó Karuna.

—Hay que evitar sentir apego por nadie —observó David en tono conciliador—. Esto bien lo deberías saber. Como también que es mejor pasar al siguiente objetivo después de dejar atrás rápidamente el último. No quiero saber tu verdadero nombre, ni me importa. Quizá lo único de verdad que me has contado es que fuiste azafata de vuelo. Lo demás te lo has inventado.

Ella se quedó azorada.

Él volvió a poner el coche en marcha.

Karuna se limitó a dar vueltas a sus palabras. Ahora no tenía dudas de que David Ribas había matado a incontables personas como para que tuviera una reacción tan calmada. Había visto cómo ejecutaba a aquellos tres tipos con la precisión de un cirujano.

Se dirigieron a Chandni Chowk, situado en la vieja Delhi. Se encontraron en un atasco. Era el tráfico de la hora punta, pero consiguieron ir avanzando poco a poco.

Después de haber pasado tanto tiempo en el sur de la India, donde el aire es más limpio, la capital abrumaba al recién llegado: el ruido era agobiante, la polución asfixiante y el caos de gente y tráfico causaba una sensación insoportable.

Karuna veía el paisaje urbano desde la ventana. Los viandantes caminaban con sus bolsas de compra por delante a veces entre empujones, maldiciones y gruñidos.

Se toparon con una manifestación con centenares de personas que bloqueaba la carretera ondeando sus pancartas y enarbolando banderas. La marcha acentuaba el estruendo de los cláxones. Los altavoces lanzaban eslóganes en hindi alabando a un Dios y a la honradez y valentía de cierto político de aquel barrio. Curiosos ciudadanos los vitoreaban a su paso. La serpiente humana se fue arrastrando hasta la siguiente calle y la circulación de los vehículos se fue haciendo más liviana.

Recibieron una llamada de Arvind.

—He hablado con el director de seguridad, Peter Thompson —les informó—. Quiere que nos reunamos con él. Como no sabemos cuántas personas están implicadas, no conviene que entréis como visitantes, ya que quien quiera que esté infiltrado vigilará los movimientos de Peter dentro de la embajada. Yo lo haré con mis credenciales de la RAW. Karuna no lo puede hacer conmigo al ostentar yo un cargo superior y tendría que dar explicaciones de su presencia, y a ti, David, harían un reconocimiento facial en la entrada averiguando tu pasado y despertando las alarmas. Te meterían preso e incomunicado. Entonces solo cabe una posibilidad, entrar por el ala destinada al servicio. Pero ahí Peter no podría dar vuestros nombres personalmente sin levantar sospechas.

—Déjame encargarme sobre cómo entramos en la embajada —dijo David—. Tú encargarte de que él esté pendiente de nuestra presencia.

—Pero ¿cómo vais a entrar?

—Yo me ocupo de ello.

—¿Qué sabes del embajador Musaid bin Salman? —preguntó Karuna.

—Hemos hecho nuestras averiguaciones en la embajada de Arabia Saudita. Todo sigue con normalidad. Si lo han suplantado lo han hecho de una manera muy profesional y con muchas personas participando en la conspiración. Faltan pocas horas para el inicio del evento. Dura todo el día. Y según el programa, el embajador saudí y otros tantos invitados VIP estarán lo más cerca del presidente solo por la tarde. Os deseo suerte.

Una vez dentro de Chandi Chowk, David se metió por una serie de calles muy estrechas hasta llegar a una solitaria tienda de joyas artificiales, baratijas de mercadillo y demás artículos de decoración típicos de la India como recuerdos para turistas, todo una perfecta tapadera que ocultaba su verdadero negocio: el contrabando de piedras preciosas, especialmente diamantes, pero también oro y cambio de divisas.

David tocó el claxon tres veces, marcando diferentes tonos. Un hombre se asomó por la ventana. Enseguida se abrió la puerta metálica del garaje anexa a la tienda y David entró dentro el coche. De nuevo la puerta se fue cerrando.

Se encendieron las luces de los tubos fluorescentes del techo.

Un hombre apareció. Se llamaba Karan, confidente de confianza de Hassena. En un pasado había ayudado a David durante una anterior estancia en Delhi. Era fibroso, siempre solía vestir con pantalón vaquero y camiseta de tirantes blanca, dejando a la vista sus tatuajes, cobras, escorpiones, palabras en sánscrito y cuchillos. Era calvo y en la parte posterior de su cabeza llevaba un elefante tatuado que le cubría el cogote.

Después de saludarle, David le presentó a Karuna. Los tres fueron al interior de la tienda. Bajaron por unos escalones de metal

y accedieron a un sótano con el suelo de cemento sólido. Karan accionó el interruptor y tres tubos fluorescentes se encendieron.

Karan había sido informado previamente de su llegada por Hassena. Les preparó té y les ofreció unas galletas mientras escuchaba a David sobre lo sucedido.

—Puedo poneros como empleados de la empresa de eventos encargada de proveer a la embajada de los músicos locales, el césped artificial, carpas y demás. El *catering* lo realizan los propios americanos. Esa embajada es como una ciudad. Tienen dentro hasta su propio supermercado, con productos libres de impuestos, como si fuera un *duty free*.

—Perfecto.

—Solo haría falta una llamada —señaló a los dos—. ¿Iréis juntos?

David movió de un lado a otro la cabeza.

—Te acompañaré a la embajada —dijo de repente Karuna.

David exhaló un suspiro. Se la quedó mirando un instante antes de preguntar.

—¿Estás segura?

Karuna miró a David con un atisbo de sonrisa.

—Los tíos somos más bravos —comentó Karan—, pero las mujeres tienen visión de equipo. Y eso siempre está bien.

—Me cuesta creer que te pongas de su lado —repuso David.

Karan sonrió y levantó las manos en acto de rendición.

—Me declaro neutral.

Karuna sonrió. Se giró hacia David, y dijo:

—No me lo vuelvas a preguntar, porque a lo mejor cambio de respuesta.

Karan hizo la llamada.

Luego informó a David de que los empleados de la empresa de eventos ya habían salido. Sin embargo, dijo que un conocido que tenía una empresa de alquiler de autobuses de lujo, iba a llevar a un grupo de bailarines y actores de cine a la embajada, ya que tenían un espectáculo programado dedicado al cine indio.

Karan les dijo el punto de encuentro donde les recogerían. Consultó la hora en el reloj Ajanta que colgaba de la pared.

—Tenéis que salir ya.

—Cogeremos un autorickshaw.

Karan les acompañó al exterior y llamó a un conductor de confianza. El autorickshaw llegó enseguida. Karuna y David tomaron asiento. Karan le dijo al conductor dónde les tenía que dejar. Antes de despedirse, se inclinó y dijo a David:

—Si agredes a alguien dentro de la embajada y a pocos metros del presidente, el servicio de seguridad norteamericano te matará. No vacilarán un segundo: ni siquiera comprobarán quién eres. Lo sabes, ¿verdad?

—Correré ese riesgo.

—Será muy peligroso, David.

Poniéndose en marcha el autorickshaw, él repuso con un tono mesurado asomando por el exterior la cabeza:

—¿Qué otra novedad hay?

34

Llegaron al punto de encuentro del que Karan les había informado, frente al McDonald´s de Connaught Place. No tardó en recogerles un autobús lleno de pasajeros, todos actores y bailarines.

Un hombre rechoncho vestido pulcramente con vestimenta tradicional india se levantó de su asiento nada más ver a David y fue a saludarlo. Era el productor de cine Raja Hirani que tan solo hacía unos días le había invitado a la fiesta en la casa flotante de Alleppey tras la finalización del rodaje.

David estaba sentado junto con Karuna cuando el productor apareció de pie frente a ellos y le dijo a David lo sorprendido que estaba de volver a verlo. Echó un rápido vistazo a su acompañante y la sonrisa que esbozó no dejaba lugar a duda del mal pensamiento que le vino a la cabeza sobre la relación que tuviera con David. Él se dio cuenta y presentó a Karuna como una amiga india escritora que estaba recabando información para un ensayo sobre el cine indio.

El productor ocupó un asiento opuesto y durante todo el trayecto no dejó de hablarles sobre la historia del cine de la India y la repercusión social que tenía en los espectadores. Ellos dos no tuvieron otra opción que aguantar estoicamente su verborrea.

Aunque el índice de criminalidad en la capital de la India era elevado, el número de crímenes cerca de las embajadas extranjeras, y en particular alrededor de la de los Estados Unidos, era prácticamente nulo.

La vigilancia era extrema en la calle de Panchsheel Marg y aledaños a Shantipath. El perímetro de seguridad alrededor de la embajada era denso y funcionaba a distintos niveles. Habían colocado barreras de hormigón para evitar que un coche bomba pudiera acercarse lo más mínimo. Incluso había drones sobrevolando el entorno. Y algunos soldados norteamericanos dentro del recinto portaban extraños y modernos inhibidores portátiles de señales antidrones para contrarrestar las amenazas aéreas, que se asemejaban a una ametralladora agrandada, con un peso entre siete y ocho kilos y un metro de largo, similares a armas futuristas.

La embajada parecía estar encajonada entre diversos edificios de la misma altura. En el exterior no había estacionamientos asignados para vehículos y la policía india y miembros de La Fuerza Central de Seguridad Industrial (CISF), que daban protección al cuerpo diplomático de la zona, ni siquiera permitían que las personas estacionaran junto a la acera para dejar a sus familiares.

El programa era muy apretado desde la llegada del Air Force One aquella mañana temprano al Aeropuerto Internacional Indira Gandhi y el desplazamiento del presidente norteamericano a Rashtrapati Bhavan, la residencia oficial del presidente de la India, donde iba a ser agasajado por su homólogo indio. Poco después sería acompañado por el primer ministro a visitar el monumento conmemorativo en recuerdo del líder hindú Mahatma Gandhi, llamado Raj Ghat, donde el mandatario americano dejaría un ramo de flores y firmaría en el libro de visitas.

Sin embargo, paralelamente, los eventos en la embajada estadounidense comenzaban a las diez de la mañana y se prolongarían a lo largo del día, hasta su culminación a las cinco y media de la tarde. Luego, antes de dirigirse al aeropuerto, el presidente norteamericano tenía previsto reunirse de nuevo con el primer ministro indio en su residencia oficial en Lok Kalyan Marg.

Tras la reunión con el presidente indio, el norteamericano se desplazaría a la embajada al mediodía para la ceremonia que le tenían preparada, e intervendría el embajador americano. A partir de ahí, los invitados se dividirían en grupos más reducidos para asistir a distintos espectáculos y reuniones como la que tenía programada la

cámara de comercio americana, donde exhibirían todos los productos que el país norteamericano exportaba a la India.

Habría diversos espectáculos culturales y la comida sería un bufet con todo tipo de gastronomía americana, desde hamburguesas a carne asada, y un surtido impresionante de postres dulces: *pancakes*, helados, galletas, donuts, *brownies* de chocolate y tartas de zanahoria, frambuesa y manzana. No se serviría alcohol, solo refrescos y agua mineral.

Tras un exhaustivo registro del vehículo y las credenciales adecuadas de cada uno de los hombres y mujeres sentados en el interior, dejaron entrar al autobús a un área reservada. Frente a ellos los pasajeros de un microbús sacaban instrumentos musicales del maletero; eran un grupo itinerante de músicos tradicionales rajastaníes que tenían programada la actuación para las tres de la tarde.

Tras bajar todos del autobús, de nuevo tuvieron que pasar otro control de seguridad, similar al de los aeropuertos: uno a uno tuvieron que vaciar sus bolsillos y descalzarse, ponerlo todo en una bandeja y caminar bajo arcos detectores de metales. Aparatos electrónicos como relojes inteligentes, *smartwaches* o teléfonos móviles estaban prohibidos dentro de la embajada y, por lo tanto, tenían que depositarlos en casilleros. Después, con las manos levantadas, les realizaron un registro más.

Raja Hirani continuaba sin despegarse de David y Karuna, explayándose sobre sus contactos en la industria de Bollywood. Les explicó que él ocupaba un puesto importante en la asociación de productores indios de Bombay y que, si querían visitar estudios de grabación o incluso conocer a cierta estrella de Bollywood, se pusieran en contacto con él.

Un grupo de funcionarios americanos encargados del protocolo los acompañó al área asignada, donde se cambiarían, maquillarían y ensayarían antes de la función musical y de baile.

Un hombre con uniforme militar, de pelo canoso y cortado al rape de los Marine Security Guards (MSGs), el Cuerpo de Infantería de Marina, es decir, soldados de rango de especialista E-4, encargados de la protección de la embajada, les hizo un gesto a dos subalternos

y estos sacaron con discreción a Karuna y a David del grupo. El productor de cine, haciéndose a un lado con un respingo, se quedó boquiabierto viéndolos marchar.

Les hicieron esperar en una pequeña habitación. Había un cristal opaco en la pared, donde desde el otro lado les monitorizaban; unos sillones y un televisor de pantalla plana que retrasmitía un documental educativo.

Los dos sabían que habría hombres armados al otro lado de la puerta y que estaban siendo vigilados por cámaras de seguridad. Lo único que podían hacer era armarse de paciencia y esperar.

—El asunto que nos trae es crucial y aquí estamos, impotentes, sin hacer nada —refunfuñó Karuna.

—Al fin y al cabo, el mundo es un lugar complicado —dijo David —, y Estados Unidos, como única superpotencia, está en el meollo de todas las complicaciones internacionales. Estarán investigando en qué pruebas se sustenta la amenaza que ya les habrá hecho saber Arvind.

La espera cumplió dos horas. En la pantalla habían visto la retrasmisión del presidente hablando frente a los funcionarios de la embajada. Después todos se dirigieron al comedor.

Karuna vio la hora en el moderno reloj electrónico de la pared.

—Arvind ha debido de estar ingeniándoselas para llegar personalmente al director de seguridad sin llamar la atención.

La puerta se abrió y fueron llevados a una pequeña sala de reuniones en la que estaba esperando el agente indio junto con el director del servicio de seguridad de la embajada, Peter Thompson.

Arvind se alegró de verlos.

Peter se presentó. Era un hombre trajeado con el pelo corto entrecano, metro noventa. Como experto en seguridad, estaba en todo momento en alerta, evaluando los riesgos existentes a su alrededor, como si identificara posibles amenazas y vulnerabilidades. Lanzó una mirada inquisitoria a David, , lo que quería decir que ya le había investigado durante el tiempo de espera.

—Tiene usted agallas para presentarse aquí —masculló Peter—. Posee unas credenciales que intimidarían a cualquiera.

Por cada crisis nacional que había sobrellevado a lo largo de los años, el director del servicio de seguridad parecía lucir una arruga de preocupación en su rostro de cincuenta y cuatro años, pero con aspecto de quince años más. Se había prometido desde el inicio de la firma de su contrato que ningún presidente moriría bajo su tutela.

Lucía una espalda ancha y se conservaba muy en forma. Parecía mantener la fuerza de la juventud. Así David lo sintió cuando estrechó su mano. A ese nivel o más debían de mantenerse los demás miembros de seguridad.

Tomaron asiento. Peter se mantuvo erguido, como si de un momento a otro fuera a saltar encima de alguien. Se ajustó el nudo de la corbata y luego los gemelos.

—Decidme.

En ningún momento parpadeó mientras escuchaba la narración de los hechos que Arvind de nuevo le exponía.

—Confiamos en que el presidente haya cancelado su aparición de esta tarde —dijo al fin el agente de la RAW.

—No, de hecho, la ha adelantado.

Arvind se repantingó.

—¿Cómo es posible? Después de lo que le he expuesto.

Peter exhaló un suspiro.

—El presidente quiere estar de vuelta mañana en Las Vegas para la final de la UFC.

Karuna intervino.

—Pero el peligro de que haya un atentado…

—Todos los puntos de riesgo ante un posible peligro por la vida del presidente han sido estudiados y están cubiertos —le interrumpió Peter—. No existe brecha alguna en nuestra seguridad. Ahora mismo podemos decir que no existe la remota posibilidad de que una persona esté mejor protegida en este mundo. Esta alarma que me dicen ustedes puede ser una cortina de humo que ha debido de surgir de alguna agencia de inteligencia para empañar las relaciones bilaterales entre Arabia Saudita y los Estados Unidos. En los medios de comunicación ya habéis podido ver y leer a los críticos hablando mal de la venta de nuestros cazas F-35 a los árabes, que les podría dar la capacidad de realizar ataques en Irán de una manera muy

precisa. Pero de ahí a matar al presidente… Del dicho al hecho hay un trecho.

—Pero, el embajador…

—El embajador saudí no puede ser sino él mismo. Desde que el señor Arvind nos comunicó la posibilidad de que fuera un doble, hemos realizado un estudio de su rostro por inteligencia artificial en base a las imágenes captadas por las cámaras de seguridad. No hay duda alguna. Él no es un asesino.

—Pero es cierto, Peter —dijo Arvind de forma categórica.

—No hemos recibido ninguna alerta de la CIA u otros departamentos. No puedo hacer nada al respecto sin pruebas. Los hechos son mejores que la retórica. ¿En qué me basaría para cancelar el evento y causar un malestar entre los invitados? ¿Que el embajador de Arabia Saudita no es él sino un impostor? ¿Qué pruebas hay para que yo pueda reforzar mi acusación? ¿Os basáis en la palabra de un traficante de drogas con el tan ridículo nombre de Bambi?

—Pero te he expuesto nuestra investigación en la conversación privada que he mantenido contigo, Peter. Ese hombre y sus actividades estaban siendo vigiladas por nuestra agencia gracias sobre todo a nuestra agente infiltrada —señaló a Karuna—. Está confirmada su relación con personas de Arabia Saudita…

—Arvind, no puede ser. De verdad. ¿Habéis visto el control de seguridad al que os hemos sometido a vosotros? Nadie podría meter un arma entre sus ropas y dudo que el embajador saudí sea un asesino experto en matar con sus manos vacías.

David habló.

—El arma ya está dentro.

Peter se giró y miró a David a los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Lo más probable es que haya un infiltrado dando cobertura al asesino.

Peter se reclinó con expresión dubitativa. Luego hizo una mueca, como si estuviera aguantando el aire de los pulmones. Una vena en la sien se le hinchó.

—¿Un infiltrado? —bramó el director de seguridad—. ¿Está insinuando usted que hay un topo entre nosotros? Nunca ha habido un agente traidor.

—Pues este es el precedente —aseveró David con tono más tranquilo.

35

Peter se levantó sin vacilación. Dijo:

—Acompañadme.

Karuna, Arvind y David le siguieron.

Fueron por un pasillo corto hasta girar hacia la derecha. Peter empujó una puerta que anunciaba: «SOLO PERSONAL AUTORIZADO». Accedieron a otro pasillo. Luego pasaron por un control de seguridad custodiado por soldados y, tras caminar por un pasillo corto, llegaron a una puerta que ponía «ROOM 4». Llamó con suavidad y alzó la mirada hacia la cámara de seguridad. Sonó un chasquido y la puerta se abrió.

Entraron en la sala de vigilancia llena de monitores y empleados frente a ordenadores con pantalla plana.

Peter se situó frente a la pantalla central.

—Quien hubiera planeado el supuesto atentado que me habéis hecho saber habría invertido millones de dólares —comentó mirando a sus tres acompañantes—. Deberían ser muy poderosos, tanto como para poder sobornar a un agente del servicio secreto que está ahí dentro. Lo pongo en duda.

Puso la mano sobre el hombro de un agente operador.

—¿Señor? —preguntó él.

—Muéstrame a los agentes en el interior de la sala de eventos del ala oeste del complejo.

El joven informático tecleó rápidamente en su consola. Se ajustó los auriculares con rostro de sorpresa.

—Señor, estamos ante un escenario catastrófico.

—¿Qué quieres decir?

—Han bloqueado la señal de comunicación interna.

—¿Cómo es posible? Nadie puede hacer eso.

Otros compañeros, incrédulos al oír aquello, se acercaron. Le dieron instrucciones al informático para que accediera por otro canal, pero resultaba infructuoso el esfuerzo.

—Señor, solo podemos ver las imágenes. Alguien ha bloqueado la red con nuestros propios códigos.

—Mis hombres se preguntarán por qué no me comunico con ellos. Entonces es evidente que se trata de una conspiración a gran escala.

—Quien quiera que sea el topo, tiene acceso de alto nivel —añadió Arvind.

—Tenemos que actuar, ya —dijo David dando un paso adelante.

Peter tragó saliva. El talón de Aquiles de la seguridad del presidente había estado en el mismo grupo de hombres selectos encargados de su vida.

—Tengo comunicación con John en el Ala Central —dijo el informático.

Le tendió el auricular a Peter.

—John, soy Peter. Dime algo.

En la pantalla central vieron al agente tocarse la oreja y girar la cabeza hacia el pinganillo.

—Debido al corte de comunicación, he tomado la precaución de aislar al presidente en el Ala Oeste.

Todos vieron la sala de ceremonias en una de las pantallas de la pared. El presidente se encontraba charlando alegremente con un grupo de personas. Cuatro miembros de seguridad estaban colocados a su alrededor en forma de diamante, la táctica de manual de los servicios secretos de Estados Unidos.

—¿Y los invitados?

—Al cuerpo diplomático extranjero en el Ala Roja.

—¿Y quiénes son los que están con él?

—Los dignatarios extranjeros más importantes.

—¿Cuántos son?

—Unas cincuenta personas aproximadamente.

—Por Dios, es él de quien sospechamos —dijo Arvind señalando a la pantalla nada más reconocerlo.

—Ponerlos a todos en la misma sala ha sido un error descomunal —murmuró Karuna.

Peter se sobresaltó mirando de hito en hito al agente indio.

—Joder…

—¿Quiere que entre y saque al presidente, señor? —preguntó John.

Peter dudó un instante.

Arvind intervino.

—Peter, el asesino que suplanta al embajador saudí, a la menor sospecha de que haya sido descubierto, abrirá fuego contra el presidente o el resto de personas que haya a su alrededor, causando una matanza. Porque, evidentemente, está aquí para morir matando.

El jefe de seguridad lo escuchó y asintió dispuesto a ahondar en esa dirección.

—No, John. Mantente fuera. No entres.

—Copio, señor. Me mantengo a sus órdenes.

Peter se giró.

—Si entra alguien de nosotros, nos descubrirá —replicó él con sequedad—. Porque sabrá de inmediato que hemos activado el protocolo de protección.

—Y se puede convertir en un baño de sangre —aventuró otro agente.

—Entraré yo disfrazado de camarero, localizaré a ese embajador saudí y lo mataré —aseveró Peter, firme en su decisión—. Mis hombres me respaldarán.

David dio un paso al frente.

—Ni hablar. Ese hombre habrá sido entrenado, conocerá al personal de seguridad, quien es quién. Cuando te reconozca y te vea disfrazado, se liará a tiros.

Todos se giraron y pusieron sus miradas en David.

—David tiene razón —convino Arvind—. Resultaría más delicado, complicado y peligroso que yendo una persona a la que nunca ha

visto antes.

—Entraré yo, entonces —dijo David. A mí no me conoce ni el embajador ni vuestro topo. Por mucho entrenamiento que hayan tenido sobre quién es quién en el cuerpo de seguridad no sabrán quién soy yo.

Peter observó a David con severidad. Los dos intercambiaron una larga mirada. David tuvo la impresión de que Peter intentaba calibrar las posibilidades de que pudiera salvar al presidente.

—¿Eres capaz de disparar al asesino bajo tanta presión, rodeado de gente?

—Sí.

—¿Y cómo identificarás al traidor entre el servicio secreto?

—Me fiaré de mi instinto.

—¿Alguna vez te ha fallado?

—Me ha hecho llegar aquí, y no pienso defraudarle.

—Eres un tipo raro. ¿Sabes que lo más probable es que acabes tiroteado ahí dentro?

—Correré ese riesgo.

—No hay necesidad de volverse paranoico.

—Mi paranoia no conoce límites.

Lo cierto, pensó Peter, mandar a un asesino a cazar a otro asesino tenía su lógica.

36

Peter ordenó que llevaran un uniforme de catering y una bandeja con canapés. Consultó la hora. Echó una mirada de reojo al español. No mostraba que estuviera en absoluto nada nervioso. Había leído su expediente, recibido del Regional Security Office (RSO), antes de reunirse con él. Si no estaba nada nervioso es que nunca solía estarlo, porque no era una persona normal, y este trabajo requería mucha agilidad y nervios de acero por parte de una persona extraordinaria.

«Y esta, en verdad, es una acción extraordinaria que exige una justificación extraordinaria: hacer uso de un hombre como David Ribas con un pasado de asesino profesional que le ha dado una claridad de acción». Leyó también de él que tenía fama en la India de actuar con una tremenda mezcla explosiva de implacabilidad y pasión hacia sus adversarios.

En el informe detallaba cuál había sido el catalizador que le había forzado a quedarse en la India y a arriesgar su vida haciendo lo que estaba haciendo: su mujer asesinada en el hotel Taj Mahal & Palace de Bombay durante un ataque terrorista.

El director de los servicios secretos continuaba analizando la situación cuando Karuna se giró hacia David y dijo en voz alta:

—Puede que el tal Musaid bin Salman cuente con un plan B. Ya que hay mucho en juego.

—Es verdad —afirmó Arvind—. Tienes mucha razón.

Peter dio un respingo al darse cuenta de aquella obviedad. En verdad, sentía que aquella situación le superaba. Si por él fuera, entraba a aquella sala de inmediato, pistola en mano, se pondría frente al saudí a escasos metros y le bastaría con un ligero movimiento de dedo para matarle con un tercer ojo entre los dos, acabando de una vez para siempre con la amenaza. Pero esta se había duplicado.

Y ahora había dado su aprobación para que un tipo que apenas conocía entrara armado en una habitación donde estaba su presidente para matar a un asesino y luego salir airoso de la escena para poder matar al siguiente objetivo, el traidor.

—No podemos descartar esa posibilidad —concluyó Peter—. Porque no ha podido entrar con un arma. Es nuestro traidor, el topo, quien se la ha proporcionado una vez dentro de la embajada. Indudablemente el asesino tiene una 9 mm.

—Entonces, calculemos que son dos los asesinos que hay dentro —reflexionó Arvind—. Plan A: el embajador saudí. Plan B: el agente secreto.

Trajeron la ropa de camarero y le dieron un chaleco antibalas. David se cambió de ropa rápidamente.

—Si falla usted, el presidente muere —dijo Peter.

—No fallaré. Él sobrevivirá. Doy mi palabra.

Un agente informático tomó la palabra.

—Pero si no podemos alertar de nuestro plan a nuestros hombres, cuando le vean a este señor sacar el arma le dispararán desde todos los flancos.

Todos miraron de hito en hito a David durante un instante.

—¿Se siente usted capaz de correr ese riesgo? —preguntó Peter.

—Sí.

—Es muy probable que uno de mis hombres le dispare —dijo Peter dando un golpe con la palma de la mano al pecho de David cubierto con chaleco de Kevler—, así pues, ojalá esto sirva para prevenir…

—Creía que disparaban a la cabeza si consideran una amenaza.

—Así es, pero al menos… Por cierto, no tendrá forma de comunicarse con nosotros, porque no puede llevar pinganillo. Tan

pronto saque el arma, entraré yo para dar la orden a mis hombres de no dispararle.

David era consciente de que eso no podría ser. Aquello solo sucedía en las películas, cuando el héroe es salvado en el último instante. La mayoría de la gente en este mundo moría sin hacer ruido. Las personas dejaban de respirar, borboteaban, se retorcían y fallecían en silencio: carecían de una secuencia de muerte melodramática. Pero es que David Ribas no pertenecía al grupo de la mayoría. Él sería un hombre muerto desde el momento en que entrara en la sala de ceremonias.

David se ciñó el chaleco y luego la americana. Peter le tendió una pistola Glock. David la examinó como un profesional, se la colocó en el cinto, dispuesta a sacarla y disparar de inmediato. Luego le miró a los ojos. El norteamericano le dedicó un asentimiento de cabeza. Fue apenas una ligera inclinación de apoyo y aprecio por lo que David estaba dispuesto a realizar.

—Este uniforme es para un hombre más corpulento, pero así el bulto de la pistola no llamará la atención.

Antes de irse dio la mano a Peter, a Arvind y cuando fue a acercarse a Karuna, ella le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Me imagino que no nos veremos por un tiempo —susurró Karuna.

—Así es —repuso David.

Antes de que él se moviera, ella lo abrazó con fuerza.

Ambos sabían que él se acercaba a un punto sin retorno.

David se mostró vacilante, pero al final le devolvió el abrazo. Después, Karuna se separó de él, le dio un puñetazo simpático en el hombro, y sonrió.

—Quiero decirte que fue un placer conocerte… —Su voz se apagó.

—Lo mismo digo. Cuídate.

David salió de la sala.

Karuna se quedó ahí de pie con la mirada perdida preguntándose si sería la última vez que le vería. «Sí, seguramente sí».

Peter empalideció viendo marchar a David tan tranquilo, como si aquello fuera tan recurrente en su vida diaria. Iba a ser un exagente

operativo español quien salvara a su presidente. Tenía toda su fe puesta en él.

Cuando se marchó, todos se quedaron mirando la pantalla central que proyectaba las imágenes de la sala de ceremonias.

37

Peter habló con el agente John por el micrófono informándole de que el camarero que iba a ir en su dirección era un agente infiltrado y que lo dejaran acceder a la sala de ceremonias. Luego alzó el brazo hacia la pantalla central y señaló a los agentes que había dentro.

—Se han percatado de que algo inusual estaba sucediendo. Por este motivo han formado una pared alrededor del presidente. —Se giró hacia Arvind, y dijo—: Si David fracasa en evitar el atentado, aquella sala será recordada como el lugar donde un presidente de los Estados Unidos fue asesinado.

—No fracasará —dijo Karuna de forma imperiosa—. Estoy convencida de que evitará el atentado.

Vieron cómo David caminaba por el pasillo sujetando la bandeja con aire decidido. Cruzó al agente John y a varios otros hombres con mirada penetrante y entró en la sala de ceremonias. La puerta se cerró a su espalda.

La decoración era fastuosa. En lo alto colgaba una enorme lámpara de araña de cristal. Las paredes eran acristaladas. David se preguntó por qué algunas ventanas estaban cubiertas con cortinas y otras no.

David caminó despacio observando a todas las personas mientras sostenía la bandeja con las dos manos. Había muchos indios, invitados VIP. La mayoría con traje y corbata, otros ataviados con

brillantes vestimentas tradicionales indias. Unos gordos, otros muy flacos, pero todos demasiado ricos.

Desde la sala de vigilancia vieron en la pantalla cómo se dirigía hacia el centro mientras escudriñaba la estancia con disimulo.

En una situación como la que se le presentaba, lo primero que debía hacer era calar al adversario. ¿Dónde estaba el príncipe? ¿Y quién sería el traidor de entre el servicio de seguridad? A este lo detectaría a través de su lenguaje corporal.

Algunos invitados mostraban expresiones ansiosas y murmuraban entre ellos lo inusual de estar reunidos en aquella parte de la embajada.

Un grupo lo mencionaba entre susurros.

—Es que no es lo habitual.

—No es nada raro, es que así está agendado el evento. Estarán preparando la otra sala para un discurso.

—Los bailes tradicionales han estado bien, ¿verdad que sí?

—A mí me han gustado.

—Yo he tomado muchas fotos y vídeos.

—Y yo he grabado contenido para mi cuenta de Instagram. ¿Vosotros me seguís?

David analizaba con suma tranquilidad cada rostro de las personas que entraban en su campo visual. Tenía la sensación de que alrededor todo sucedía más lento. Esto es lo que le otorgaban los años de experiencia, no solo como agente operativo, sino como asesino profesional en el submundo del crimen organizado de la India: una capacidad de observación excepcional. Observó al presidente rodeado de un muro de protección. Redujo el paso y fue mirando a derecha e izquierda.

David pudo apreciar que, a tenor del aspecto que mostraban los siete agentes de seguridad junto con el mandatario, daba la impresión de que algunos de ellos eran conscientes de que algo raro y fuera de lo normal estaba sucediendo. Evitó el contacto visual con ellos para que no lo calaran como una posible amenaza. Eran todos altos y musculados. Los bultos en sus chaquetas denotaban que iban armados. Los pinganillos y cables revelaban los sistemas de comunicación entre ellos.

Atisbando por encima de las espaldas de un grupo de invitados, vio al embajador saudí con aspecto relajado en un rincón. No parecía en absoluto padecer los síntomas de la cistitis que era conocida por el círculo personal del diplomático. Era alto, delgado, setenta y cinco kilos aproximadamente, vestido con la ropa tradicional saudí, una elegante prenda *bisht* blanca con bordes dorados. Pretendía mantener una conversación con dos personas, pero su atención estaba en otro sitio: observaba al presidente en medio del muro de los agentes.

A David no le cabía duda alguna, aquel hombre estudiaba la alineación de los guardaespaldas con cierto disimulo. Se aproximó con cuidado, aprovechando que un trajeado indio con chaqueta bordada dorada le pidió con un ademán de manos que se acercara. Cuando el hombre cogió un canapé y le dio la espalda de inmediato, David supo que aquel hombre no podía ser un diplomático saudí sino un experimentado asesino, porque estaba evaluando las claras líneas de tiro fácil que se le pudieran presentar si se acercaba lo suficiente al presidente.

David supo que era difícil acercarse al presidente y no pasar desapercibido. Si se aproximaba, los guardaespaldas pondrían su atención en él. Y si él sacaba la pistola, se abalanzarían sobre él de inmediato, dejando escasos segundos para que el tirador disparara al presidente.

Se quedó atrás, guardando las distancias, junto con los invitados arremolinados alrededor de las mesas. Pensó en su inevitable actuación: si efectuaba un disparo sembraría indudablemente el pánico, y la atención se centraría en la víctima. Entonces la gente gritaría, se echaría al suelo y correrían.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando alguien le llamó la atención a su espalda pidiendo un canapé. Cuando David se giró se encontró cara a cara con el productor de cine Raja Hirani. La cara del hombre manifestó toda una gama de emociones: sorpresa, asombro, perplejidad, con medias sonrisas intercaladas.

—Pero ¿qué haces tú disfrazado de este modo? —preguntó a voz en grito.

Al mismo tiempo, David vio el movimiento de ataque del saudí, sacando una pistola de entre su túnica.

Enseguida David le lanzó al productor la bandeja, que agarró por inercia con ambas manos.

—Arma —gritó David al tiempo que sacaba su pistola del interior de la chaqueta con una velocidad inusitada.

Los agentes agarraron al presidente al oír el grito.

David apuntó al saudí y disparó.

Raja Hirani, que no salía de su asombro, soltó de sus manos la bandeja: el ruido metálico al chocar contra el suelo de mármol se ahogó ante el estruendo de la detonación producido por la pistola.

La bala le alcanzó de lleno en la frente al falso embajador, que cayó hacia atrás contra la pared y luego fue deslizándose poco a poco hacia el suelo. En la pared, la otrora preciosa reproducción en tamaño gigante del famoso cuadro de la *Escena de la firma de la Constitución de los Estados Unidos* por Howard Chandler Christy, había quedado cubierta de tejidos corporales, huesos, materia gris y sangre. Ahí quedó sentado el asesino, paralizado.

Un agente secreto se abalanzó sobre David, con la intención de inmovilizarlo, pero él se echó hacia atrás esquivándolo. Entonces vio una extraña luz procedente de las ventanas.

Lo que decía el manual era que, aunque creyeran que la amenaza ya había pasado, jamás debían bajar la guardia porque el peligro podía seguir presente. Nunca desaparecería.

En un lugar del exterior, en lo alto de un tejado, sobre la azotea de un bloque anexo, a ciento veinte metros, un francotirador se arrodillaba y se colocaba un pinganillo. Era un soldado más del Cuerpo de Infantería de Marina. Después, deslizó la boca de un fusil M110 SASS por un orificio previamente hecho en las junturas de argamasa del muro. El arma llevaba puesto un supresor para reducir el sonido característico y la denotación de la boca. Se paró antes de llegar al final de agujero y de ese modo no ser visible. Alineó la mira a la perfección y esperó a que le dieran la señal, si el plan A fallaba.

Aunque aquella posición parecía restringir el ángulo de tiro, estaba concienzudamente planeada: el presidente sería llevado, por

insistencia del infiltrado en el servicio secreto, a la zona de las ventanas donde las cortinas no estaban echadas.

El francotirador tomó aire y relajó los músculos. Presionó el ojo contra la mira y el dedo contra el seguro del gatillo: estaba preparado para disparar.

El objetivo sobreviviría o moriría por los disparos si se retrasaba o se adelantaba una milésima de segundo.

Pero él era un francotirador profesional, conocido por sus reflejos extraordinarios y su puntería inmejorable. Y debido a esas cualidades, tras un proceso arduo de selección, había sido reclutado. No fallaría. Su actuación se desarrollaría según el plan establecido.

Sin duda, había tenido misiones más difíciles, rodeado de un ambiente más ruidoso y hostil. Por eso, su actual misión no suponía mayor complicación para un experto tirador de larga distancia.

Empezó a exhalar de forma espaciada para reducir la respiración y su ritmo cardiaco. De ese modo también limitaba el temblor en los dedos, parpadeos y sacudidas de la mano.

Se centró en la lente mientras se mantenía alerta a la señal que recibiera por el pinganillo.

Comenzó a enfocar al presidente.

Recibió la orden.

El tirador exhaló un largo suspiro y deslizó el dedo hacia el gatillo.

Efectuó el disparo.

Aquello se había convertido en un antes y un después en la vida del presidente de los Estados Unidos, y del nuevo orden mundial que poderes supranacionales querían implantar con el uso de la violencia.

38

David levantó la mirada y vio un puntero láser oscilando por las ropas de los agentes del servicio secreto, sin duda buscando el cuerpo del presidente. Era obvio el plan B, que estaba en el exterior con un francotirador apuntando con un rifle.

«Por eso las cortinas están corridas», pensó David. En unos segundos el cuerpo de seguridad procedería a detenerle vivo o muerto. Sin esperar ni un instante más, levantó la vista, apuntó hacia las ventanas y disparó una y dos veces. Durante ese instante, el francotirador hizo lo mismo, pero el disparo del rifle desvió la línea de fuego al haber hecho David antes añicos los cristales de la ventana, perdiéndose la trayectoria de la bala de 7,62 × 51 OTAN, que acabó alojada en algún punto de la pared.

Más tarde el director de seguridad Peter Thompson y el resto de los agentes secretos se reprendieron por no haberse fijado en las cortinas corridas. Sin duda, el traidor lo había predispuesto sin llamar la atención.

Los miembros de seguridad reaccionaron de inmediato: se llevaron al presidente fuera de la sala con tal rapidez que pareció que él no tocara el suelo.

Siguiendo el protocolo de emergencia sin más dilación, lo protegieron resguardándolo dentro de una cámara acorazada de la embajada, construida específicamente para situaciones extremas.

Mientras, otros agentes desenfundaron sus armas y se quedaron haciendo frente al ataque. Uno señaló hacia una ventana del

exterior, otro dio instrucciones por su pinganillo. Peter entró corriendo y ordenó gritando que no dispararan a David.

Los invitados corrieron a agruparse como una piña hacia un extremo de la sala. Otros se tiraron al suelo y hubo quien buscó refugio debajo de las mesas.

En la sala de vigilancia todos los presentes aplaudieron y gritaron de alegría al ver las imágenes proyectadas en la pantalla grande.

Arvind arropó a Karuna. Ambos eran conscientes de que el destino de David podía ser trágico de un momento a otro.

A continuación, David dirigió la mirada hacia el otro extremo de la sala. Escuchó gritos. La gente a su espalda corría a tropel, pero él se quedó quieto. Vio los extraños movimientos de un agente secreto en particular. Sus miradas coincidieron y hubo un mutuo destello de reconocimiento ante el peligro que tanto el uno como el otro se representaban.

Él iba vestido con traje como los demás y era de igual envergadura y físico musculado. David se dio cuenta de que tenía las pupilas dilatadas por efecto de la acción de ciertas sustancias químicas en su organismo con el propósito de templar los nervios, sin embotar los demás sentidos. Los terroristas suicidas se suministraban ciertos productos para calmar los nervios antes de detonar una carga explosiva. Como si hubiera sido alcanzado por un rayo, su mente se le encendió y supo enseguida que aquel era el traidor.

Antes de que el otro agente secreto al que había evitado hacía escasos segundos se abalanzara de nuevo sobre él y le intentara agarrar del brazo, David se echó hacia un lado y apuntó al traidor, pero este aprovechó aquel escaso segundo para salir corriendo por una puerta falsa detrás de una pared de la que colgaba un espejo grande con molduras doradas de estilo clásico.

Mientras tanto, en el edificio de enfrente, sobre la azotea, el francotirador vio desvanecerse su propósito de asesinar al presidente. Dejó el rifle y se propuso huir de inmediato.

David corrió tras el traidor. Al acceder por el pasillo tras la puerta falsa, escuchó los pasos que se alejaban corriendo. Él continuó hasta

llegar a unas escaleras. Saltó de dos en dos los escalones hasta alcanzar la azotea.

Fue acercándose muy despacio a la puerta y se sirvió del pie para abrirla. Accedió al exterior. Apuntó a todos lados.

Hubo focos y luces que oscilaban iluminando todos los edificios, tejados y azoteas de la embajada.

David vio a dos hombres juntos de pie, uno increpaba al otro. Se acercó a ellos con rapidez, pero con tremendo sigilo.

—¡Quietos! —gritó.

El francotirador sacó un arma, pero David fue más rápido y le disparó dos veces. La primera bala se le alojó en el corazón. El segundo disparo le alcanzó en plena cabeza.

—¡No dispares! —gritó el traidor con las manos levantadas.

Desde otro lugar estratégico les detectaron y los focos de luces les iluminaban.

De repente, un grupo de soldados irrumpieron en la azotea apuntándoles con sus rifles M4 con linterna táctica.

—¡Tira el arma al suelo! —gritó a David uno de ellos—. ¡Al suelo con los brazos extendidos!

David hizo lo que se le dijo.

El traidor se dio la vuelta y corrió a arrojarse al vacío. Antes de emprender el salto, desde otro tejado un francotirador le alcanzó con un tiro mortal. Por unos instantes pareció desplomarse, pero el cadáver rebasó el pretil y se precipitó al vacío.

39

David dio un respiro. Se encontraba en una habitación muy cómoda. Era como una sala de espera para visitantes importantes. Había una pantalla de televisión plana que proyectaba un documental sobre la diversidad geográfica y la fauna de los Estados Unidos. Le habían ofrecido un café, e incluso cena, que él había rechazado amablemente.

Todo había acabado. Se había salvado al presidente de los Estados Unidos. El servicio secreto se encargaría de la investigación interna en su personal y conseguirían obtener toda la información del entramado de la conspiración. Más tarde averiguaron cómo el francotirador había elegido su posición: semanas antes, fingiendo que hacían labores de mantenimiento en la azotea, hicieron unas junturas de argamasa en el muro con unos orificios en las juntas en puntos muy precisos para permitir meter el cañón del rifle y que el arma no fuera vista , como tampoco el tirador desde el exterior.

Más tarde descubrirían en el sótano de la embajada de Arabia Saudita el cuerpo del embajador Musaid bin Salman, mutilado a la manera del caso Khashoggi en Estambul.

Ahora para David llegaba la parte más difícil: la huida. ¿Cómo iba a salir de la situación en la que se encontraba? El suceso se había producido en territorio estadounidense. ¿Le dejarían marchar? ¿Le deportarían en un vuelo secreto a España? ¿Le interrogarían sobre su relación con Hassena, la temible jefa el crimen organizado de Bombay, hermana del huido de la justicia, Dawood Ibrahim? Todo lo

que dijera quedaría grabado y podría ser utilizado en su contra en el futuro.

Durante el tiempo de espera se había estrujado el cerebro pensando en su final, tomándolo con estoicismo. Había quedado expuesto. Esto ya era innegable. En su entorno profesional había mucha gente que lo querría muerto, que querrían vengarse de él, demasiadas y poderosas personas como para que los norteamericanos pudieran hacer tratos con ellos y les dieran a David Ribas. Confiaba en que por mediación de Arvind aquella situación se volviera a su favor. A fin de cuentas, el agente indio de la RAW se sentía responsable de su suerte: él lo había traído y, si algo le ocurría, tendría que rendir cuentas a Hassena, que se lo haría pagar muy caro.

Desde donde estaba de vez en cuando llegaba el sonido de alguna sirena.

La puerta se abrió: era Peter.

—David.

Él se levantó, expulsando el aire con fuerza. Por fin la espera había acabado, o eso pensó él.

—Sí.

—Debo darte las gracias. Y si te parece bien nos dejamos de formalismos.

Él le tendió la mano y David se la estrechó con firmeza.

—Me parece bien. ¿Puedo irme ya?

—El presidente quiere verte.

David se quedó quieto frente a él. Al cabo de unos segundos, habló.

—Preferiría que no. Haz lo que creas necesario, pero…

—Quiere darte las gracias personalmente.

—Hice lo que tenía que hacer, mi trabajo. Puedes decírselo de mi parte.

El director de seguridad se acercó aún más. Ahora su tono era firme y enérgico, como el de un sargento de la Marina reprendiendo a un recluta.

—David, mi presidente quiere agradecerte el haberle salvado la vida. Te está esperando.

Él asintió. Supo que era inútil seguir obcecado en rechazar ese encuentro.

—De acuerdo, vamos.

Caminaron por una serie de pasillos. David supo que eran pasadizos utilizados solo por el personal de seguridad con el fin de llegar a un sitio u otro de la embajada en corto tiempo y sin ir pasando de un edificio a otro y los controles de seguridad internos.

Peter se giró y le dijo mientras caminaba:

—La fama que te precede es merecidísima. Si no hubieras disparado a las ventanas, el presidente hubiera muerto. Ese francotirador era un profesional. No hubiera fallado.

—¿Algún herido?

—Un agente, en el brazo. Sin peligro.

David calculó que estuvieron caminando cerca de unos diez minutos. Terminaron de cruzar un pasillo y accedieron a una antesala, donde había un grupo de hombres del servicio secreto custodiando la puerta. Los hombres se hicieron a un lado y miraron a David con admiración y respeto. Uno de ellos se adelantó y les abrió la puerta tras el gesto con la cabeza de Peter dándole la orden.

Los dos entraron.

Era una sala subterránea. Por la ubicación y por el grosor y el material de la arquitectura, David dedujo que se habría construido exclusivamente como búnker en caso de que hubiera un conflicto nuclear entre India y Pakistán. Aquella cámara secreta se había hecho en la década de los ochenta durante un período de intensa escalada entre ambas potencias. Era un «superbúnker», que, como muchos secretos de las altas esferas políticas, el ciudadano de a pie nunca llegaría a conocer porque, en la mayoría de los casos, sin duda condenaría los actos que derivaban de tales secretos.

Peter se quedó firme de pie junto a la puerta y le indicó con la mano que fuera al encuentro del mandatario.

El presidente estaba sentado en un sofá. Se había cambiado de ropa. A su lado había un médico y a su alrededor asesores que hablaban entre susurros por teléfono móvil mientras que otros escribían en portátiles y tabletas. Había muchas botellas de agua encima de una mesa.

Aparte de otras medidas de seguridad y avances tecnológicos, las gruesas paredes de metal con cobre los protegían de los aparatos electrónicos indiscretos. Cuatro guardaespaldas del servicio de seguridad estaban de pie muy cerca de él. Se había cancelado la reunión con el primer ministro indio, agendada antes de ir al aeropuerto a media tarde, y se había informado al Air Force One del adelanto en el horario de despegue. La marcha de la India del presidente iba a ser inminente.

La habitación habilitada como sala de reuniones parecía demasiado pequeña para dar cabida a todos los presentes. Colgaba de una pared una pantalla de televisión enorme en la que iban apareciendo imágenes de un canal de noticias. Era como si estuvieran dispuestos a presenciar la transmisión de la final de la Super Bowl, pero sin refrescos y bolsas de patatas fritas tamaño gigante.

El presidente se levantó a saludar a su salvador.

Todavía se le veía afectado por lo sucedido, pero al estrecharle la mano David notó una gran firmeza. «Ya no hay líderes como él», pensó el español. Era la primera vez que estaba ante un político tan importante. No se sentía intimidado. De hecho, él nunca se sentía así ante nadie, salvo en raras ocasiones, cuando un adversario le llevaba ventaja e iba armado.

—Estoy vivo gracias a ti.

—Y a una buena dosis de suerte.

El presidente rio y le invitó a tomar asiento en uno de los sofás.

—No ha sido un incidente aislado. Siempre tuvimos enemigos muy cerca de casa —miró de soslayo a sus asistentes—. Y no solo en la CIA. Pero traidores entre los que velan por mi seguridad y la de la primera dama es algo novedoso que no debe de volver a suceder jamás. Se depurarán responsabilidades. —El presidente miró alrededor—. ¿Estamos todos de acuerdo?

Todos los presentes asintieron con la cabeza.

—Me alegro de que haya salido ileso, señor.

—Estoy convencido de que tu presencia ha sido una bendición para todos nosotros. A este mundo solo le faltaba un catalizador para reventar y con mi asesinato se esperaban que sucediera. Podría

ser que quien estuviera detrás de esto hubiera planeado sustituirme por otro presidente que compartiera sus ideas.

—Parece que eso era lo que pretendían —repuso David.

—Hoy me has salvado la vida —reconoció el mandatario— y, cómo no, la de millones de personas. Tengo entendido que quieres que tu perfil no se haga público.

—Así es —corroboró David.

—Lo comprendo, aunque no lo comparto. Me gustaría que salieras a mi lado durante mi próxima comparecencia de prensa. Pero si ese es tu deseo, no te haré cambiar de opinión y todo el mérito recaerá sobre las espaldas de Peter —señaló a su jefe de seguridad.

—Muchas gracias, señor presidente. Méritos no le faltan, ya que fue gracias a su liderazgo como pude acceder a tiempo a la sala y localizar al asesino.

—Aún me cuesta creer que dos miembros de mi cuerpo de seguridad estuvieran implicados. Y qué decir del doble del embajador saudí.

—Era un asesino muy bien preparado. Fue más rápido que yo.

—Pero tú lo mataste antes de que pudiera disparar.

—Porque grité antes de tiempo «Arma» para alertar al servicio secreto. Esto hizo que reaccionaran y formaran un escudo.

—Aun así, sabía que, aunque fallara en su intento, yo no tendría escapatoria. Que moriría.

—Así es, por eso había un plan B. El francotirador.

El presidente asintió cabizbajo y con aire pensativo. Carraspeó antes de hablar.

—Más que una limpieza en el servicio secreto, se va a llevar a cabo una purga como es debido. Hace unos años los hombres dedicados a la seguridad del presidente podrían pasar como profesores de química o de literatura de un instituto cuyos rostros no se recordaban al día siguiente. En apariencia, eran normales físicamente, no necesariamente musculados, pero fuertes, eran inteligentes y el anonimato constituía su mejor baza. Hoy en día, con nuevos requisitos y pruebas, han rebajado ese nivel de profesionalidad. Ya no hay muchos tipos duros como los de antes. —

Miró a David a los ojos—. Los nervios afectan a la puntería, pero tú los tienes de acero, porque supiste actuar con suma rapidez.

—Desde luego la puntería es importante, pero no tanto como la rapidez. Por eso, en cuanto vi la luz del francotirador, disparé sobre las ventanas.

—Estaba todo bien planeado, ¿eh? Hasta las cortinas estaban descorridas, como si supieran ya en qué lugar de la sala me iba a situar. —El presidente se levantó y David hizo lo mismo—. Si algún día necesitas algo, solo tienes que hacérmelo saber. Por escrito al correo general de la Casa Blanca o vía telefónica. Te pondré en mi lista de contactos privados que lleva mi equipo. Solo tendrás que mencionar tu nombre y dónde localizarte y mi personal me hará llegar tu mensaje.

—Se lo agradezco, y me alegro mucho de que no haya sufrido daño alguno.

Una puerta se abrió y el secretario personal del presidente entró. Se aproximó al hombre más poderoso del mundo y le murmuró algo al oído.

El mandatario asintió y dio unas órdenes en voz baja. Luego se giró hacia David.

—Faltan solo unos minutos para que salga hacia el aeropuerto. En unas horas tengo que estar en Las Vegas. ¿Te gustaría volar conmigo en el Air Force One y ver en vivo la final de la UFC?

David sonrió.

—Sin duda, pero en otra ocasión. Se lo agradezco —dijo David haciendo amago de marcharse.

—No tan rápido. Espera, la primera dama quiere darte las gracias antes de irnos de la India.

En ese instante el pomo de la puerta giró y una mujer alta, esbelta y muy elegante entró en la habitación.

Sonrió al aproximarse a David y le dio la mano.

—Muchas gracias, agente. Tanto mi marido como yo, nuestra familia y los millones de americanos y los que no lo son pero que apoyan a mi marido como presidente de los Estados Unidos jamás podríamos recompensarte por lo que hoy has hecho por nosotros y el mundo.

—No me deben nada. Si no fuera por Peter, no hubiera podido hacerlo. Él se merece todos los honores. Les deseo muchos éxitos y felicidad.

Al cabo de unos minutos caminaba por un pasillo por detrás de Peter y escoltado por dos hombres. Por fin salieron al exterior.

Habían tomado posiciones en todo el perímetro de la embajada. Se veía a gente armada en cada esquina, recorriendo el recinto con las miradas en busca de posibles amenazas.

David se adelantó hacia la garita de seguridad.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó Peter.

David se giró.

—A la calle, ¿dónde voy a ir?

—Sí, desde luego. Puedes irte cuando quieras, pero quisiera tener una conversación contigo —repuso Peter.

David sentía que le faltaba el aire, como si estuviera bajo el agua. Intuía que le iba a proponer trabajar con él o con alguna agencia u organización americana.

—No es el momento —declaró David.

Los dos caminaron hacia la salida.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Por lo pronto, ponerme en movimiento. Tengo más de un sitio donde ir. En mi trabajo he aprendido que si te quedas quieto, puedes acabar siendo atropellado.

—Hablando de eso. Tu rostro se ha quedado grabado en las cámaras.

—Ya no me importa. Hubo un tiempo en el que pensaba que en este país viviría en el anonimato, pero eso ya se acabó.

—Esa gente con la que hace años trabajaste, miembros del sector de la inteligencia, ya no tienen suficiente con declararte *persona non grata*, cuentan con infinidad de medios para contratar a asesinos profesionales para darte caza y acabar con tu vida. Pero ahora has quedado mucho más expuesto. Has ido en contra de los intereses de fuerzas muy poderosas y con grandes recursos que operan desde la sombra. A ellos no les gustaría que tú volvieras a interferir en sus asuntos privados.

—Que se pongan a la cola.

—Tendrás muchas posibilidades de morir.

—Siempre es así.

Continuaron caminando uno junto al otro en dirección hacia la enorme verja, fuertemente protegida por personal armado.

—Desde luego es una manera curiosa de vivir la vida.

—Así es, pero la vivo a mi manera.

—Pues hasta el momento has resultado vencedor. Espero que el marcador te dé como ganador también en la próxima ocasión que te enfrentes a un peligro, porque en tu oficio solo se pierde una vez.

—Gracias, Peter. Pero no me molesto en llevar el marcador.

El jefe de seguridad sonrió. Hizo un gesto a los guardas para que le dejaran marchar. Dio un apretón de manos a David.

—Todo ha terminado.

—No, no lo creo.

—¿Qué quieres decir?

—Tú mismo me lo has hecho saber. En cierto sentido, acaba de empezar para mí una nueva vida más vulnerable.

—Cuídate.

David salió por la puerta sin mirar atrás.

Peter lo vio desde la distancia coger un autorickshaw que pasaba por la zona y desaparecer. En cierto sentido, tenía razón, pensó. A partir de ahora el mundo de David Ribas se haría más peligroso.

40

De la bolsa de Bambi que había escondido en el maletero del coche, David sacó un buen fajo de billetes y se lo entregó a Karan en agradecimiento por su ayuda.

David Ribas volvió a Kerala en tren. Asistió a la boda del joven Sachin, que se mostró en todo momento exultante de alegría. Durante la emotiva ceremonia, con el recuerdo de su madre fallecida presente, abrazó a su padre en más de una ocasión.

Una mezcla de familiares, amigos de la infancia y artistas profesionales bailaron bajo las sombras de las palmeras alrededor de Sachin con los impresionantes ritmos rápidos de la música de baile del sur de la India.

A diferencia de las bodas en el norte, las del sur tenían fama de ser eventos algo más sobrios y centrados en el banquete y, como mucho, incluían una banda de música en vivo. Pero con el tiempo había cambiado la forma de proceder. Las nuevas generaciones de jóvenes querían divertirse, pasarlo bien en un momento tan importante.

Freeman se sorprendió al ver al inspector Subramanian entre los invitados. El policía le hizo saber que si tuviera alguna vez algún problema con delincuentes se lo comunicara de inmediato.

Unos días antes el inspector había recibido una llamada desde Bombay a su número móvil personal ateniéndose a las nuevas circunstancias tras la desaparición de la influencia de Salmaan y sus gánsteres que ejercían en su jurisdicción. No se creyó que quien le

estuviera hablando fuera Hassena, la temida jefa del crimen organizado. Al día siguiente recibió la inesperada visita del comisario de Cochín, amenazándole con lo peor que le pudiera pasar a él y a su familia en este mundo si no hacía lo que se le ordenaba.

Como regalo de boda, David entregó a Sachin la bolsa con dinero en efectivo de Bambi. Con aquella exorbitante cantidad no tendrían que pedir el crédito en el banco para la construcción de la franquicia y la remodelación del restaurante.

Finalmente, David cogió un tren de regreso a Bombay.

David llegó a su apartamento de Bombay. Le embargaba una tremenda fatiga, tanto física como mental.

Se sentó en la cama, movió la cabeza a los lados, se masajeó el cuello intentando aliviar el entumecimiento después del largo viaje en tren desde Kerala.

Su habitación era pequeña. No necesitaba gran cosa. Además, él no poseía bienes materiales. No le gustaba estar unido a ninguna cosa u objeto personal. De hecho, si registraran el apartamento no encontrarían nada que revelara su auténtica identidad. Las facturas del alquiler, del agua y de la electricidad eran pagadas directamente desde una cuenta corriente bancaria con nombre de una empresa fantasma y resistirían el escrutinio más exhaustivo.

En los cajones, aparte de la muda y el par de zapatos de suela de goma, guardaba sus pantalones vaqueros de repuesto y camisetas de manga corta de algodón. No tenía más posesiones que esas, sin contar su moto Royal Enfield 500 Bullet, que había dejado a resguardo en un garaje de confianza.

Se dejó caer sobre el colchón, rindiéndose bajo las aspas del ventilador de techo al amodorramiento por el calor húmedo.

Cerró los ojos con la certeza de que volvería a abrirlos al cabo de tres o cuatro horas máximo. Luego tenía que ir a reunirse con Hassena, que estaría ansiosa por verle.

Los ruidos de la calle se fueron amortiguando a medida que caía en un profundo sueño.

Tendría que conformarse con una pequeña siesta.

Confiaba en que sus demonios personales se hubieran tomado aquel momento libre.

EPÍLOGO

Cuando se despertó tenía la cara y el torso sudorosos.

Se levantó, cogió una toalla y se secó el sudor.

Fue hacia la ventana y miró al exterior. Las aceras estaban repletas de gente y de vehículos. La ciudad de Bombay seguía igual. La gente, el ruido del tráfico, el graznido de los cuervos. Exactamente del mismo modo en que continuaría haciéndolo después que uno de sus habitantes se muriera.

Una vez que se duchó y se puso ropa limpia, salió fuera.

En cuestión de segundos se perdió entre el bullicio de la zona de Bombay. Respiró hondo y exhaló despacio el aire. Sintió la necesidad de dejar que las corrientes de la ciudad le llevaran donde quisieran.

No obstante, no tardó tiempo en pararse delante de un escaparate y fingir que oteaba la mercancía expuesta al tiempo que miraba en el reflejo de cristal quién había a su espalda. Continuó su camino y de repente se giró y echó a andar en dirección contraria mientras escudriñaba los rostros de la gente.

Se internó por una calle. Pasó junto a encantadores de serpientes que se dejaban fotografiar por un grupo de turistas junto con sus desdentados reptiles. David siguió caminando, cruzó una antigua mezquita, donde a las afueras había quien no devolvía el calzado a los turistas a no ser que les dieran unas rupias extras de más previo al estipulado antes de haber accedido a entrar. Luego pasó frente a un restaurante a pie de calle que prometía gastronomía local

auténtica, aunque él sabía que no ofrecían la mejor comida, sino que era más bien para inocentes foráneos.

Bajó por las escaleras que conducían al metro Versova-Andheri-Ghatkopar. Conforme se dirigía al andén se vio rodeado enseguida por una riada de personas. Se incorporó junto a un grupo que esperaba al convoy, que en ese instante entró en la estación, y subió al vagón. Pero antes de que las puertas se cerraran tras unos pitidos, David salió de vuelta al andén en el último momento.

Sin prestar atención al convoy que se marchaba, caminó con paso firme de vuelta hacia el exterior.

Entró en un abarrotado mercado y enseguida le acosaron mendigos, vendedores ambulantes y tenderos.

De entre aquella multitud le llamó la atención una señora muy mayor acurrucada en el suelo frente a una cesta de flores. La pobre mujer estaba desnutrida. Era frágil. Vestía un mugriento sari de color blanco y su piel arrugada era de color cetrino y estaba sucia.

David se agachó y le puso un billete en la mano nudosa. La mujer lo agarró con fuerza como si quisiera prevenir que alguien se lo arrebatara. Ella le dio las gracias en maratí, y él le contestó «De nada» en el mismo idioma, despertando una sonrisa en el rostro de la mujer.

Se compró un té masala muy especiado en un puesto callejero. Durante varios minutos se quedó de pie junto al vendedor admirando la vista mientras sorbía el espeso, dulzón y humeante brebaje, o al menos es lo que fingió hacer, porque su atención estaba en las dos personas que le seguían desde que había dejado su apartamento.

Tenía que volver a cambiar de lugar. Ya habían descubierto donde vivía. Normalmente se mudaba de dormitorio cada poco tiempo. Debería haberlo hecho antes de su regreso de Kerala, pensó. Ahora Hassena se enfadaría una vez más con él cuando lo supiera.

Decidió tomar la iniciativa.

Se obligó a caminar con naturalidad hacia ellos.

A unos diez metros cambió el vaso humeante de una mano a otra, ya que quería mantener la derecha libre. A unos siete metros estaba estimulado por la adrenalina.

Uno de ellos alzó la vista y miró a David a la cara, abrió bien los ojos y dijo algo en voz baja a su compañero. David lo interpretó como un gesto de urgencia.

Cuatro metros.

Tres metros.

Dos metros.

David dio unos rápidos pasos hacia adelante y arrojó el vaso de plástico sobre uno de los dos, dándole directamente en la cara. El hombre levantó ambas manos hacia su rostro y profirió un grito. Al otro, David le propinó una patada en la entrepierna, y se quedó doblado por completo como si estuviera realizando una reverencia, le agarró por el cuello y la parte trasera de los pantalones y lo lanzó sobre el capó de un vehículo aparcado junto a la acera, cayendo como un rodillo al suelo.

David fue a por el que había recibido el vaso de té, le dio una patada en la parte posterior de la rodilla, lo tiró al suelo y le mantuvo un brazo agarrado por la espalda.

—Dime quiénes sois.

El hombre pestañeaba.

—Somos agentes de RAW —jadeó, levantando una mano para subrayar que sus intenciones eran buenas.

—¿Por qué me seguís?

—Prometo explicárselo si me suelta.

David lo soltó.

El otro hombre se levantó a duras penas. Le lagrimeaban los ojos. Le dieron ganas de vomitar. Aspiró hondo y señaló con el índice a David.

—Nos habían advertido que eras peligroso, pero no creía que fueras tan rápido.

David miró a derecha e izquierda, por si hubiera más gente aguardando. No vio a nadie sospechoso.

—No me gusta que me sigan. Podría haberos hecho mucho más daño.

—Tratábamos de…

David le agarró de la camisa y se acercó a su cara.

—¿Tratabais de qué?

—Suélteme o no podré decirle nada.

David lo soltó y miró a los dos.

—No tengo tiempo que perder.

—Nos dieron órdenes para contactar con usted y que nos acompañara.

Aquello era nuevo. El servicio de inteligencia indio yendo detrás de él, ¿para qué? ¿Para trabajar con ellos?

—¿Quién os ha dado la orden?

—No tenemos autorización para darle esa información.

—¿Arvind?

Uno de ellos hizo gesto afirmativo.

—¿Por qué?

—Sabemos que ha estado usted trabajando por su cuenta aquí en la India. Nuestros superiores quieren contar con su ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda? ¿Qué quieren de mí?

—Eliminar ciertos obstáculos.

David lo miró, considerando sus opciones.

—Me lo pensaré.

—Eso no es una respuesta. Debe venir con nosotros.

David miró a los dos de modo muy serio.

—Os equivocáis. Puedes decirles a tus superiores que me lo pensaré. Si estoy interesado, me pondré en contacto con vosotros. Si no lo hago, que entiendan con mi silencio que no estoy interesado. Pero les doy una advertencia: que no vuelvan a tratar de encontrarme y menos en la calle siguiéndome por la espalda. Mi comportamiento no será tan benévolo como en esta ocasión.

Uno de ellos levantó la mano con la intención de retener a David, pero tuvo una arcada, se giró y vomitó sobre el asfalto.

David caminó durante un rato por las calles.

Llegó al garaje. Saludó al mecánico. Aunque los rechazó, David le dio unos billetes de rupias por el cuidado de su moto. Se fijó en la fecha de aquel día en el calendario que colgaba de la pared. Era un día especial, más bien lo había sido en un pasado.

Quitó la lona de plástico que cubría la Royal Enfield, y revisó que todo estuviera a punto.

Agradeció al mecánico el mantenimiento.

Se subió a su moto. Arrancó.

Antes de internarse en el tráfico alzó la vista y observó el cielo gris. A diferencia de en Kerala, en Bombay no habría tormenta. Lo único que la madre naturaleza podía hacer era adoptar una apariencia amenazadora.

—Feliz día de mi cumpleaños —se dijo a sí mismo.

No soplaría velas.

No tendría tarta.

Tampoco habría fiesta.

Le hubiera gustado sonreír, pero no lo hizo, ya que quizá no condujera a nada.

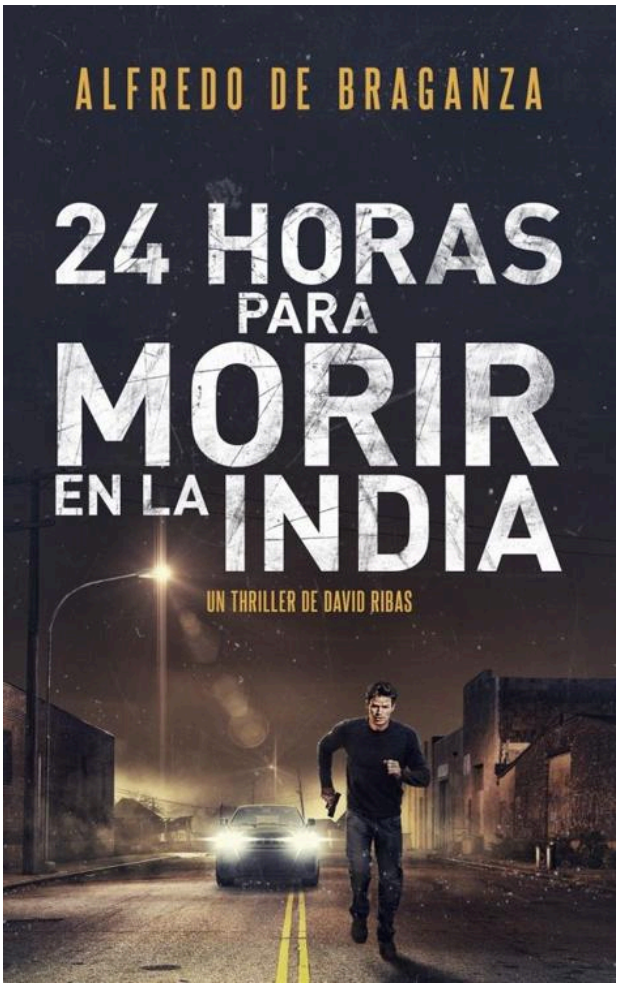
Entonces, aceleró la moto y se limitó a mirar hacia delante.

NOTA AL LECTOR

Te agradeceré que publiques una valoración y opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

Para mí es de suma importancia, ya que me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer
ESPÍA Y TRAIDOR

David Ribas volverá en
24 HORAS PARA MORIR EN LA INDIA.



Muchas gracias.

Alfredo

NOTA DEL AUTOR

En esta novela, como en el resto de la serie protagonizada por David Ribas, he intentado priorizar la consecución de una atmósfera y la creación de unos personajes con cuerpo y alma.

Al fin y al cabo, para que mis historias sean lo más emocionantes posible, he usado los recursos propios de un novelista.

Lugares, organizaciones de inteligencia, personajes o tramas son licencias artísticas, ficción, fruto de la imaginación.

Confío en que los lectores disfruten de la lectura tanto como yo lo he hecho escribiendo esta nueva entrega de la serie David Ribas.

Alfredo

Web del autor en
Amazon España



AGRADECIMIENTOS

No me hubiera sido posible encontrar la motivación, los medios o el tiempo para escribir esta historia sin el apoyo de los lectores de la serie David Ribas. ESPÍA Y TRAIDOR es la vigésima tercera entrega. Espero poder seguir ofreciendo más novelas interesantes en adelante.

Mi mejor recompensa como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de esta novela.

Gracias a ti, querido lector, por compartir conmigo este vínculo tan especial.

Gracias por hacer posible una nueva andadura de David Ribas.

Alfredo

ÍNDICE

Créditos
Prefacio

I. EL MISTERIO DEL DIAMANTE
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

II. UNA CONSPIRACIÓN INTERNACIONAL
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

III. UNA NUEVA MISIÓN PELIGROSA
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27

Capítulo 28
IV. UN NUEVO ORDEN MUNDIAL
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Epílogo

Nota al lector
Nota del autor
Agradecimientos